

**EL EXILIO
REPUBLICANO EN MÉXICO**
Las revistas literarias (1939-1971)

Francisco Caudet



PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

EL EXILIO REPUBLICANO EN MÉXICO

Las revistas literarias (1939-1971)

FRANCISCO CAUDET

EL EXILIO REPUBLICANO EN MÉXICO

LAS REVISTAS LITERARIAS (1939-1971)

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
Campus de San Vicente, s/n
03690 San Vicente del Raspeig
Publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© Francisco Caudet
© de la presente edición: Universidad de Alicante

ISBN eBook: 978-84-9717-111-3
Depósito legal: XX-XXXX-2006

Diseño portada:
Corrección de pruebas:
Composición: Buena letra, S.L.
Impresión y encuadernación: XXXXXXXXXXXXXXXX

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etcétera—, sin el permiso previo de los titulares de la propiedad intelectual.

A mis padres
In memoriam

ÍNDICE

PRÓLOGO DE MANUEL TUÑÓN DE LARA	11
«Español del éxodo y del llanto»	11
1. INTRODUCCIÓN	21
2. DIARIOS DEL SINAIA, IPANEMA Y MEXIQUE	41
<i>Diario del Sinaia</i>	41
<i>Diario del Ipanema</i>	90
<i>Diario del Mexique</i>	106
3. ROMANCE (1940-1941)	129
«Espejo de las horas»	145
<i>El ensayo y la crítica</i>	159
<i>Poesía</i>	169
<i>Arte</i>	172
<i>Los «aniversarios»</i>	176
<i>Divulgación científica</i>	177
<i>La «encuesta» de Romance</i>	177
<i>Los libros</i>	180
<i>Presencia en otras revistas</i>	181
4. ESPAÑA PEREGRINA	191
<i>El tema de la unidad</i>	212
<i>Pensamiento desterrado</i>	216
<i>La guerra civil</i>	218
<i>Europa y América</i>	223
<i>Hispanidad e indigenismo</i>	228
<i>Sobre literatura y arte</i>	233
<i>Poesía</i>	243
<i>Actos y actividades culturales</i>	247
<i>El número 10 de España Peregrina</i>	252
<i>Apostilla</i>	255

5. <i>LAS ESPAÑAS</i>	265
<i>Las Españas, primera época: 1946-1950</i>	265
<i>Contra la infiltración franquista en Hispanoamérica</i>	293
<i>De una España joven</i>	299
<i>Por una reconstrucción de España</i>	305
<i>Las Españas, segunda época: 1950-1956</i>	343
<i>Diálogo de Las Españas: 1957-1963</i>	376
<i>Dos testimonios</i>	389
6. <i>ULTRAMAR</i> (1947). <i>NUESTRO TIEMPO</i> (1949-1953). <i>COMUNIDAD IBÉRICA</i> (1962-1971)	397
<i>UltraMar</i> (1947)	397
<i>Nuestro Tiempo</i> (1949-1953)	415
<i>Comunidad Ibérica</i> (1962-1971)	429
7. <i>REVISTAS DE AUTOR: DE El Pasajero a Los Sesenta</i>	447
<i>El Pasajero</i>	447
<i>Sala de Espera</i>	453
8. <i>BOLETÍN DE INFORMACIÓN. UNIÓN DE INTELLECTUALES ESPAÑOLES EN MÉXICO</i>	465
<i>Boletín de Información. Unión de Intelectuales Españoles</i> (1956-1961)	465
<i>Actividades culturales</i>	474
<i>Conferencias</i>	490
<i>Homenajes</i>	496
<i>La obra de los desterrados en América</i>	510
<i>Información de España</i>	514
<i>Contra las Bienales de la Hispanidad</i>	544
<i>Teatro en el destierro</i>	558
<i>Cine español</i>	564
<i>Obituarios</i>	570
9. <i>LAS ÚLTIMAS GENERACIONES</i>	575
<i>Presencia</i> (1948-1950)	575
<i>Clavileño</i> (1948)	609
<i>Segrel</i> (1951)	624
<i>Ideas de México</i> (1953-1956)	638
<i>Juventud de España</i> (1956)	668
<i>Nosotros</i> (1956-1957)	687
10. <i>CONCLUSIONES</i>	721
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	727
<i>ÍNDICE DE AUTORES Y DE MATERIAS</i>	739

PRÓLOGO

«ESPAÑOL DEL ÉXODO Y DEL LLANTO»

Este título de uno de los libros más penetrantes y más significativos del gran poeta que fue León Felipe encierra, a mi entender y sentir, toda la tragedia de los cientos de miles de hombres, mujeres y niños que la derrota de la democracia republicana española dispersó hacia los cuatro puntos cardinales a partir de 1939, sangría ininterrumpida hasta algunos años después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Si de aquella transmigración el sector más numeroso fue a parar a Francia —donde al cabo se asentaría en un proceso inmigratorio tan doloroso como entrañable—, aquella otra parte más vinculada a la creación literaria, a los medios de comunicación, a la tarea docente y a la ciencia fue a parar a México, gracias a la generosidad y a la valentía de quien entonces era su jefe de Estado democráticamente elegido. Estoy hablando de Lázaro Cárdenas, cuya conducta en favor de la democracia y frente a la agresión de que ésta fue víctima se caracterizó por su claridad y su limpieza. Desde los puertos franceses las representaciones diplomáticas de México, con ayuda de los organismos especializados de la emigración republicana española, fueron enviando a aquel país hermano a miles de refugiados españoles que así fueron salvados de los campos de internamiento y del terror nazi que sobrevino meses después —y con ello de una muerte segura para muchos y de privaciones y angustias sin cuento todos ellos—.

En este libro de mi amigo y colega, el profesor Francisco Caudet, se da cuenta, de manera tan rigurosa como emotiva, del viaje trasatlántico de los tres primeros navíos que efectuaron aquella travesía hasta los puertos mexicanos, donde fueron recibidos entusiastamente por el pueblo y por las autoridades de aquella república. Empezaba entonces un fenómeno a la vez demográfico, cultural y sociológico de la historia contemporánea de México y España: el exilio republicano español en México. Una estimación reciente supone que a lo largo de aquellos años el número de españoles que se ins-

taló en el continente americano fue muy cercano a los 50.000 (si bien en el verano de 1939 fue aproximadamente de 6.000).

Fue, sin duda, un fenómeno de largo y hondo alcance, verdadero seísmo espiritual en la vida de decenas de millares de españoles, que vivieron una experiencia tan angustiosa como a la vez reconfortante. La de haber perdido su patria, de la que eran expulsados por el odio vengativo del vencedor, sintiendo el terrible desarraigo del desterrado, y la de encontrar la mayoría de ellos, el calor, la comprensión, la hermandad de lengua y tantos otros valores que hicieron de ellos unos «transterrados».

Pero antes de llegar a esa implantación definitiva del exilio en Latinoamérica, hubo la tragedia sin par de cientos de miles de españoles desperdigados por el mundo, carentes de todo, sin techo y sin pan, sin horizontes ya, sin casi luz del sol que poder gozar, porque cada amanecida era una angustia lóbrega apretada a la garganta, en campos de concentración, en miserables tugurios, sin ni siquiera posadas del camino donde los desterrados pudieran soñar durante las horas de la noche que aún tenían una patria. En verdad todo fue noche en aquellos meses de 1939 y 1940, en que sólo brillaban débilmente en la oscuridad las raras luces de la solidaridad: en México, Argentina, Chile, Cuba, Colombia —y en el viejo continente Francia (secuestrada, sin embargo, por el invasor nazi) y con todas sus reservas y limitaciones, la URSS y el Reino Unido.

Por todo eso, la más atinada definición e imagen del protagonista multitudinario de aquel drama es la de «español del éxodo y del llanto». Porque León Felipe, con su voz y su talante de profeta bíblico, no se aparta un ápice del sentimiento colectivo de todos aquellos hombres y mujeres (entre los que yo mismo estuve incluido desde 1946):

El llanto es nuestro,
y la tragedia también

y porque aún existe el llanto,
el hombre está aquí de pie.

Y son verdad las palabras que el poeta dirige a sus compatriotas:

levantad la cabeza
y no miréis con ceño,
porque yo no soy el que canta la destrucción,
sino la esperanza.

Porque la esperanza y la solidaridad son las únicas que salvarán de su total destrucción al exiliado.

Y sin embargo..., tan lejos de España y de Europa, holladas por el fascismo, «toda la mar por medio», llegará un momento en que el desterrado medio cree haberlo perdido todo y para siempre.

Ese es el estado de ánimo que se refleja en el poema de León Felipe:

Ya no hay feria en Medina, buhoneros,
«¡Miradla todos... Está muerta!»

Y el poema se torna durísima imprecación contra los que cree culpables y cómplices, los que han vendido España, según él:

... los traficantes de la cota del Cid
y del sayal de Santa Teresa.

La diatriba es cruel para aquellos que:

pactasteis con el mayordomo, y ahora en el destierro no
podéis vivir sin el collar pulido de las academias.

Tres años más tarde, en 1942, ya habían desaparecido revistas culturales del exilio, como *España Peregrina* y *Romance*, primeras en testimoniar la fuerza creadora y la voluntad de no ceder al fascismo de los intelectuales exiliados.

Las ondas traían noticias tristes de Europa; toda Francia, como Bélgica, Holanda y Dinamarca bajo la bota hitleriana; al mediar el año precedente, las «Panzerdivisionen» de Hitler habían atravesado Polonia y penetrado por los trigales de Ucrania hasta llegar a las puertas de Leningrado; Austria y Checoslovaquia hacía tiempo que habían desaparecido del mapa; en los desiertos africanos se libraban batallas inciertas, mientras que los japoneses, tras agredir por sorpresa a la flota norteamericana en Pearl Harbour, se habían quitado la máscara de compinches del Führer. Pero Norteamérica ya se había unido a las fuerzas aliadas mientras que los ejércitos del III Reich sufrían en la URSS sus primeros contratiempos causados por el «general Invierno».

En España nada cambiaba; se seguía fusilando a los mejores resistentes (entre ellos Companys, Zugazagoitia, Ascanio, Molina Conejero, Larrañaga), y decenas de millares de ellos permanecían en las cárceles y campos de trabajo forzado. La oposición clandestina era más una esperanza que una realidad y la monárquica un ejemplo de ineficacia y de intrigas. Miguel Hernández moría en la cárcel de Alicante. En cuanto al exilio español en Francia, estaba momentáneamente aplastado o participaba en la resistencia. Sólo los raros demócratas que habían podido exiliarse en el Reino Unido y habían aguantado impávidos la «coventryzación» del año 40 (Negrín, Pablo Azcárate, Jiménez Fraud) podían comunicarse con América.

En poco más de dos años el exilio español fue pasando por una serie de etapas. A la esperanza del principio sobrevino cierta decepción al encon-

trarse con dificultades de adaptación y, en el orden anímico, al llegar, una tras otra, las noticias adversas para las fuerzas aliadas de lo que ya era guerra mundial. ¡Y todo iba para largo!

Ante esta situación de hecho se reaccionaba en dos direcciones, que coincidieron en el tiempo: la desesperación y la nostalgia. Desesperación por lo que se cree perdido para siempre, y su vertiente opuesta (pero formando parte de un todo), la nostalgia acrecentada con el paso del tiempo.

He seguido mi búsqueda de aquel tiempo a la luz de la poesía «león-felipiana». En efecto, hace bien el profesor Caudet en recordar aquellos versos de León Felipe que si, por un lado mostraban el comprensible orgullo y la entereza del exiliado, por otro patentizaban su seguridad de contar con los mejores valores.

Fue en aquel tiempo, en que el exilio tenía que sobrevalorarse para no perder la esperanza, cuando León Felipe acertó a escribir un poema que llevaba su marca específica, pero también representaba el estado de espíritu de la inmensa mayoría de intelectuales exiliados:

Hermano, tuya es la hacienda,
la casa,
el caballo
y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
Mas yo te dejo mudo..., ¡mudo!
¿y cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

El mensaje tuvo largo alcance y llegó a la otra orilla del Atlántico (yo lo conocía, como otros intelectuales de la resistencia antifranquista, en el Madrid de 1944); también llegó a Francia por aquellos esperanzados tiempos de la liberación que contrastaban con la angustia contenida del poema escrito un par de años antes. Si todos lo hicimos nuestro, en Madrid y en París, es señal de que España todavía estaba partida en dos, pero también de que, como había de decir Alberti poco tiempo después, «algunos no habíamos muerto».

El exilio estaba empezando a vivir otra etapa, el tránsito de un tiempo de nostalgia a un tiempo de reflexión (naturalmente todos estos tiempos a que yo aludo, no están separados entre sí, ni tampoco superpuestos, sino como encajados uno en otro).

La reflexión fue larga y plural, porque estaba condicionada por el lento ritmo de la coyuntura histórica española y por el pluralismo inherente a la sociedad civil de que procedíamos los exiliados; pero también estaba viciada

por la ausencia de contactos vivos con la realidad política, social y cultural de la España de «fronteras adentro», por los espejismos habituales de toda marcha en el desierto (y aquello lo fue hasta ya entrado el decenio siguiente) y por una censurable degeneración del pluralismo en partidismo del que pocos se salvaron.

El libro del profesor Caudet ofrece ejemplos de gran riqueza espiritual en las publicaciones de la época: la revista *Las Españas*, siempre sugerente por sus títulos (o cabeceras), que en 1956 pasó a llamarse *Diálogo de Las Españas*; a través de su larga y rica vida, pilotada por Manuel Andújar, José Ramón Arana y José Puche Planás —hijo del Dr. José Puche Álvarez—, fue testimonio de las muchas dudas y angustias de los intelectuales exiliados, de sus esfuerzos, a veces fructuosos y otras fallidos, así como también de la «ausencia de brújula» que, en ocasiones, podía el exilio conllevar. Sin embargo, en ningún caso cayeron en el desespero; muy al contrario, quedaron grabadas en mí para siempre aquellas palabras cervantinas impresas en el número dedicado al centenario del «manco de Lepanto»: «Aún hay sol en las bardas».

Sí que lo había. Por eso, *Las Españas* se dirigió a la Unión de Intelectuales Españoles en Francia, organización creada en 1944 (apenas liberado París y cuando aún se combatía en territorio francés) que, a su vez, había publicado, de la pluma de Emili G. Nadal, una amplia recensión de la revista española de México. Por aquel entonces, la Unión de Intelectuales Libres había dirigido mensajes al exterior publicados por el *Boletín* de la UIE en Francia. Estos intercambios sirvieron, en primer lugar, para establecer un puente «sobre el Atlántico» entre los intelectuales exiliados en Francia y en México y, a su vez, para sentar los primeros jalones de algo que fue más lento: el contacto regular con los intelectuales de la resistencia anti-franquista.

Llegados a este punto, fuerza es que tenga que hacer algunas precisiones de carácter personal; se observará que el manifiesto de la Unión de Intelectuales Libres de España venía firmado solamente por mí. En efecto, yo formaba parte del Consejo Rector (tal era el nombre) de la UIL desde su fundación en diciembre de 1944 (y no en 1946 como se dice por información defectuosa en un libro sobre el exilio). Perseguido activamente por la brigada político-social tuve que pasar a la clandestinidad y sin salir de ella pasé a Francia en noviembre de 1946, siendo portador de información y mensajes para la Unión de Intelectuales Españoles en aquel país. Ese fue el origen de la difusión por ambos continentes del llamamiento general de la UIL.

En resumen, las relaciones entre los núcleos de México y España fueron más frecuentes, pero no regulares. Sin embargo, la UIE de México, siguiendo el ejemplo de su homónima de Francia, empezó a publicar un *Boletín* llamado de información, pero muchos años más tarde, en 1956.

Indudablemente, el «tiempo histórico» había sido más veloz para los españoles en España que en México. Pero la UIE de México tenía ya la suficiente sensibilidad para captar los cambios que estaban aconteciendo en España en 1956 y siguientes; los intelectuales se incorporaban cada día más a las acciones de protesta contra la dictadura de Franco, los cambios en la opinión eran manifiestos y la creación literaria reflejaba ya el malestar y la protesta de los escritores. Los intelectuales más prestigiosos empezaron a reclamar amnistía, los estudiantes salieron a la calle gritando «Libertad» en el Madrid de febrero del 56. Sí, efectivamente, el «exilio intelectual» entra en una nueva fase donde dominan los elementos de reflexión, la voluntad de enlazar con la realidad española y en primer lugar con el vasto sector de intelectuales que no se había rendido ante la dictadura y de otro sector que, desengañado de ésta, caminaba ya hacia un horizonte de democracia.

La inquietud por estos temas que revelaban (a trueque de algunas deformaciones, consecuencia del prolongado exilio) las páginas de *Diálogo de Las Españas* y del *Boletín de la Unión de Intelectuales* eran prueba de una mayor sensibilidad para captar la evolución de la coyuntura. En el orden social, huelgas de gran envergadura comenzaron a producirse en aquellas zonas en que la clase obrera «recuperada» políticamente empezaba a plantar cara al verticalismo sindical y a la represión. En el orden cultural se asiste a la eclosión de una nueva poesía que no oculta sus discrepancias con la cultura «oficial» del régimen. Tras la aparición de la *Antología Consultada* llegaron libros de poemas como *Pido la paz y la palabra*, de Blas de Otero, *Cantos Iberos*, de Gabriel Celaya, y *España, pasión de vida*, de Eugenio de Nora; éstos y tantos más fueron como un revulsivo de salud mental para muchas conciencias.

El hecho de que el centro de gravedad político se hubiese trasladado desde el exilio hasta la misma Península, infundió nuevos ánimos y convenció a una mayoría de la necesidad, de la exigencia práctica de hacer una realidad de la unidad de los antifranquistas, que hasta entonces había sido más vana palabrería que otra cosa, y de emprender una reconciliación de todos los españoles que todavía quedó largo tiempo en el limbo de los buenos propósitos, a causa principalmente (todo hay que decirlo) de la obstinación del régimen en dividir a los españoles en «buenos» y «malos». Justo es decir que los intelectuales del exilio en México, y también en otros países, se esforzaron por tender cables y puentes hacia todos los del interior que no eran colaboradores desvergonzados de la dictadura. Y así se pudo conocer en el *Boletín* la entrevista que hizo Luis Suárez a Blas de Otero, o las «Cartas» de Gabriel Celaya al poeta García Nieto y su otra carta abierta a Pablo Neruda. Se establecieron intercambios con José L. López Aranguren y otros más; en fin, así como con muchos de los que seguíamos en Francia.

Tal vez lo más significativo de aquella «toma de conciencia» fue la convocatoria en 1956, por el *Boletín de la Unión de Intelectuales*, a la sazón presidida por León Felipe, de unos premios de poesía y novela para escritores «residentes en España». Los premios, cuyo fallo sólo pudo darse dos años después, fueron para Ángela Figuera, por su libro de poemas *Belleza cruel*, y para Victoriano Crémer por su *Libro de Caín*. Y fue el propio León Felipe quien, al prologar el libro de Ángela Figuera reconoce, leal y generosamente, que no se llevaron ni se podían llevar la canción al ser arrojados de España: «Ahora estoy avergonzado, yo no me llevé la canción. Tal vez era lo único que no nos podíamos llevar... la canción que nace de la tierra... Vosotros os quedasteis con todo, con la tierra y la canción».

Pero la voz de León Felipe, presidente entonces de la Unión de Intelectuales Españoles en México, no era ya la del desespero, sino de la reconciliación y la esperanza. Con todo, el recuerdo del pasado inmediato ensombrece su ánimo. Porque la canción quedó allí, pero rota, y la tierra pisoteada, ambas mancilladas. Y como Rafael Alberti, que acertó probablemente a llevarse la canción porque cantaba a la tierra y a sus hombres:

Mira, en aquel país
ahora se puede navegar en sangre.
Un soplo de silencio y de vacío
puede de Norte a Sur, y sin dejar la tierra,
llevarte.

Eras jardín de naranjas,
huerta de mares abiertos.
Tiemblo de olivas y de pámpanos,
los verdes cuernos.

Con pólvora te regaron.
Y fuiste toro de fuego.

«Elegía de un mapa perdido».
De Toro en el mar.

Fue Alberti, el poeta que luchó contra el desespero del destierro: por eso escribió doce años más tarde su «Canción del poeta que no quiere desesperarse»:

¿Ellos qué saben de ti?
No te conocen.
Apenas si te conocen.
Te dicen todos los días
que ellos sólo son la patria
que hasta son el mismo aire
que tú respiras.
¿Pero qué saben de ti?

Sin embargo se fue tendiendo el puente sobre el Atlántico cada vez más sólido.

Era precisamente el cambio fundamental en las corrientes literarias y universitarias de España entre 1956 y 1958, la fuerza creadora de los poetas «que os quedasteis ahí —les dice León Felipe— en la casa paterna, en la vieja heredad acorralada...». Esas voces, Dámaso, Otero, Celaya, Leopoldo de Luis, Eugenio de Nora, Hierro, Crémer, Ángela Figuera Aymerich..., la rebeldía de los estudiantes, las huelgas de los mineros... bajo la aparente quietud la tierra empezaba a temblar. Y las esperanzas fueron cada vez más fuertes. La voz de los más decididos de España (Celaya en la poesía, Aranguren en el pensamiento) atravesaba el Atlántico, como había atravesado los Pirineos, y llegaba a las revistas de los exiliados. Ahora sí, ahora se sentía renacer la esperanza. 1956 fue también el año del Nobel para Juan Ramón Jiménez, que hacía constancia expresa de los nombres de Federico García Lorca y Antonio Machado, que ya no podían recibir el premio en vida.

De Antonio Machado fue el recuerdo y el nombre que sirvió para movilizar a los intelectuales españoles y franceses en el pueblecito mediterráneo francés de Collioure, ante su tumba, en el XX aniversario de su muerte.

Para mí, uno de los recuerdos más emocionantes que guardo de aquel tiempo es el del momento en que Claude Couffon y yo depositamos sendas coronas de flores rojas al pie de la tumba de don Antonio.

Pero los intelectuales se reunieron también en Segovia, donde ya Dionisio Ridruejo marchaba hermanado con Gabriel Celaya, y en la misma Sorbona de París, donde el verbo de Blas de Otero emocionó a todos.

Estos actos tuvieron inmenso eco en México; recuerdo los artículos que se publicaron de Celaya y mío dando cuenta respectivamente de los actos celebrados en Segovia y Collioure. Y también, en París, haber oído en la radio francesa (emisión en castellano) al doctor Marañón evocando a nuestro gran poeta para llamar a la reconciliación de los españoles.

Vino después el vasto movimiento en favor de la amnistía en que los primeros intelectuales del país estuvieron en primera fila.

Callemos, en fin; esto quería ser un prólogo y no una crónica, al cabo no sé lo que ha salido. Quisiera resumir, sin embargo, las reflexiones que me inspira la experiencia del largo exilio de los intelectuales españoles en México y, en general, en Latinoamérica (ya que el francés que tantos años he vivido, ofrece otras peculiaridades, al lado de rasgos comunes):

- 1.º Su principal característica es la difícil lucha contra el desgaste del tiempo, batalla contra el reloj que siempre se corría el riesgo de perder. El desánimo, traducido por la expresión «desencanto», llegó en ocasiones y casos a convertirse en algo más terrible: la desespe-

ranza, es decir, la rotura del proyecto de vida, más allá de la cual no queda sino el vacío.

- 2.º La nostalgia que se clava con mayor fuerza en los creadores literarios, en los cultivadores de ciencias humanas, pero que alcanza a todos. A veces ha dado lugar a creaciones bellísimas, pienso en Cernuda evocando «las playas parameras, castillos y conventos...», pero sobre todo en el tristísimo final, que llegó a ser realidad:

Un día tú ya libre
de la mentira de ellos,
me llamarás y entonces
¿qué ha de decir un muerto?

- 3.º Una alternativa de la nostalgia fue el mito (digámoslo sin rubor) del «transterrado» en lugar del «emigrado», que podía llevar a una desviación cultural en aquellas obras que son plantas de estufa cuando no pueden echar raíces en la propia tierra, y creó cierto equívoco consistente en afirmar que había que buscarse otra cultura; pero que en cambio sirvió para que casi todos los desterrados encontrasen una «segunda patria».
- 4.º Otro aspecto no menos polémico es cierta tendencia a sostener la permanencia e inmovilidad de muchos valores culturales españoles, que no era sino una manifestación más de la nostalgia. Se hablaba, pensaba y escribía demasiado de regeneracionismo, del 98, de paisajes rurales, en suma había cierto «casticismo» en todo ello. ¿Por qué? Porque se empezaron a perder las representaciones mentales de España, se guardaban las imágenes de lo que había sido, pero el corte, sobre todo en el primer cuarto de siglo, fue tan profundo que apenas se podían captar las imágenes y con ellas los problemas de la España que seguía viviendo y evolucionando a despecho de los poderosos frenos represivos de la dictadura franquista.

En resumen, ahí queda para ustedes, un conjunto de textos de valor histórico y estético incalculable, magistralmente expuestos por la pluma maestra del profesor Caudet. Bien valen la pena estas páginas, que ya son historia, de que meditemos un poco sobre su contenido.

Manuel Tuñón de Lara

Leioa, Universidad del País Vasco
Septiembre de 1991

1. INTRODUCCIÓN

De enero a julio de 1939 se produjo un éxodo masivo de republicanos a Francia. El número de refugiados, difícil de evaluar, oscila, según las fuentes, entre 450.000 y 700.000. La primera cifra parece la más plausible. Y teniendo en cuenta que hubo un elevado número de refugiados, unos 200.000, que regresó a España a los pocos meses de cruzar la frontera, el cómputo definitivo podría establecerse entre 250.000 y 300.000.

Internados en el sur de Francia, en improvisados campos de concentración, se vieron obligados a soportar unas condiciones de vida tan infrahumanas y humillantes que no todos pudieron, física y mentalmente, soportar. El número de muertos en los campos de concentración fue, durante los primeros meses, muy alto. La repatriación de muchos refugiados se debió, en buena medida, a esas circunstancias.

Cuando surgió la posibilidad —gracias a los buenos oficios de los representantes en Francia del presidente Cárdenas— de emigrar a México, para muchos refugiados se abrió un horizonte de esperanzas al que se agarraron como a un clavo ardiendo¹. Pero esa posibilidad no estuvo al alcance de todos. Tan sólo pudieron emigrar a México, a lo largo de 1939 —se trata una vez más de un cálculo aproximativo—, unos 6.000 refugiados².

El SERE —organismo oficial del gobierno republicano para la emigración— y los representantes de la embajada de México en Francia se encargaron de distribuir por los campos de concentración unas solicitudes impresas en las cuales se pedían los datos mínimos del cabeza de familia y los nombres de las personas que lo acompañaban, así como el grado de

1 Cfr. Víctor Alfonso Maldonado, «Vías políticas y diplomáticas del exilio», en *El exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, págs. 25-53.

2 Según el *Boletín al Servicio de Emigración Española*, número 4, 7 septiembre 1939, emigraron a México, en 1939, 5.777 republicanos. Javier Rubio en *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, Madrid, Editorial San Martín, 1977, vol. 1, pág. 180, llega a la cifra de 7.397.

parentesco con él. Con las solicitudes se fueron confeccionando unas listas que utilizó la embajada de México para seleccionar a los componentes de los primeros grupos de emigrantes.

Un equipo de investigadores del Departamento de Estudios Contemporáneos del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH) ha puesto, en estos últimos años —siguiendo los pasos de, entre otros, Lois E. Smith y José Antonio Matesanz³—, un especial empeño en demostrar que, en efecto, no hubo solamente una emigración intelectual.

Dolores Pla Brugat, una de las investigadoras del INAH, en su estudio «El exilio español de 1939: Composición y perspectivas de análisis», en el que se ha basado en la *Memoria de las actividades desarrolladas por la delegación de Veracruz*, elaborada por Patricio G. Quintanilla⁴, miembro del Comité Técnico de Ayuda a los Españoles en México, ha documentado el número exacto de pasajeros de las tres primeras expediciones a México: «El *Sinaia* trajo consigo 1.599 pasajeros, el *Ipanema* 994 y el *Mexique* 2.065». Por tanto, «dicha *Memoria* nos proporciona información acerca de 4.660 refugiados, número que sin duda es más que una muestra significativa»⁵.

Dejando de lado el que según las cifras que ha tomado Dolores Pla Brugat de la *Memoria de las actividades desarrolladas por la delegación de Veracruz*, el número de emigrantes que llegaron en las tres expediciones colectivas es inferior a las cifras que dan tanto el *Boletín al Servicio de la Emigración Española* como Javier Rubio⁶, interesa destacar que, tras el análisis de esa *Memoria*, Dolores Pla Brugat ha llegado a las siguientes conclusiones sobre el tejido social de esas tres primeras expediciones:

Nos informa [la *Memoria* de Patricio G. Quintanilla] que el 18% de los refugiados eran menores de quince años y que los mayores de esta edad se dividían en 55% hombres y 27% mujeres. De los mayores de quince años 51% eran casados, 27% solteros, 4% viudos y, aunque prácticamente no pueden figurar en números estadísticos, no faltaron quienes habían estrenado la poco exitosa Ley de Divorcio que había traído consigo la República (ocho individuos). 32% de los pasajeros viajaron solos y el restante 68% lo

3 Cfr. Lois E. Smith, *Mexico and the Spanish Republicans*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1955, y José Antonio Matesanz, «La dinámica del exilio», en *El exilio español en México*, op. cit., págs. 163-175.

4 Agradezco a Dolores Pla Brugat que me permitiera consultar la *Memoria* de Quintanilla.

5 Dolores Pla Brugat, «El exilio español de 1939: Composición y perspectivas de análisis», artículo inédito. Cfr. de la misma autora «Refugiados españoles en México: un recuento y caracterización», en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana, Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, Madrid, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, 1999, págs. 421-433.

6 Según el *Boletín al Servicio de la Emigración Española* y Javier Rubio (cfr. la nota 2) en esas tres expediciones viajaron 4.818 emigrantes.

hizo en compañía de sus familias, mismas que estaban formadas desde por dos personas hasta por 12.

Quintanilla hace una primera agrupación en 128 ocupaciones, que a su vez hemos reagrupado como sigue:

— Obreros, artesanos y trabajadores calificados	32%
— Trabajadores agrícola-ganaderos	20%
— Intelectuales y artistas	14%
— Profesionistas	14%
— Empleados	12%
— Estudiantes	2%
— Comerciantes	1%
— Otros	4%

Los hemos agrupado de esta manera para poder mostrar de algún modo la diversidad de orígenes sociales. Resulta evidente que se trata de una emigración que, como ha escrito José Antonio Matesanz, configura «una España completa, en pequeño», pero una España, agregaríamos nosotros, selecta.

Con todo, si bien esta información permite confirmar que se trata de una emigración selecta, es evidente también que dista de estar formada única o principalmente por la «élite intelectual». Si consideramos que ésta está formada básicamente por los subgrupos: a) intelectuales y artistas, y b) profesionistas, en la medida en que ambos subgrupos están constituidos por personas con educación superior, vemos que entre ambos alcanzan el 28% del total, porcentaje muy alto, que confirma y refuerza la idea de que en México se estableció la élite intelectual española, pero que no es mayoritaria. La mayoría, el 72% de los refugiados, no puede clasificarse como integrantes de esta élite⁷.

El SERE creó en México diversas empresas industriales y colonias agrícolas con el fin de emplear en ellas a exiliados, a quienes, tras su llegada, les entregó ayudas económicas para que pudieran atender las más inmediatas necesidades⁸. Además prestó particular atención —pero no de modo exclusivo, como a veces se ha insinuado— a los intelectuales emigrados. El Gobierno republicano era consciente de la repercusión que podía tener para su causa contar con la presencia en el exilio de la élite intelectual española.

7 Dolores Pla Brugat, «El exilio español de 1939: Composición y perspectivas de análisis», artículo inédito. Me ocupo de manera más pormenorizada de estas y otras cuestiones, que planteo en esta «Introducción», en mi libro *El exilio republicano de 1939*, Madrid, Cátedra-Historia, 2005.

8 Cfr. «Informe del Doctor José Puche [Álvarez]», *Boletín al Servicio de La Emigración Española*, núm. 26, 22 de febrero de 1940, en donde se detallaban las inversiones hechas desde 1939 bajo los auspicios del Comité, y el folleto *Cultural Creations of the Comité Técnico de Ayuda a los Españoles en México* (1940).

En París, en marzo de 1939, se constituyó la Junta de Cultura Española, que se encargó, una vez en México, de financiar la editorial Séneca y la publicación de la revista *España Peregrina*; de fundar varios colegios para los hijos de los exiliados; de desarrollar numerosas actividades teatrales, musicales, artísticas. Pero ni en la creación cultural ni en las otras actividades de tipo profesional hubo una dependencia total —las más de las veces ni tan siquiera parcial— del SERE u otros organismos oficiales⁹. Los republicanos ya habían dado muestras de iniciativa personal en el interior de España —un grupo de refugiados en la embajada de Chile en Madrid editó mecanográficamente, de noviembre de 1939 a junio de 1940, la revista *Luna*¹⁰— y en Francia, en donde, en el castillo de Reynarde, convertido en albergue de refugiados, se editó, en 1939, la revista *Somos*, que, con periodicidad semanal, alcanzó un tiraje de doce números¹¹.

Los primeros barcos de emigrantes, el *Sinaia*, el *Ipanema* y el *Mexique*, que el SERE fletó durante el verano de 1939, publicaron, utilizando viejas máquinas de escribir francesas, diarios de a bordo. Se trata de unos documentos de un valor histórico de primera magnitud. Porque estos tres diarios permiten seguir, día a día, durante la azarosa travesía que les conducía a tierras americanas, las esperanzas que, a pesar de la derrota y de haber sido expulsados de su tierra, albergaban.

Un grupo de jóvenes exiliados fundó en 1940, con capital mexicano, la revista *Romance*, una de las experiencias más singulares, llevadas a cabo en Europa o América, de extensión cultural. *Romance* pretendía divulgar los temas más descolantes de las letras, del arte, de la historia, de la ciencia... por todas las Repúblicas hispanoamericanas. Pero los problemas económicos obligaron, en 1941, a interrumpir la publicación de la revista. La realidad, como en tantas otras ocasiones, se imponía y la visión utópica de América se difuminaba. Esa visión, por cierto, se fue articulando, de manera un tanto obsesiva, en *España Peregrina*, en donde Juan Larrea se entregó a elucubrar sobre la dimensión profética de América. Pero *España Peregrina* tuvo también dificultades económicas y a finales de 1940 interrumpió su publicación. Juan Larrea y León Felipe consiguieron que se transformara en otra revista, *Cuadernos Americanos*, que fue publicada con capital mexicano y adoptó, en su primera etapa, unas miras decididamente americanistas.

9 Como tampoco de la Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles (JARE), que dependía de Indalecio Prieto.

10 Cfr. Manuel Andújar, «Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica», en *El exilio español de 1939*, vol. 3, Madrid, Taurus, 1976, págs. 27 y 87-90; y *Luna*, ed. Jesucristo Riquelme, Madrid, EDAF, 2000.

11 Cfr. Víctor Alfonso Maldonado, «Vías políticas y diplomáticas del exilio», art. cit., pág. 44. Tampoco he podido consultarla. ¿Sabe alguien de su existencia?

Paulatinamente, los proyectos culturales y editoriales de los exiliados fueron mexicanizándose. Porque o bien resultaba obligado, como ocurrió en la mayoría de los casos, integrarse en la sociedad que les había dado albergue o bien había que replegarse, reduciendo las publicaciones a meros órganos de expresión de grupos o tendencias de signo literario o político. En el primer caso, además del ejemplo de *España Peregrina*, que se transformó en *Cuadernos Americanos*, tenemos el de La Casa de España, institución fundada en 1938 para dar albergue a un grupo de intelectuales e investigadores españoles, que, en septiembre de 1940, se convirtió en El Colegio de México. En palabras de Alfonso Reyes era necesario «ampliar sus propósitos [los de La Casa de España] y darle mayor arraigo en las necesidades del país»¹². En lo que respecta a las revistas de y para españoles, además de la ya mencionada *España Peregrina*, hay que destacar revistas como *El Pasajero* (1943), escrita y editada exclusivamente por José Bergamín; *Los Cuatro Gatos* (1948-1951), revista de la asociación de exiliados madrileños; *Sala de Espera* (1948-1951), de Max Aub, que, como *El Pasajero*, debatía, de manera obsesiva, cuestiones propias de la condición de exiliado; y *Los Sesenta* (1964-1965), también de Max Aub, en donde la creación literaria estaba ligada a problemas generacionales —pues en esta revista se había declarado que solamente colaborarían escritores nacidos a comienzos de siglo—. Y, finalmente, recordaré una serie de revistas en las que los problemas culturales y políticos estaban —teniendo siempre como protagonista a España— estrechamente relacionados: *Las Españas* (1946-1950, 1.^a época; 1950-1956, 2.^a época); *Diálogo de Las Españas* (1957-1963); *UltraMar* (1947); *Nuestro Tiempo* (1949-1953); *Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles en México* (1956-1961); *Comunidad Ibérica* (1962-1971).

En los primeros años del exilio hubo, quizá era inevitable, tensiones motivadas por incomprensiones y desconfianzas entre mexicanos y exiliados españoles, pero, en general, predominó el espíritu de camaradería. En *Romance*, revista dirigida en su primera etapa por españoles, colaboraron numerosos autores de México y de otras Repúblicas de habla española. Quienes hacían *Romance*, los españoles Juan Rejano, Lorenzo Varela, Miguel Prieto, Antonio Sánchez-Barbudo, José Herrera Petere y Adolfo Sánchez Vázquez, fueron invitados a colaborar en diversas revistas y periódicos mexicanos. Además, varios de esos jóvenes formaron parte de la redacción de *Taller* (1938-1941), revista de Octavio Paz y Rafael Solana. Juan Rejano fue nombrado secretario de redacción de la revista mexicana

12 Tomo la cita de Clara E. Lida, *La Casa de España*, México, El Colegio de México, 1988, pág. 174. Cfr. además Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México. Una hazaña cultural 1940-1962*, México, El Colegio de México, 1990.

Ars (1943) y, en 1948, fundó el suplemento dominical, *Revista Mexicana de Cultura*, del que fue director durante casi treinta años. Miguel Prieto fundó, también en 1948, el suplemento *México en la Cultura*, de cuya dirección se encargó hasta su muerte en 1956¹³.

En agosto de 1940, un grupo de universitarios españoles y mexicanos, pertenecientes a la FUE y al Frente Nacional Universitario de México, crearon la revista *América*. En «Mensaje de los Estudiantes Mexicanos y Españoles a todos los estudiantes de América», publicado en el número 1 de la revista, se declaraba la intención de ser «un centro de coordinación del movimiento estudiantil panamericano».

Litoral (1944), «breve resurrección mexicana» —como acierta a calificarla Manuel Andújar¹⁴— de la vieja revista malagueña, fue un lugar más de encuentro de poetas españoles e hispanoamericanos. En 1945 José Carner y su esposa, la escritora Émile Noulet, fundaron *Orbe*, escrita en francés y español. El subtítulo, *Revista Latina de Cultura General*, definía sus intenciones. En ella colaboraron escritores franceses, españoles e hispanoamericanos. Y lo mismo cabe decir de las revistas de las generaciones de exiliados que llegaron a México en sus años de adolescencia o que nacieron en el exilio. Me refiero a las revistas *Presencia* (1948-1951), *Clavileño* (1948), *Hoja* (1948-1949), *Segrel* (1951), *Ideas de México* (1953-1956), *Juventud de España* (1956) y *Nosotros* (1956-1957).

Todas estas revistas del exilio, que analizaré detalladamente en los próximos nueve capítulos, remiten a un espacio concreto, México, y a un referente temporal, los años 1939 y 1975. Pero si el espacio no cambió —a los exiliados los «trajeron las ondas», tal es el título de un emotivo poema de José Moreno Villa, y luego hubo que aguardar y aguardar, añorando el retorno que nunca llegaba a la otra orilla, a España¹⁵—, el tiempo fue evolucionando. Y hasta tal punto ocurrió así que determinó la trayectoria y razón de ser del exilio. León Felipe ejemplificó de manera emblemática esta dra-

13 Suplementos, respectivamente, de los diarios *El Nacional* y *Novedades*.

14 Manuel Andújar, «Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica», art. cit., pág. 26.

15 Cfr. José Moreno Villa, «Nos trajeron las ondas», *Cuadernos Americanos*, enero-febrero de 1963. Francisco Giner de los Ríos, en el poema «Veracruz», recogido en *Jornada hecha Poesía 1934-1952*, México, Tezontle, 1953, pág. 113, utilizaba parecidas imágenes para expresar las ansias de regresar a la otra orilla:

El mar, otra vez el mar.
¡Cuánta frescura en el alma
y qué dolor más dulce!
Otro mar este mar mismo.
Este mar que nos lleva, España,
este mar que está esperando ya.

mática paradoja. Lo hizo particularmente en dos ocasiones. Primero, cuando en 1942, en un momento histórico en que era comprensible la necesidad de mostrar cierta prepotencia moral, escribió los conocidos versos:

Hermano^{15 bis} ..., tuya es la hacienda...
la casa,
el caballo
y la pistola...
Mía es la voz antigua de la tierra,
Tú te quedas con todo,
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
Mas yo te dejo mudo... ¡mudo...!
¿Y cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

Y en segundo lugar, cuando, en 1959, en el prólogo al libro de Ángela Figuera Aymerich, *Belleza cruel*, reconoció —tal vez de manera demasiado extremada— el fracaso histórico del exilio. En ese prólogo rectificaba León Felipe:

Fue éste un triste reparto caprichoso que yo hice, entonces, dolorido, para consolarme. Ahora estoy avergonzado. Yo no me llevé la canción. Nosotros no nos llevamos la canción. Tal vez era lo único que no nos podíamos llevar: la canción, la canción *de la tierra*, la canción que nace *de la tierra*, la canción *inalienable de la tierra*. Y nosotros, los españoles del éxodo y del viento... ¡ya no teníamos tierra!

Vosotros os quedasteis con todo: con la tierra y la canción¹⁶.

Un largo recorrido separa los versos de 1940 de esta a modo de capitulación de 1959. Ese recorrido estuvo caracterizado por el tránsito de una etapa —de 1939 a mediados de la década de 1950—, de un enorme activismo y protagonismo político por parte del exilio exterior, a otra —desde mediados de los cincuenta— en que la España interior empezó a tomar el relevo¹⁷.

^{15 bis} Hay versiones de este poema en donde en vez de «Hermano» aparece «Soldado»; y hay otras, sin «Hermano» ni «Soldado». Cfr. pág. 478, nota 8 bis.

¹⁶ León Felipe, «Palabras», *Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles en México*, núm. 8, enero de 1959.

¹⁷ José R. Marra López, en «La nueva generación», en *Esa gente de España*, México, Centro de Estudios y Documentación Sociales, 1965, pág. 64, recordaba: «En la década 1950-1960 comienza a llegar una nueva generación a las aulas universitarias y acude en un estado de irritación contra el medio ambiente que le rodea. Está en la edad propicia y cada día comprueba la diferencia que existe entre la realidad circundante y lo

Terminada la guerra civil, los representantes de los partidos políticos que habían defendido la República desarrollaron una intensa actividad diplomática. Y si, entretanto, muchos escritores se dedicaron a reflexionar sobre los avatares de la guerra y a exteriorizar, por medio de poemas, narraciones o ensayos, la traumática experiencia de su nueva condición de exiliados, no por ello abandonaron la acción política. Hasta tal punto fue así que no es posible separar, en líneas generales, la situación histórica en que se hallaban inmersos los exiliados de la producción cultural que, en esa situación, fueron desarrollando. Las revistas, en la medida en que son tribunas de expresión de grupos unidos por afinidades estéticas o políticas, son un exponente privilegiado de esa relación que se produjo, de una manera particularmente intensa, durante los primeros años del exilio. Tal relación fue remitiendo con el paso del tiempo hasta llegar —como veremos— a la fragmentación testimonial y al lento pero inevitable desvanecimiento.

Esa primera etapa se caracterizó por una intensa actividad en los foros internacionales. En septiembre de 1943, un nutrido grupo de profesores universitarios exiliados celebró una reunión en La Habana. El doctor Gustavo Pittaluga, presidente de la Unión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados —Unión fundada en París en 1939—, dirigió al Rector de la Universidad de La Habana, doctor Rodolfo Méndez, un escrito en el que le pedía su cooperación para reunirse en aquella Universidad. En esa carta puntualizaba que la finalidad de la reunión consistía en

tratar de llevar a cabo un *estudio de los problemas de orden económico, social, jurídico y moral que atañen a la futura incorporación de España a la reconstrucción de Europa, conforme al programa ideal proclamado en la Carta del Atlántico* y preconizado con fervoroso entusiasmo por el presidente Roosevelt¹⁸.

que machacan los órganos de expresión, lo que se comenta y afirma en sus casas. La universidad le defrauda, por el mediocre panorama cultural (mucho más si se trata de facultades humanísticas, por su estrechez de miras y su pudibunda ortodoxia religiosa, que “desprecia cuanto ignora”); los libros que tiene interés en leer están prohibidos. El panorama profesional, una vez acabada la carrera, se le presenta muy incierto. Se encuentra rodeado de prohibiciones, advertencias, admoniciones (culturales, políticas, sociales, sexuales y familiares), cuando lo que desea es enterarse de lo que pasa en el país y en el mundo, saber y aplicarlo, liberarse él y liberar a los demás españoles de una extraña angustiada incomodidad que le atenaza, que la siente aunque no sepa a qué atribuirle».

18 Cfr. *Libro de la primera reunión de profesores universitarios españoles emigrados*, La Habana, 1944, pág. 6.

El rector de la Universidad de La Habana contestó aceptando tal iniciativa, pues: «A la postre, los problemas de la posguerra tienen, indeclinablemente, caracteres de universalidad»¹⁹.

La Unión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados suscribió, el 25 de septiembre de 1943, un documento en el que, tras unas previas consideraciones, decían:

Que, como españoles libres sienten el deber imperioso de alzar su voz en nombre propio y en el de los españoles obligados por la tiranía a guardar silencio.

Que, al hacerlo no les inspira otro deseo que mantener la dignidad histórica de España, reclamar su liberación y proclamar sus derechos esenciales en un trance capital de la vida del mundo²⁰.

Y a continuación, tras estos principios generales, presentaron los 11 puntos de la Declaración: que «la causa por la que luchan las naciones unidas, conforme a las más nobles tradiciones del espíritu de libertad europeo y de la independencia americana», era «la causa siempre sustentada, defendida y mantenida por los españoles...»; que la República había siempre condenado «las agresiones imperialistas»; que defendían el principio «de solidaridad interamericana», con «el deseo de contribuir a una compenetración armónica de los elementos raciales y culturales integrantes del hemisferio occidental»; que «una España liberada estará siempre dispuesta a contribuir a la constitución de un orden público internacional...»; que «la rebelión falangista fue un movimiento antinacional y un golpe de estado internacional»; que «el régimen franquista no ha sido, ni es, ni será neutral en la actual guerra de los pueblos...»; que, el pueblo español, a pesar de haber perdido su soberanía, «fue y sigue siendo en la contienda actual un activo beligerante en pro de las naciones unidas...». que «conforme a uno de los principios esenciales de la Carta del Atlántico, España tiene el derecho indiscutible de recobrar su poder soberano, escoger su gobierno y decidir la fórmula de integración de sus pueblos en una fraternal comunidad»; que el régimen franquista, «arrogándose el carácter de defensor de la civilización, del espíritu cristiano y de la Hispanidad, ha escrito las páginas más sombrías de su historia y más contradictorias con cada uno de esos tres principios invocados»; que, en consecuencia, «altos intereses nacionales y supranacionales» hacían obligado que «un organismo auténticamente español», republicano, tuviera la responsabilidad de restablecer «la liberación de los españoles y preparar su decorosa convivencia en régimen de libertad y jus-

19 *Ibíd.*, pág. 9.

20 «Proyecto de la Declaración de La Habana», en *Libro de la primera reunión de profesores universitarios españoles emigrados*, op. cit., págs. 186-187.

ticia social»; y que «España se considera con derecho, que será al propio tiempo reparación justiciera, a obtener el decidido apoyo moral de las Naciones Unidas, especialmente de las repúblicas de América, para recobrar su libertad», para, una vez conseguida esa meta, «defender con los demás pueblos hispánicos, los principios de su civilización común, como una de las más altas expresiones de la cultura latina»²¹.

La Unión de Profesores Universitarios había tomado, por tanto, la iniciativa de actuar como colectivo, fundamentalmente porque albergaban la esperanza de que podrían ejercer una presión internacional contra el régimen franquista y contribuir, con sus resoluciones, al restablecimiento de la libertad en España. Había que buscar, en suma, la alianza de las democracias occidentales, porque una victoria de éstas en la Segunda Guerra Mundial representaría, según confiaban, la última —y acaso única— baza de acabar con la dictadura en España.

La Federación de Organismos de Ayuda a los Republicanos Españoles (FOARE) organizó en México, los días 20 al 24 de agosto de 1943, una Convención de Solidaridad con el Pueblo Español. Se contó con el respaldo de diversos organismos mexicanos y de otros países de América. A la Convención se adhirieron numerosas personalidades, así como las organizaciones más representativas de la emigración española republicana. Cerca de un centenar de intelectuales españoles exiliados en México, saludó la convocatoria de la Convención con un documento de adhesión, en el que, entre otras cosas, se decía:

En defensa de la intelectualidad, la cultura y el magisterio españoles y de las lenguas y culturas nacionales que conviven en España, víctimas del régimen regresivo y antinacional de Franco, nos adherimos calurosamente a esta Convención, conscientes de que todo lo que sea laborar por la liberación de nuestro pueblo contribuirá también poderosamente a rescatar los valores auténticos del espíritu y a despejar los caminos de la recuperación y el progreso culturales de España²².

A la Convención acudió una delegación de intelectuales republicanos, formada por los catedráticos Manuel Márquez, Pedro Carrasco, Wenceslao Roces y Manuel Sánchez Sarto, el escritor Juan Rejano, el bibliotecario José I. Mantecón y César G. Lombardía, secretario general de la Federación de Trabajadores de la Enseñanza de España. En nombre de la emigración republicana, Wenceslao Roces, Veneranda G. Manzano y Domerío Mas Navarro presentaron ante la Convención de la FOARE unos informes sobre «La cul-

21 *Ibíd.*, págs. 187-190.

22 Cfr. *La cultura y la sanidad en España bajo el franquismo*, México, 1943, pág. 5.

tura y la sanidad en España bajo el franquismo» que, posteriormente, con ese mismo título fueron publicados en un folleto^{22bis}.

Wenceslao Roces, en nombre de los «profesionales de la cultura», presentó el documento de adhesión con el pueblo español. En ese documento se destacaban dos tesis que glosó así:

La intelectualidad, la cultura y el magisterio españoles y las lenguas y culturas nacionales que conviven en España son, como el pueblo español todo, su economía, su patria, sus libertades y sus hombres, víctimas del régimen regresivo y antinacional de Franco.

Sólo la liberación de nuestro pueblo, el recobro de nuestra soberanía nacional y la reconquista de nuestras libertades patrias nos permitirá rescatar los valores auténticos del espíritu y despejará los caminos de la recuperación y el progreso culturales de España, para España misma y para la humanidad²³.

El logro más importante de los políticos e intelectuales republicanos fue haber contribuido a que la Asamblea de las Naciones Unidas condenara formalmente, en junio de 1945, al régimen franquista y que no lo aceptara como miembro de dicha organización. Poco después, en marzo de 1946, Francia decidió cerrar las fronteras con España y, en abril de 1946, Polonia solicitó al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que invitara a todos sus miembros a romper relaciones diplomáticas con el régimen de Franco. Durante esta etapa de ostracismo internacional, el régimen de Franco optó por desarrollar una proyección diplomática y cultural por Hispanoamérica²⁴. Pero, salvo en Argentina —el general Perón se convirtió en un decisivo aliado de Franco—, esa proyección encontró, debido sobre todo a la presencia de los exiliados republicanos en esos países, graves escollos.

Sin embargo, en mayo de 1949, la Asamblea de las Naciones Unidas intentó revocar el bloqueo diplomático acordado en 1946. Unos años más tarde, en agosto de 1950, los Estados Unidos concedieron los primeros préstamos a España. El reconocimiento formal del régimen de Franco se haría esperar poco. En noviembre de 1950, la Asamblea de las Naciones Unidas derogó, finalmente, el acuerdo de aislamiento diplomático. En noviembre de 1952 fue admitida España en la UNESCO. En agosto de 1953 negoció un Concordato con el Vaticano y en noviembre de ese mismo año firmó el acuerdo militar con los Estados Unidos según el cual eran autorizados éstos

^{22bis} Cfr. la nota 22.

²³ *La cultura y la sanidad en España bajo el franquismo*, op. cit., págs. 9-10.

²⁴ Cfr. Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica 1939-1953*, Madrid, CSIC/Centro de Estudios Históricos, 1988.

a establecer bases militares en territorio español. En diciembre de 1955 España ingresó en la ONU.

En *El fin de la esperanza*, libro que escrito en España con el seudónimo Juan Hermanos [Marcel Saporta] se publicó primero en Francia y luego en México y la Argentina, se recogían unos comentarios sobre los acuerdos tomados por la Asamblea de las Naciones Unidas de sólo aconsejar el bloqueo diplomático a España, que relativizaban el esfuerzo diplomático llevado a cabo por el exilio republicano. De un lado —argumentaba Juan Hermanos—, esa condena evidenció que las democracias habían renunciado, al término de la Segunda Guerra Mundial, a intervenir, como se esperaba, en España, y, de otro lado, Franco utilizó el inocuo gesto del aislamiento diplomático como un pretexto para atrincherarse y reforzar su régimen dictatorial:

La versión oficial era la de que toda España protestaba en nombre de su independencia contra la intervención de la ONU, cuando, en realidad, no deseábamos otra cosa. Para reforzar dicha tesis fue organizada una solemne manifestación... En España se trataba de hacer creer al pueblo que la discusión de nuestra situación ante las Naciones Unidas era un ultraje al honor nacional y que si los españoles «querían un régimen o preferían otro, eran suficientemente grandes para elegir»²⁵.

Con tal motivo, Franco reunió ante el Palacio de Oriente una multitudinaria concentración. Y Juan Hermanos, que hace la historia de la desilusión y la renuncia, del «fin de la esperanza» de su generación, añade este terrible colofón:

A pesar de los gritos de victoria de la prensa y de la radio, a pesar de la multitud impresionante de 200.000 [en la Plaza de Oriente]..., sabemos en adelante que esa masa representa todo y aun mucho más de lo que está con el Caudillo de Madrid.

El resto está con nosotros. Pero son muertos. No hablan. No hacen proyectos. No se oye más que la palabra: emigrar, emigrar; irse a cualquier otro sitio.

Pero la xenofobia de ciertos círculos franceses influyentes es bien conocida. La cuota de emigración española a Estados Unidos está cubierta por siete años. Inglaterra es la primera que nos ha abandonado. ¿Dónde emigrar? ¿Dónde pueden ir esos millones de desesperados, dispuestos a todo, salvo a ceder, y que pagan con la sangre desde hace más de diez años su amor a la libertad?²⁶.

25 Juan Hermanos, *El fin de la esperanza*, México, Ediciones Espartacus, 1953, págs. 81-82. La Editorial Oberón sacó, en 1957, una edición en Buenos Aires. Cfr. mi edición de *El fin de la esperanza*, Madrid, Tecnos, 1998; reedición, Madrid, Oberon, 2004. Por fin, se ha podido saber que Juan Hermanos era el seudónimo de Marcel Saporta.

26 *Ibid.*, pág. 83.

Pero, con todo, *El fin de la esperanza* terminaba anunciando la aparición de una nueva generación, «muchachos de diecinueve años», que habían empezado a reconstituir focos de resistencia en la Universidad, llegando incluso a realizar un conato de huelga contra la política educativa del Gobierno y del SEU. Sin embargo, de ese conato destacaba solamente el fracaso, con lo que Juan Hermanos evidenciaba el derrotismo en que su generación se hallaba inmersa.

El autor anónimo de *El fin de la esperanza* no podía prever que en la Universidad, a pesar de ése y otros fracasos, la lucha continuaría, convirtiéndose, a partir de los años cincuenta, en un foco antifranquista en continua, al menos hasta la década de los setenta, ebullición.

Pues bien, de 1939 a 1956, durante un período que va del aislamiento al progresivo reconocimiento internacional del régimen de Franco, las revistas literarias del exilio fueron experimentando una evolución de signo contrario. En los primeros años del exilio, cuando mayor era en el interior la apatía cultural y política, hubo una enorme concentración de revistas republicanas en México. En 1940 se fundaron *España Peregrina*, *Romance* y *América*. En 1943, *El Pasajero* y *Los Cuatro Gatos*. En 1946, *Las Españas* (1.^a etapa). En 1944, *Litoral*. En 1947, *UltraMar*. En 1948, *Sala de Espera*, *Presencia* y *Clavileño*. En 1949, *Nuestro Tiempo*. En 1951, *Segrel*. En 1953, *Ideas de México*. Y en 1952, *España y la Paz*, periódico quincenal dirigido por León Felipe que fue portavoz del exilio contra la instalación de bases americanas en España.

Mientras tanto, a comienzos de la década de los cincuenta, en España se había ido organizando la resistencia al franquismo. En 1951 tuvieron lugar, en Barcelona y en el País Vasco, las primeras huelgas de importancia, así como manifestaciones universitarias que, unos años más tarde, en 1956, hicieron tambalear al SEU, que hasta el momento había estado ejerciendo un férreo control en la Universidad. El movimiento estudiantil catapultó ese control en 1965.

La acción política, después de 1955, se había trasladado, prácticamente, al interior. El exilio, en esta nueva etapa, se aprestó a intensificar el diálogo con el interior y se fue convirtiendo en aliado y caja de resonancia de los acontecimientos que estaba protagonizando la oposición en España²⁷. En

27 Pero en 1954 escribía Ramón J. Sender esta dura recusación en «El puente imposible», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, núm. 4, enero-febrero de 1954, pág. 72: «Y si algún espíritu fraterno habla de un puente que restablezca la convivencia, debemos decirle que también nosotros soñamos con volver y sentarnos a la vieja mesa solariega. Pero a esa mesa y no a otras que aún huelen a baba y pezuña de imperios de hordas que fueron los enemigos de nuestra alma natural. Sin miedo y sin odio como ayer cuando hacíamos la guerra, y como ahora cuando andamos por el mundo

1956 el *Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles* en México desarrolló una intensa actividad de acercamiento a España. En ese mismo año, las revistas de jóvenes exiliados, *Juventud de España* y *Nosotros*, se solidarizaron con los movimientos estudiantiles que, en 1956, tenían lugar en España. La revista *Las Españas* se remozó en 1957, titulándose, hasta su desaparición en 1963, *Diálogo de Las Españas*. Las últimas revistas en apostar por ese acercamiento fueron *Comunidad Ibérica* (1962-1971), que intentó infiltrarse en España durante casi diez años, y *Los Sesenta* (1964-1965), testimonio de una generación vencida.

El exilio republicano alcanzó dos éxitos de resonancia internacional cuando, en 1956, le fue concedido el Premio Nobel de Literatura a Juan Ramón Jiménez y cuando, en 1959, el doctor Severo Ochoa recibió el Premio Nobel de Medicina. Para los exiliados esos premios eran un reconocimiento de que, cultural y científicamente, eran ellos quienes representaban la verdadera España.

El exilio plantea cuestiones de hondo calado, como las relativas a la dependencia de unas raíces culturales con las que resulta difícil, cuando no imposible, romper. Pero, además, el exilio ha llegado a convertirse —queda insinuado y volveré aún sobre ello— en metáfora de la condición humana²⁸.

En lo que atañe al caso concreto del exilio republicano, Francisco Ayala, ya en 1949, se había planteado, en el polémico artículo «Para quién escribimos nosotros», la difícil situación del escritor exiliado. A diferencia de los profesores y los investigadores, cuya adaptación debía resultar más fácil, pues seguían moviéndose en unos medios académicos que poco se diferencian de aquellos a que estaban acostumbrados en su país de origen, el escritor necesita auscultar y conocer un tejido social, estar en contacto con una realidad y un lenguaje propios y, al mismo tiempo, necesita un público capaz de sintonizar con su quehacer artístico. Francisco Ayala reflexionaba:

El literato, el poeta, produce, es cierto, a partir de su personal genio; pero este impulso propio requiere ser realizado sobre la base de unos materiales de experiencia con los que se relacionará, no sólo el contenido concreto de la obra, y no sólo el grado de su logro estético, sino incluso la posibilidad

entre el ejemplo de los que mueren antes de aceptar la complicidad y los que viven para seguir denunciándola. Si alguno dentro de España piensa en nosotros, más vale que piense así, justamente y sin malentendidos».

- 28 Harry Levin, «Literature and Exile», en *Refractions. Essays in Comparative Literature*, London, Oxford University Press, 1966, págs. 62, decía: «Writers in exile have been among the most impressive witnesses to human experience. Though the testimony of their writings or their biographies is uniquely individual in each case, history has lately been accumulating so much of it that it speaks with the voice of our time. Yet there has been little attempt to grasp its collective significance».

misma —posibilidad espiritual, tanto como material— de ejecutarla. Pues bien, consideremos de nuevo las condiciones del escritor emigrado, para referirlas al caso del creador literario, desconectado —desgajado, pudiera decirse, por la violencia y la brutalidad del tirón que lo separó— de la comunidad donde se formara, y privado casi por completo del público español, al que con dificultad y mediatización llegan sus escritos. El fondo de realidad concreta en función del cual escribía, le ha sido, pues, arrancado, con la doble consecuencia de cortarle, a un mismo tiempo, las incitaciones connaturales para su producción y el destinatario a que en primer lugar tenía que dirigirse. Artificioso sería separar estos dos aspectos: son las dos caras de una situación, y ambas se remiten al mismo hecho; pues si el escritor fue desgajado de España, España fue desgajada de él por el mismo golpe de destino. Y como quiera que la vida no se detiene, y el hombre cambia de continuo, y la historia prosigue, al seguir él viviendo fuera del país, el país sin él, llegan con el tiempo a extrañarse recíprocamente —y empleo aquí esta palabra, «extrañarse», de modo ambiguo, con el doble sentido de echarse en falta y de hacerse ajeno y sentirse tal²⁹—.

Y haciendo un balance del decenio pasado en el exilio, llegaba a la conclusión de que ese decenio había sido «pura expectativa, un absurdo vivir entre paréntesis...»³⁰. Llegados a este punto, había que plantearse cómo encauzar el futuro. Su propuesta era que había que entregarse a la producción literaria

con plenitud espiritual, y no postergarla o bordearla en nostálgicos ejercicios más que a otra cosa destinados a hacer tiempo; significa afrontarla con seguro aplomo desde el estricto presente, y alimentarla con los jugos de ese presente en que el escritor vive, puesto que es la forma que éste le impone lo que presta aptitud literaria a una materia, y no las cualidades intrínsecas que ella pueda tener; en una palabra, ponerse a la obra, y crearla en la única manera que una obra poética puede crearse: con aceptación de la experiencia que la vida ha querido proporcionar al artista, en vez de echarla a un lado como irrelevante, como inexistente, a cambio de anhelos ideológicos y vagas evocaciones sobre los que sólo cabe construir falsificaciones «literarias», literarias en el sentido peyorativo con que la palabra se emplea a veces³¹.

Pero todo ello, claro, desde una situación precaria, de extrema soledad, sin saber a ciencia cierta para quién se escribía. Francisco Ayala concluía:

29 Francisco Ayala, «Para quién escribimos nosotros», *Cuadernos Americanos*, núm. 43, enero-febrero de 1949, pág. 50.

30 *Ibid.*, pág. 52.

31 *Ibid.*, págs. 53-54.

Nuestra misión actual consiste en rendir testimonio del presente, procurar orientarnos en su caos, señalar sus tendencias profundas y tratar de restablecer dentro de ellas el sentido de la existencia humana, una restaurada dignidad del hombre: nada menos que eso. Y eso, en medio de un alboroto en que apenas si nuestro pensamiento consigue manifestarse, ni hacerse oír nuestra voz. Pues si nos preguntamos: ¿para quién escribimos nosotros?, para todos, y para nadie —será la respuesta. Nuestras palabras van al viento: confiemos en que algunas de ellas no se pierdan³².

Luis Rius, en un escrito sobre la poesía del exilio, en donde aludía en particular a la generación suya, la de los jóvenes que llegaron a México cuando todavía eran adolescentes, argumentaba que si a su generación

se la llama y llamamos desterrada, la palabra desterrado ha venido a enriquecerse a mediados del siglo XX con una acepción más. Ya no sólo significará al hombre que se halla despojado de su tierra, y que por vivir forzado en otra, de hombre que era se ha convertido en sombra, sino que podrá significar también ya al hombre de dos tierras, al mestizo espiritual, al poseedor de un lenguaje nuevo que acepta las limitaciones de comunicación superficial que este lenguaje suyo le impone, porque, a cambio le proporciona otras posibilidades de comunicación honda con los demás hombres que tal vez ningún habla estrictamente local posea³³.

El mismo Luis Rius, en un libro sobre la poesía de León Felipe, concluía que el autor de *Español del éxodo y del llanto* había enseñado «a todos los españoles» y «a todos los hombres del mundo»

que la verdad del llanto y de la esperanza del destierro no está en su primera significación (el destierro de España, de una nación cualquiera), sino en la segunda o indirecta; ésa es la significación verdaderamente grave y universal para el hombre, todo hombre: la de sentir en propia carne, a lo vivo, y merced a una contingencia histórica particular, que el hombre, todo hombre, tiene en su misma sustancia original el estigma del destierro. ¿Destierro de dónde? Del ser, del tiempo, de los otros hombres, de sí mismo incluso. Y a quienes, como es natural, más claramente se les ha revelado esa peculiaridad amarga y redentora a un tiempo del ser humano ha sido a los que han padecido y padecen destierro físico de su patria...³⁴.

32 *Ibíd.*, pág. 49.

33 Luis Rius, Cuadernillo del disco *Poesía española de México*, I, México, UNAM, 1988, 2.^a ed.

34 Luis Rius, *León Felipe. Poeta de barro*, México, Colección Málaga, 1974; 2.^a ed., pág. 147.

León Felipe, en «Diré algo más de mi patria», poema de 1941, ilustraba esa mutación, que implicaba —como apunta Luis Rius— profundizar en el sentido último del exilio:

Mi patria está donde se encuentre aquel pájaro
luminoso que vivió hace ya tiempo en mi heredad.
Cuando yo nací, ya no lo oí cantar en mi huerto.
Y me fui en su busca solo y callado por el mundo.
Donde vuelva a encontrarlo, encontraré mi patria,
porque allí estará Dios.
Un día creí que este pájaro había vuelto a España
y me entré por mi huerto nativo otra vez.
Allí estaba en verdad... ¡pero voló de nuevo!
Y me quedé solo y callado otra vez en el mundo,
mirando a todas partes y afilando mi oído.
Luego empecé a gritar, a cantar. Y mi grito y mi verso
no han sido más que una llamada,
otra vez un señuelo para dar con este ave huidiza
que me ha de decir
dónde he de plantar la primera piedra de mi patria
perdida³⁵.

Edward W. Said, en «Secular Criticism», recuerda un pasaje de *Mímesis* de Erich Auerbach en el que se dice que, según Hugo de St. Victor, el hombre débil ama un solo rincón del mundo, mientras que el hombre fuerte extiende su amor a todos los lugares de la tierra. Pero señala también Said que para Hugo de St. Victor existe todavía una tercera categoría, la del hombre perfecto, que se siente exiliado en todas partes: «perfectus vero cui mundus totus exilium est»³⁶. El hombre, si quiere conseguir la perfección, debe, por tanto, proponerse trascender los límites de las fronteras familiares, el nacionalismo, y aspirar a convertirse en ciudadano del mundo. Porque acaso la esencia del hombre consista en reconocer, para lo cual hay que alcanzar el estado de plena madurez, que más que a un sitio pertenece a todos los sitios.

A estas conclusiones, como se desprende de los escritos de Francisco Ayala y Luis Rius, fueron llegando muchos republicanos. Cabe interpretar tal proceso como una paradoja más de la historia, pues el destino les había deparado, junto con la tragedia de encontrarse desplazados de un territorio y de una comunidad cultural, la privilegiada oportunidad de comprender la falacia de esos valores, de esas quimeras, de esas ansiedades por recobrar un

35 León Felipe, «Mi patria», *Letras de México*, núm. 12, 15 diciembre 1941.

36 Edward W. Said, «Secular Criticism», en *The World, the Text, and the Critic*, Cambridge, Harvard University Press, 1983, pág. 7.

equilibrio en un espacio y un tiempo perdidos. Emilio Prados se había ocupado poéticamente de esta problemática espacio/temporal, cuyo sentido último parecía haber conseguido descifrar, de manera incluso axiomática, al final de la estrofa que transcribo:

¿Regresar? ¿Cuándo? Este lugar
es todo el tiempo. Lo sabes,
lo sentiste, comenzaste a vivir en él,
al observar tu cuerpo involuntario
buscando por ti —sin ser— tu cuerpo.
Te abriste en zanja la existencia
hacia dentro de ti —pensaste—,
y en ella estás: no interno,
no externo, no en mitad y mitad
—momento equilibrado,
perfección inocente de ti mismo—.
No hay redención de lo que fuiste,
ni de lo que serás. No estás pasando.
Este lugar es el tiempo³⁷.

Si nos detenemos en el concepto de cultura nacional, hay en su entorno tanta saturación de valores canonizados, que la separación, el apartarse de ese entorno cultural, es una liberación tan necesaria como urgente. Como indica Edward W. Said: «in our age of media-produced attitudes, the ideological insistence of a culture drawing attention to itself as superior has given way to a culture whose canons and standards are invisible to the degree that they are “natural” and “real”»³⁸. La cultura, como decía André Gide en 1937, debe trabajar «por la emancipación y no por la sujeción del espíritu»³⁹. El concepto de cultura nacional suele ser un impedimento para alcanzar esa meta.

Pero si la cultura nacional presenta estos impedimentos, no es menos cierto que para aspirar a lo universal hay que estar asentado en un suelo, en una realidad⁴⁰. Porque estar desposeído de un espacio y de un tiempo, de una cultura desde/sobre/contra la cual actuar, es el más grave peligro del exiliado.

37 Emilio Prados, «Punto final y otros poemas», *Los Sesenta*, núm. 2 (1964).

38 Edward W. Said, «Secular Criticism», en *op. cit.*, pág. 9.

39 André Gide, «La cultura y la sociedad», en *La literatura moderna y la cultura. Congreso Internacional de Escritores*, Montevideo, Ediciones Mundo, 1935, pág. 45.

40 André Gide, *ibíd.*, pág. 35, decía: «Hablo aquí como escritor y, por lo mismo, quiero limitarme a tratar de cultura y de literatura donde este triunfo de lo general en lo particular, de lo humano en lo individual, se realiza en su más acabada plenitud. ¿Qué hay, si no, más específicamente español que Cervantes, más inglés que Shakespeare, más ruso que Gogol, más francés que Rabelais o Voltaire, y al mismo tiempo, más general y más profundamente humano?».

La pronta y decisiva dedicación de los vencidos a manifestarse culturalmente —en una embajada de Madrid, en los campos de concentración franceses, en los barcos que les conducían a América, durante todo el largo exilio— son signos inequívocos de una comunidad decidida a sobrevivir, pues resultaba imperativo testimoniar que sus alternativas culturales —y también políticas— debían configurar un legado que tenía vocación de futuro, que necesitaba ser parte integrante del mañana. El viaje de vuelta —por vía metafórica, no había otras vías, asentada la dictadura— era sentido como una necesidad, como la razón última de tan difícil e incierta espera. El naufragio, dejarse llevar por la desesperación, fue una tentación a la que algunos sucumbieron⁴¹. Pero los más entendieron que la heroicidad de la hora consistía en resistir. Es la conclusión a que llegaba —como ya he recordado— Francisco Ayala en su artículo de 1949: «¿Para quién escribimos nosotros? Para todos, y para nadie, será la respuesta. Nuestras palabras van al viento: confiemos en que algunas de ellas no se pierdan».

En el presente libro se ha pretendido, precisamente, salvar del olvido algunas de esas palabras, las que se fueron fraguando en revistas literarias.

A los estudios generales en torno a la cultura del exilio, todos de un enorme valor seminal —a ellos me refiero en numerosas ocasiones en las páginas que siguen—, se suma ahora este trabajo sobre un aspecto particular —las revistas literarias en lengua castellana— y limitado —sólo en un país, México⁴²—. Al deslindar el campo de investigación, he pretendido incidir en ese campo de manera más pormenorizada y mostrar —si es que hace todavía falta— que el exilio republicano presenta una gama de temas y materiales tan prolífica, que solamente se podrá llegar a su análisis y comprensión global a través de esfuerzos parciales.

Uno de los problemas más arduos y acuciantes con que me he topado, aparte la azarosa rebusca de materiales, ha sido cómo ordenar y presentar la lectura, inevitablemente subjetiva —aun cuando he intentado apoyarme en datos objetivos—, que iba haciendo de las distintas revistas. He optado por ordenar las lecturas en secuencias, privilegiando siempre los textos que consideraba más representativos, al tiempo que los situaba en un contexto his-

41 Según Ramón J. Sender, en «El puente imposible», art. cit., pág. 69: «La tristeza de la emigración llevó al suicidio a algunos escritores que salieron de España como Ramón Iglesia, joven historiógrafo que trabajaba en una Universidad Americana; Eugenio Ímaz, filósofo y poeta; Fabián Vidal, antiguo director de *La Voz de Madrid*; Sánchez Trincado, profesor y escritor... Los cuatro que se suicidaron en los últimos años no llegaron a ese triste extremo por dificultades materiales. En este caso su muerte sería sólo un accidente en esta carrera de obstáculos de la emigración política. Murieron porque se les acabó la esperanza».

42 En México, como en otros países de Hispanoamérica, se publicaron numerosas revistas en catalán, gallego y euskera.

tórico interno —relacionando unas revistas con otras— y externo —el momento en que aparecían—. Comparto plenamente la declaración de principios de Edward W. Said: «My position is that texts are worldly, to some degree they are events, and, even when they appear to deny it, they are nevertheless a part of the social world, human life, and of course the historical moments in which they are located and interpreted»⁴³.

Los textos, confrontados unos con otros —y con la historia externa—, ofrecen —espero haberlo conseguido— un mosaico de citas, un friso de intertextos, una polifonía de voces, a veces de gritos, que piden atención, comprensión, reconocimiento.

A lo largo de los casi tres años que he dedicado a este proyecto, he contado con la ayuda de muchos amigos a los que deseo expresar mi agradecimiento: Leonor Sarmiento, M.^a Fernanda Mancebo, Horacio López Suárez, José Puche Planás, Aurelio Martín Nájera, Arturo Souto Alabarce, Rafael Giménez Siles, Eduardo Mateos, Teresa Lobo, Paloma Altolaguirre, María Luisa Capella, Concepción Ruiz-Funes, Juan B. Climent, Manuel Andújar, James Valender, Dolores Pla Brugat, Jorge H. Flores, Max Rojas, Michael Predmore, George Esenwein, Clara E. Lida y Jesús Santos, que pasó a máquina el manuscrito. Extiendo también mi agradecimiento a diversas instituciones por las muchas facilidades que me han ofrecido para consultar sus fondos bibliográficos: Ateneo Español de México, Biblioteca y Hemeroteca Nacional de México, Biblioteca de El Colegio de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Bibliotecas de la Universidad de UCLA, de Duke, de Cal State Los Angeles, de Stanford, de la Hoover Institution, de Berkeley, la Bibliothèque Nationale de París y, en Madrid, Fundación Pablo Iglesias, Centro de Investigaciones y Estudios Republicanos, Biblioteca Nacional, Hemeroteca Municipal, Casa de Velázquez.

Durante los trimestres de otoño de 1990 e invierno de 1991, discutí con estudiantes de las Universidades de Neuchâtel y de Stanford, en dos Seminarios sobre Literatura del Exilio, algunos de los temas de este libro. Les doy las gracias por sus muchas sugerencias.

La Fundación Banco Exterior me concedió una ayuda en mayo de 1988, sin la cual no me hubiera sido posible financiar la investigación que dicha Fundación editó en 1992 y ahora, en 2006, reedita la Universidad de Alicante.

Madrid, mayo de 1991/junio de 2006

43 Edward W. Said, «Secular Criticism», en *op. cit.*, pág. 4.

2. DIARIOS DEL *SINAIA*, *IPANEMA* Y *MEXIQUE*

DIARIO DEL *SINAIA*

El *Sinaia*, el primer barco de expedicionarios republicanos con destino a México, publicó durante la travesía un diario de a bordo en ciclostil¹.

-
- 1 Me refiero, naturalmente, a la primera expedición masiva de republicanos. Porque anteriormente se dirigieron a México pequeños grupos de españoles. Así, por ejemplo, Octavio Paz, en noviembre de 1938, en el número XXIII de *Hora de España*, publicó el poema «El barco», que tenía como motivo su encuentro, en Lisboa, con «trescientos españoles, viejos todos, gente de campo. Habían escapado, puesto que rebasaban la edad militar, de la zona facciosa. Ningún testimonio más horrendo, que el de estos pobres viejos, que ya no querían de su suelo, de su patria, sino un pedazo de tierra. Y el hecho de huir de sus tumbas arroja fuego sobre la realidad espantosa del franquismo». Este poema debió escribirlo Octavio Paz de vuelta a México, en el verano de 1937, después de haber asistido al Segundo Congreso Internacional de Intelectuales Antifascistas:

«El barco»

Para Arturo Serrano Plaja

Sobre las aguas implacables, de acero y llamas,
que en las desiertas horas, pobladas sólo por la sedienta noche y un tiempo sin medida,
se levantan frenéticas, en una desnuda, verde súplica,
van los maderos tristes,
van los hierros, la sal y los carbones,
la flor del fuego, los aceites,
las mercaderías espesas y el fruto de la tierra.
Con los maderos sollozantes,
con los despojos turbios y las verdes espumas,
van los hombres.
Sobre del mar como una inmensa boca desdeñosa,
frente del mar perpetuo,
los hombres devorándose, naciendo,
indefensa ternura hundida en las bodegas:
los hombres con sus lechos, sus venenos lentísimos,
su enmohecida sangre,

Los barcos siguientes, el *Ipanema* y el *Mexique*, hicieron también lo mismo. El análisis de los tres diarios tiene un extraordinario interés documental, entre otros motivos, porque permite reconstruir los propósitos y expectativas que albergaban los exiliados en los comienzos de su periplo mexicano.

en exilio de ese latido tibio que les hizo ágiles y ardientes,
en destierro de ese lugar callado, preferido,
ese lugar de tierra viva y llanto
como sepulcro suyo señalado por la muerte.
Partidos por la guerra,
empujados de sus tierras a otras,
rotas las horas suyas,
las que inundaron con su sangre,
con ese esperma suyo que por la tierra gime, sin retorno,
como un balido de las agrias manadas fugitivas,
contemplan gravemente el cielo despoblado.
Tímidos campesinos de voces hondas de naranja y sidra,
españoles de pétreos pechos rotos,
hombres hermosos como el silencio,
que hacían la tierra dulce con sus manos,
vencido fruto oscuro.
Sus anchos pies danzantes alzaban los espesos sonidos nupciales del viñedo
o el apretado fuego de los puros cerezos,
ardiendo contra el viento, cara al cielo;
la tierra estremecida bajo sus pies cantaba como tambor o vientre delirante,
tal la pradera temblorosa bajo los toros ciegos y violentos,
de huracanado luto rodeados.
La guerra los empuja,
triste ceniza humilde de mis huesos,
hombres que sólo llevan ya a la muerte su diminuta muerte.
Como la luz perdida de su origen palpa carbón el hombro sin memoria,
como la lengua ciega siente su mutilada sed, viva y estéril,
así estos lentos viajes deslavados, estos vagos semblantes sementeras,
hacia su muerte huyen,
la muerte niña que nació con ellos,
creció en las mismas horas que sus horas,
bebiendo el mismo tiempo que bebían.
Tocan sus manos inocentes
el sitio de la ternura humilde,
descienden al entrañable tiempo sin medida,
al tiempo inmóvil que habita el llanto solo, eterno,
y alzan allí sus corazones,
como la sal disueltos, deshojados,
como la muerte misma,
como la vida oscura, informe, desbordante.
Los hombres son la espuma aérea de la Tierra,
su dulce flor de huesos y de carne,
el poblador esperma del planeta.

Luis Suárez, en «Prensa y libros, periodistas y editores», destaca la significación que tuvo la labor desarrollada por el grupo de emigrantes que hicieron el diario:

Periodistas, escritores, dibujantes, pintores, hacían la edición. Entre estos venían José Bardasano, Juana Francisca, Eduardo Robles, Arteta, Gaya, Julián, Peinador, Tarragó, Horacio, Camp Ribera. Se publicaban entrevistas, semblanzas, trabajos especialmente escritos, poemas que en el barco nacieron; caricaturas, informaciones sobre México y la marcha del mundo. Toda una concepción informativa y recreativa de una publicación periódica, cuyo nacimiento y fin estaba determinado por la bitácora de un viaje. Una aventura periodística con plazo fijo. Algunas notas las firmaba Moyrón, periodista reconocido. Juan Rejano en un anticipo de su gran labor mexicana, dirigió el número llamado álbum, «Homenaje a México».

¡Cuántos de aquellos españoles, periodistas completos o en ciernes, acabaríamos por figurar en esa prensa sin importar la calificación, merced a sus propios cambios e introduciéndolos, y en los muchísimos más órganos periodísticos que surgirían en México!².

Manuel Andújar, uno de los colaboradores del *Sinaia*, nos ha dejado este testimonio acerca de los ilustradores «fijos» del diario:

José Bardasano, que dibujaba a conciencia las veras efigies de nuestros seleccionados, indicativos, a su aire, de la atlántica colectividad, de soldado raso a comisario o a letrado y docto, y Ramón Tarragó, encargado de las caricaturas, con su característica fruición zoomórfica. También, creo

Hijos de la ternura son de llanto; sólo su llanto,
sin salida, en otro ajeno los sumerge.
Y renacen del llanto, diluviales,
hechos amargas aguas por la tierra,
olvidados, como la flor del agua.
Allí los reconozco,
allí los nombro con los ardientes nombres de mis lágrimas,
y me disuelvo en ellos, y me salvo.

Octavio Paz

En el número 13, 7 de junio de 1939, del diario de bordo del *Sinaia* se recogía esta noticia: «Ha llegado, en el *Flandre*, una expedición de 327 republicanos españoles. Entre ellos se encuentran el poeta Juan José Domenchina, el ex ministro señor [José] Giral y Cristino Lorenzo, que fue jefe de la propaganda radiada en la España republicana».

Cfr. también la relación de expedicionarios reproducida en la «Introducción», págs. 22-23.

- 2 Luis Suárez, «Prensa y libros, periodistas y editores», en *El exilio español en México*, op. cit., págs. 604-605.

recordar, a Germán Horacio, magnífico lápiz gijonés, desterrado, a su vez, de este pícaro mundo, meses atrás³.

La estructura de los tres diarios es bastante parecida. Unas palabras de los representantes del Gobierno mexicano y, en los casos del *Ipanema* y del *Mexique*, también de los representantes del SERE, abrían el primer número de los tres diarios. En el *Sinaia* la doña Susana Gamboa fue la encargada de saludar a los emigrantes, a quienes dedicó estas palabras:

Quiero dirigiros un caluroso y cordial saludo, y expresaros mi profundo deseo de que vuestro viaje sea feliz y fructífero.

Aprovecho la ocasión de la salida de este boletín —que es vuestro, y que vivirá y se mejorará en la medida, en que le prestéis interés y estímulo— para presentar a grandes rasgos la primera parte del programa de actividades trazado para haceros llegar la información y la orientación indispensables para nuestra futura vida de trabajo en México.

Mañana daremos principio a una serie de conferencias sobre temas generales de historia, geografía, problemas sociales, económicos y políticos de México. Complemento de esta tarea será el entender a los distintos grupos profesionales que componen la expedición y que tienen necesidades específicas.

Esperamos, además, activar la vida social y cultural a bordo mediante la organización de fiestas, conciertos, exposiciones artísticas, concursos literarios, etcétera.

Y ahora manos a la obra. Yo sé que vosotros, con vuestra colaboración y vuestro entusiasmo haréis que los resultados de estos trabajos superen a nuestras esperanzas⁴.

En los diarios de a bordo de los tres barcos se solían incluir noticias sobre los más diversos avatares de la travesía. Aparecía, de manera regular, abundante información sobre México. Se prestaba especial atención a la necesidad de mantener en el exilio la unidad. En artículos y poemas de los tres diarios, expresaron los expedicionarios el emotivo recuerdo de España.

En el *Sinaia* había dos secciones, «Lo que pasa a bordo» y «Hoy», en las que, de manera sucinta, se iban relatando los más nimios acontecimientos de la travesía. En el número 1, 26 de mayo de 1939, se incluían estas breves noticias:

3 Manuel Andújar, «La revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica», en *El exilio español de 1939*, vol. 3, *op. cit.*, pág. 24.

4 *Sinaia*, núm. 1, 26 de mayo de 1939. Cfr. además la nota 21.

«La partida».

Emoción y solidaridad. A la una y media, aproximadamente, de la tarde zarpó de Sète el *Sinaia*. El dolor profundo de los 1.800 refugiados ha encontrado cobijo en dirección a México. España va dignamente representada en estos hombres, mujeres y niños. Son la expresión viva, fiel, de nuestro país en todas sus actividades.

La partida. Emoción y solidaridad.

«¡La falta de alambradas!».

La gente toma el sol en cubierta. Este comienza a ser el sol de la libertad. La falta de alambradas hace que la imaginación crezca y cada uno forme planes sobre el porvenir. El sol distiende los músculos y concentra el pensamiento.

«Los primeros momentos».

Miradas al horizonte en busca de las Baleares y de las costas catalanas. Aseo personal detenido al ponerse en contacto con baños y duchas. Sustitución de uniformes y arbitrarios indumentos de los campos de concentración con lo mejorcito que guardaban las maletas. Y rápidamente, a reunirse con las compañeras que habían dormido en camarote aparte, y a reanudar el coloquio iniciado el día anterior después de tres o más meses de forzada separación.

La alegría se desbordaba. Menudeaban los idilios entre los mayores, mientras sus hijos, que aún no habían tenido tiempo de hacer amistades a bordo, se conformaban con apartarse un poco de sus progenitores que habían vuelto a sentirse jóvenes.

«La vida se establece de nuevo».

Las horas de las comidas comenzaban a ser una preocupación. ¡Otra vez las colas! Pero, no; la vida se restablece de nuevo y los turnos tranquilizan el pequeño mundo navegante.

«La gente corretea».

Un barco. La gente corretea incansable en los dos primeros días de navegación. Sube y baja escalerillas, mete la cabeza en todos los lugares, comprueba hasta la saciedad los detalles más mínimos.

«Muy pronto cambiaremos de mar».

Finalmente, se añadía esta escueta referencia, que iba a representar uno de los momentos más trágicos del viaje:

Los pasajeros del *Sinaia* pueden saber hoy algo concreto sobre la tierra que tienen a la vista. Entre las dos y media y tres de la tarde el buque pasará frente al Peñón.

Cuando la tarde del 26 de mayo de 1939 fue el barco dejando atrás los últimos trozos de tierra española, el octogenario don Antonio Zozaya leyó ante el micrófono —la escena quedó plasmada en un dibujo⁵— las

5 Que ha sido reproducido en el libro *El exilio español en México*, op. cit., pág. 13.

siguientes emotivas cuartillas de adiós a la Patria, reproducidas en el número 2, 27 mayo de 1939, bajo el título «¡Pero tú, España, resurgirás!»:

Mirad a lo lejos aquella quebrada línea oscura que se alza sobre el mar. Al contemplarla desde la cubierta del buque que nos lleva a otras tierras hospitalarias, al luminoso México que generosamente nos dispensa un acogimiento fraternal, al Nuevo Mundo, a donde llevamos el peso de tantas amarguras, se nos oprime el corazón. Es la Patria amada que se aleja, que pronto se disipará entre las brumas oceánicas y que, hoy, sepultada en negras cenizas humeantes, solloza bajo el yugo opresor de los conculcadores de todas las leyes divinas y humanas, de los opresores de los pueblos, de los verdugos de las mujeres y de los niños y pulverizadores de todos los centros de cultura y de todas las conquistas de la civilización gloriosa ibérica en el transcurso de los siglos.

¡Qué pena tan honda! ¿Cuántos de nosotros volveremos a pisar su suelo sagrado? ¿Quiénes tornarán a sus valles risueños, a sus enhiestas montañas heroicas, a sus selvas geórgicas, a las riberas de sus fecundadores y plácidos ríos? ¿Cuántos podrán encontrarla redenta, emancipada, gozando de las venturas de una verdadera Democracia, en que todos los hombres sean hermanos y en que todos comulguen en las ideas de paz, de progreso y de libertad...?

Tú, España, resurgirás, más deslumbrante y poderosa que nunca. A ti volverán, con el cuerpo o con el pensamiento, los desterrados en este mar, que nos parece de lágrimas. Tú serás la España inmortal y cuando todos los despotismos se hayan derrumbado y sepultado, como se sepultarán, en el polvo, tú brillarás como la más fulgente constelación de los cielos y tu gesta de hoy servirá de guía, como la antorcha de los cursores, a las generaciones de mañana, que cogerán palmas y entonarán el cántico del porvenir.

¡Adiós, Patria, que te alejas, adiós!⁶.

Manuel Andújar, que colaboró en el *Sinaia* y en muchas revistas del exilio, señalaba hace unos años que

en las columnas del *Sinaia* se registraron los momentos culminantes del éxodo que en el viaje encarnábamos. Así, el adiós a la patria, al perfilarse en el horizonte la última costa meridional de España —Peñón de Gibraltar al fondo— y que revistió, en la faz, barba y acento bíblicos de don Antonio Zozaya, noble y precisa versión. Más tarde —grabado para siempre quedó en mi sentir sustantivo— intenté evocarlo:

6 Cuando en 1943 murió en el exilio don Antonio Zozaya, el escritor guatemalteco Juan Chapín escribió el obituario «La lápida de Zozaya», *España en América*, núm. 1, 15 de mayo de 1943.

Era la solemne huella
 y el arrugado telón que la eternidad,
 con lento mugir de alas
 y voz que la garganta envuelve,
 nos reclama;
 el memorable escalofrío de un pueblo,
 de orgullosa cerviz castigada,
 que ronca plegaria cimbra
 a través de la palabra
 del anciano,
 ese arpón que en la orilla se clava:
 una brizna más
 para la conjunción rumorosa
 —pardas y azules estrías—
 de la tierra última,
 con la mirada asible
 de España⁷.

Juana Francisca Rubio, en una reciente entrevista, recordaba que al pasar «el estrecho de Gibraltar todo el mundo se puso de pie y cantó la Internacional, muy serios, y las lágrimas caían...»⁸.

José Hernández Azorín conserva un parecido recuerdo de los momentos en que dejaron atrás el estrecho de Gibraltar: «Fue tremendo el movimiento ese día. De llorar, otros de mentar la madre. Creo que no hubo nadie en el barco ajeno al paso de Gibraltar»⁹.

En «Lo que pasa a bordo» del número 5, 30 mayo, se incluían, bajo el epígrafe «Debemos evitar que...», estas notas:

La falta de botes entorpece el servicio de los comedores, ocasionando inútiles molestias a los camaradas camareros, ejemplo de entusiasmo en el trabajo.

Algunos amigos se llevan estos «vasos» a sus camarotes y olvidan reintegrarlos a la cocina o el comedor.

Amnesia de fácil corrección. ¡Es un cuidado tan pequeño!

Otra costumbre perjudicial consiste en subir sobre las lonas de las lanchas de salvamento para tomar el sol.

No precisamos de argumentos para persuadir que su resistencia es limitada.

Y quien quita la ocasión...

7 Manuel Andújar, «Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica», en *El exilio español de 1939*, 3, op. cit., pág. 24.

8 Juan Francisco Rubio, *Palabras del exilio*, 2, op. cit., pág. 73.

9 José Hernández Azorín, *Palabras del exilio*, 2, op. cit., pág. 73.

Arrojar cáscaras de fruta en los puentes es una licencia antisocial, con una caída con posible remojón, como final casi seguro. Consejo que vale —por razones de higiene, de buen gusto, de humanidad escueta—, para las cubiertas.

La Comisión de Fiestas necesita la colaboración del público, que éste atienda exactamente sus indicaciones. El espacio, por ejemplo, es muy reducido y es inexcusable amoldarse a las exigencias del barco. No atender sus observaciones significa impedir que os puedan alegrar la travesía. ¡Nada menos!

Formábanse enormes colas para comer. Se organizaron turnos para evitarlo. Y ahora... ¡se hace cola para el turno! Acabaremos «pegándonos» con tanta «cola».

El *Sinaia* es, en varios aspectos, una ciudad. Sin ir más lejos, el complejo problema de la circulación. En los pasillos suelen formarse grupos dialogantes «turnistas» desplazados, etcétera. La dificultad se acrecienta cuando empieza el vaivén.

Para subsanar la deficiencia basta con un sentido elemental de la línea recta, del décimo tercer mandamiento «no estorbar», y de que las tertulias se desarrollen a su hora y en su lugar...

¿Probamos...?

En el número 7, 1 junio, la sección «Lo que pasa a bordo» incluía una descripción del concierto de la noche anterior en el que había participado la cantante Amparo Aliaga¹⁰. Además, se daba la noticia de la presencia de un «polizón», realmente un pasajero recién nacido a bordo. Su nombre, Susana Sinaia Caparrós Cruz. En la nota se añadía: «La pequeñita nos tuvo movilizadas las veinticuatro horas del día. Desfilaron los Comités, la señora Gamboa, el fotógrafo Chim y... a ver si lo celebramos».

En una tira de tres dibujos, con un pareado debajo de cada uno, se contaba la historia de un niño que no paraba de hacer travesuras en el barco y que, finalmente, se cayó al mar. He aquí los tres pareados:

10 La Agrupación Musical Española, dirigida por el maestro Oropesa, dio una serie de conciertos durante la travesía del *Sinaia*. Manuel Andújar recordaba en *Palabras del exilio*, 2, *op. cit.*, págs. 76-77: «Eran conciertos directos, cuatro o cinco piezas ahí en un lugar [del barco] un poco prominente. Y entonces la gente acudía de todas las partes, se acercaba y se les aplaudía con entusiasmo. Una de las cosas más populares en toda la expedición, más querida, fue la Banda Madrid». Y Rómulo García Salcedo, en *ibíd.*, pág. 77: «Por la noche, en cuanto se ponía el sol, nos reuníamos todos en popa. La banda se establecía y nos daba un concierto que duraba pues hasta la media noche, cosa así. Era una banda militar, no era una banda sinfónica. Música española, zarzuela, cantos populares de las distintas provincias españolas y esta banda la dirigía el maestro Oropesa». Cfr. la información sobre los conciertos en *Sinaia*, aparecida en los núms. 2, 3, 9, 11 y 16. Cfr. también más abajo la nota 21.

Este era un niño muy malo
que se llamaba Gonzalo.
A todas partes subía
sin saber por qué lo hacía.
Hasta que un día cayó,
y el pobrecito se ahogó.

En la sección «Hoy», número 2, 27 mayo, se pedía a los expedicionarios que colaboraran en el diario de a bordo:

Requerimos vuestra colaboración. *Sinaia* quiere reflejar de modo constructivo la vida a bordo en sus diferentes facetas. Para ello precisa de la colaboración de todos.

¡Aportad vuestras sugerencias, vuestras opiniones! Enviadnos pequeñas crónicas, comentarios, anécdotas, chistes, iniciativas de interés colectivo, dibujos, historietas...

Los trabajos pueden entregarse en la Redacción —instalada en el puente A, a estribor— de 9 a 11 de la mañana o de 1 a 10 y media de la noche.

En el número 3, 28 mayo, la comisión de fiestas del *Sinaia* anunciaba en «Hoy» un concurso de «poesías festivas de asunto libre». En la nota se decía:

Los trabajos admitidos se leerán por la Radio, adjudicándose un premio a la mejor poesía.

El plazo de admisión quedará cerrado el día 31 a las siete de la tarde. Los trabajos se entregarán en la Redacción de *Sinaia*, comedor del Puente A.

A continuación, se recogían diversas noticias, algunas en tono humorístico, como la que informaba que, tras una supuesta apertura de la Bolsa a bordo, «la cotización más importante durante el día fue el cambio de la peseta». Aparecía luego una descripción del «Programa de fiestas para hoy domingo»:

Con motivo de la primera escala del *Sinaia* en Funchol (Madeira), se celebrará un festival con el siguiente programa:

- 1.º A las tres de la tarde concierto por la Agrupación Musical Española que dirige el maestro Oropesa.
- 2.º A las cuatro de la tarde, recital de poesías españolas, a cargo de Luis Iniesto.
- 3.º A las ocho y media de la noche, gran verbena con bailes y cantos regionales, concurso de «Chotis», etcétera.

En el número 6, 31 mayo, se reproducía esta curiosísima nota en la que se cuenta que los pasajeros habían convertido al *Sinaia* en un pequeño «Madrid»:

Como el *Sinaia* es una pequeña ciudad, el ingenio popular ha bautizado sus calles. He aquí algunos ejemplos:

Al puente A, donde toca la Banda del maestro Oropesa, lo llaman el «Paseo de Rosales».

A la Cubierta B, banda babor, «la Gran Vía».

A la Cubierta de estribor, calle de «Alcalá».

Camarotes y salones de primera reciben el calificativo de «Barrio de Salamanca».

El puente A es la «Plaza del Lavapiés» (Los castizos juegan al «mus» y los chavesas se revuelcan en el suelo tomando el sol).

El Puente de proa, «Avenida de los Suspiros». El de popa, «Paseo de Benavente».

Los dormitorios del piso bajo, «Cuatro Caminos, Ventas y Tetuán».

Incluso habían conseguido organizar una biblioteca, en la que había sobre todo libros que trataban de México. Esos libros estaban «al servicio de todos los compañeros que se interesan en aumentar sus conocimientos del país hermano. Los libros podrán utilizarse durante el plazo máximo de un día».

En el número 17, 11 de junio, se daba detallada cuenta de una exposición preparada por un grupo de artistas que viajaba en el *Sinaia*: Arteta, Gaya, Bardasano, Horacio Peinador, Carmona, Camps Ribera, Barragá, Juana Francisca, Oliva, Robles, Agut, Rebatte, Jordana, Climent y Acitores. Sobre el significado que tuvo para los pasajeros esa exposición se decía en la nota:

La Exposición inaugurada ayer es uno de los más importantes acontecimientos culturales de nuestra estancia en el *Sinaia*. Está realizada —en concepto, en organización—, con dinamismo de pura cepa. Los trabajos provienen, en general, de los campos de concentración, de la misma vida a bordo. Denotan un espíritu creador que en circunstancias penosas y precarias, ha sabido conservar su facultad estética, joven, y acusa una sana vinculación política a la causa del pueblo.

En cuanto a los rasgos que la caracterizaban, se añadían estos comentarios:

Prima el tipo humano, sin vetos de sexo o de raza, al contrario. Se busca el gesto esclarecedor, la cualidad psicológica, sin retorcimientos decadentes. Gracia, agudeza e incluso unas gotas patéticas.

Abundaban las informaciones sobre la travesía. Así, en el número 3, 28 mayo, se comentaba que hasta el momento no había ocurrido ningún accidente digno de mención. La travesía iba a tener una duración aproximada de veinte días. Esperaban hacer escalas en la isla de Madeira y en San Juan de Puerto Rico, en donde iban a abastecerse de agua potable, «cuyo consumo diario, de 75.000 litros, resulta excesivo. Con lo que el Capitán del *Sinaia* apunta una recomendación práctica».

En el número 10, 4 junio, en la nota «Un progreso», se decía sobre el ambiente que reinaba en el barco:

Empieza a percibirse en el *Sinaia* un ambiente nuevo. Han bastado ocho o nueve días de viaje para que una adecuada vida cultural y social esté en marcha, para que nos hayamos adaptado —en lo esencial— a la convivencia que circunstancias y medio exigen, para que el proceso eliminatorio de las últimas penalidades sufridas no dificulte la visión serena, limpia de amarguras negativas, capaz de prepararnos para las tareas que en México nos aguardan, tanto en el trabajo específico como en la ayuda —que no admite efugios: ser o no ser—, a la política democrática que el presidente Cárdenas simboliza.

La travesía no constituye, pues, un episodio huero de sentido y tiene objetivos creadores de tipo concretísimo. Hemos progresado en tal dirección, pero conviene que todos y cada uno de nosotros amoldemos la existencia privada a la inminente fase superior de la misión preparatoria que ahora nos corresponde.

Modesta reflexión para registrar un avance y tender a derroteros inmediatos más amplios y profundos.

En el número 13, 7 junio, el diario se hacía portavoz del agradecimiento de todos los pasajeros del *Sinaia* por el «entusiasta y emocionante recibimiento» que la población puertorriqueña dedicó a los emigrantes. Formaron una comisión «integrada por el compañero Martín Puente, en representación del SERE, una delegación del Frente Popular y la señora Gamboa». En «Aspectos de la ciudad. Entusiasmo y solidaridad», se recordaba así aquella escala:

Indescriptible el entusiasmo a su paso, la emoción de un pueblo hermano, el cariño de todos los que comprendían la justeza de una lucha de independencia sentida como propia. Viva admiración por nuestra unidad, que debemos mantener y reforzar.

En las visitas realizadas por los representantes de los sectores obreros del Frente Popular a las casas de los Partidos Socialista y Comunista, al local de la Federación Libre de Trabajadores, siempre la misma sensación e idénticas recomendaciones: «Conservad vuestra unidad y consolidadla con los trabajadores mexicanos. Apoyad la política del gran amigo de los obreros, presidente Cárdenas. Trabajad incansablemente preparando la reconquista de vuestra nación...».

La vuelta al muelle ha repetido las mismas escenas. La masa enorme de compañeros que esperan horas y horas junto al barco y que nos abrazan una vez más. Estrechando nuestras manos: «Sabemos que vais a trabajar de duro, estad siempre al lado de los obreros americanos especialmente de los proletarios de México: no olvidad nunca que vuestra misión principal es la de laborar por la liberación y reconquista de la República; no rompéis la unidad, ella será el arma más potente en la lucha...».

La emoción de un pueblo que sabe sentir en español, sin distinción de clases, nos ha recordado estos deberes básicos de nuestra emigración que serán acicate firme de la lucha emprendida contra el fascismo.

En ese mismo número 13, se había publicado un artículo de despedida de Puerto Rico:

Dice el tópico que las despedidas son siempre tristes, porque partir es morir un poco. Y precisamente porque cala hondo, es difícil describir la emoción de una despedida entre hermanos. El corazón obnubila el cerebro. No se piensa; se siente...

¡Cuántos pasajeros del *Sinaia*, acostumbrados a mirar impasibles la muerte y el fascismo, sintieron que sus ojos se enturbiaban al dejar Puerto Rico...!

Las banderas republicanas, los vivos a la República española, las voces hermanas escuchadas a tantos kilómetros de la España envilecida, diera vida a una emoción que afirma, aún más, el afán de luchar por reconquistar y dignificar nuestro país...

Es el mayor y más claro éxito de vuestra acogida, españoles del Frente Popular de Puerto Rico, a la que no podemos corresponder de momento más que con nuestros aplausos, nuestra emoción y la firme promesa de ser cada día más españoles, más antifascistas que nunca.

No llegamos a América con moral de derrota, sino de lucha. Y vuestras frases, vuestras atenciones, son acicates para la unidad monolítica de todos los que queremos reconquistar a España para la República. Nos separamos con tristeza, porque sabéis ser hermanos nuestros, que es tanto como ser hombres.

En nombre del SERE, en nombre de los pasajeros del *Sinaia*, ¡salud y hasta siempre, puertorriqueños del Frente Popular...!

Entrevistados, recientemente, Manuel Andújar, Rodolfo Santamaría y José Marull, han recordado con estas palabras el recibimiento del pueblo de Puerto Rico:

Lo de Puerto Rico es una cosa que se nos metió en el corazón para siempre¹¹.

11 Manuel Andújar, *Palabras del exilio*, 2, op. cit., pág. 100.

Entonces, lo que recuerdo de Puerto Rico fue los sindicatos, o no sé qué, algo, alguna organización, supongo que obrera o política o todo eso, mandó una orquesta y estuvieron tocando el tiempo ahí con un sol hermoso, para eso era el mes de junio, y entonces sí vinieron delegaciones de gentes con canastas y subíamos fruta. Nos regalaron piñas, fue creo que la primera vez que probé la piña, definitivamente la primera vez que probé el mango, y una serie de frutas raras¹².

Tocamos el puerto de San Juan de Puerto Rico, que allí hubo una manifestación muy grande, que todos íbamos a pescar, en el sentido de que nos daban fruta y agarrábamos cosas como cestos, los entregábamos y estábamos pescando. No nos dejaron bajar, pero en cambio, la población, mucha, mucha y mucha trayéndonos fruta para comer, y como andábamos muy hambrientos, allí todo el mundo comiendo plátanos y mangos¹³.

A continuación, también en el número 13 del *Sinaia*, se reproducían los textos de dos telegramas dirigidos desde Puerto Rico, al presidente Cárdenas y al doctor Negrín. El que se mandó al presidente Cárdenas decía:

Al aproximarnos gran democracia mexicana, saludamos a su más alto representante, agradecemos generosa hospitalidad y prometemos colaborar entusiasmo su formidable obra de progreso, justicia social y libertad mediante nuestra propia unidad con voluntad de reconquista de España.— Republicanos españoles de *Sinaia*.

Y al doctor Negrín se le había mandado el siguiente telegrama:

Primera expedición republicanos españoles saludan en usted auténtica representación España republicana y voluntad reconquista Patria liberándola invasores extranjeros, comprometiéndonos reforzar nuestra unidad para ayudar es gran empresa patriótica.— Republicanos españoles del *Sinaia*.

Luis Suárez, en «Prensa y libros, periodistas y editores», recuerda que, durante esa escala, se vivieron en el barco

seis o siete horas emocionados ante la solidaridad bulliciosa de los hermanos puertorriqueños que se acercaban con lancha hasta el buque, para entregar las olorosas frutas tropicales, por primera vez saboreadas en la mayoría de aquellos paladares con sobriedad de la guerra y la sequedad de los campos de concentración franceses¹⁴.

12 Rodolfo Santamaría, *Palabras del exilio*, 2, *op. cit.*, págs. 100-101.

13 José Marull, *Palabras del exilio*, 2, *op. cit.*, págs. 101.

14 Luis Suárez, «Prensa y libros, periodistas y editores», en *El exilio español en México*, *op. cit.*, pág. 604.

Pero, según Luis Suárez, esa escala fue asimismo muy útil para poder seguir publicando el diario de a bordo. A Susana Gamboa, la representante de México, y a Martín Puente, periodista español, que representaba al SERE, se les permitió descender del barco y, entre otras cosas, «adquirieron materiales para seguir editando *Sinaia*»¹⁵.

Durante la travesía se hizo un continuado esfuerzo por informar acerca de diversos aspectos de la realidad política, económica, geográfica, etcétera, de México. A pesar de que México fue un país que tuvo un comportamiento solidario con la España republicana a lo largo de los tres años de guerra civil y de que, terminada la guerra, muchos de los refugiados en los campos de concentración franceses aspiraban a trasladarse allí, era un lugar del que se sabía muy poco. Abundan los testimonios al respecto. Rodolfo Santamaría confesaba en una entrevista que de México, antes de salir de España, no sabía

absolutamente nada. Cuando digo absolutamente nada, quiero decir casi absolutamente nada, ¿verdad? Obviamente en las clases de geografía y toda esa cosa, pues había oído hablar de México y demás, pero, ¡olvídense!, una cosa de lo más superficial. Me lo imaginaba tropical, palmeras y bananeros. No tenía la menor idea de nada¹⁶.

Rómulo García Salcedo se expresaba en términos parecidos:

No tenía ni la menor idea de lo que era México. Con decirle a usted que yo aún creía que Texas era de México. No tenía ni la menor idea¹⁷.

Aunque, claro, había alguna excepción. Federico Bonet había hecho, según cuenta, algunas lecturas que le permitieron tener una vaga idea de lo que era México:

Sí, porque yo en mi biblioteca de España tenía unos libros sobre unos naturalistas suizos que eran aventuras en una zona tropical de aquí, yo ya tenía una idea de las condiciones físicas de la población de aquí. Y después durante el viaje, no sé cómo, me hice con una geografía de México, muy gorda, dos tomos, no sé si nos la dejaría [Susana] Gamboa, yo me la devoré. Conocía de política porque también tenía libros sobre programas de escuelas rurales y de la Revolución. También había leído novelas, o sea que sí sabía lo que era la Revolución porque, además, en una ocasión la FETE me había propuesto un viaje a México para dar algún mitin. Superficialmente tenía idea¹⁸.

15 *Ibíd.*, pág. 604.

16 Rodolfo Santamaría, *Palabras del exilio*, 2, *op. cit.*, pág. 74.

17 Rómulo García Salcedo, *Palabras del exilio*, 2, *op. cit.*, pág. 75.

18 Federico Bonet, *Palabras del exilio*, 2, *op. cit.*, págs. 74-75.

Pero, en fin, resultaba a todas luces necesario informar sobre México. A tal efecto, periódicamente, tuvieron lugar en el barco una serie de conferencias. En general, se anunciaban en el *Sinaia* y, en numerosas ocasiones, se publicaron breves resúmenes del contenido de las conferencias. En el número 2, 27 de mayo, se anunció la primera conferencia, a cargo de la señora Gamboa:

Presentación de México es el tema que hoy, día 27 a las 3 de la tarde, desarrollará la señora Gamboa en una conferencia con la que inicia un ciclo de información sobre todos los aspectos de la vida mexicana.

La conferencia será pronunciada en el comedor del puente A y difundida por altavoces en las cubiertas de proa y de popa y en el comedor de tercera.

Dada la limitada capacidad de los comedores, se recomienda a los pasajeros se alejen de aquéllos en cuanto hayan sido ocupadas las plazas disponibles.

Por el alto interés que el tema ofrece para los pasajeros, rogamos a todos procuren seguir con la mayor atención la palabra de la conferenciante.

En el número 3, 28 de mayo, aparecía esta nota, en donde, en tono humorístico, se indicaba el cambio de fecha de una conferencia:

Como según nuestras noticias existe generalmente la impresión de que hoy domingo será dada otra conferencia del ciclo de orientación sobre México, creencia que se debe, sin duda, al deseo de todos los compañeros de conocer en un día mejor que en diez la infinidad de aspectos del país que tan cariñosamente nos acoge, necesitamos hacer constar que, a la hora prevista para la charla, estaremos en Madeira, y, por ello, las nociones sobre la geografía de México que había de proporcionarnos el profesor Bargalló, quedan aplazadas para mañana lunes a la hora que se anunciará en el Boletín y por los altavoces.

Cada una de las conferencias sucesivas será anunciada por los mismos procedimientos.

En el número 9, 3 de junio, era reseñada la conferencia de don Adolfo Vázquez Humasqué, quien había disertado sobre la economía agrícola mexicana:

El conferenciante trató de describir, en breve síntesis, las condiciones agrícolas de México sobre un esquema de su orografía e hidrografía, combinadas con los demás accidentes meteorológicos que definen las posibilidades de cultivo, llegando en su conclusión a establecer una agrupación de carácter general, que divide México en tres mesetas, dos vertientes oceánicas y dos penínsulas, pero que en relación con el desarrollo de los cultivos se agrupan en cinco grandes zonas y determinan en definitiva un

México seco y semiárido al norte y noroeste y uno húmedo al sur y sudeste, con la transición intermedia en la Meseta Central del Anahuac.

Habló de las diferentes clases de cultivo, recalcando la facilidad que existe para obtener todos los que teníamos en España, más los de carácter tropical, propios de las tierras calientes de las zonas costeras del Atlántico.

Hizo un breve estudio de la economía agraria, en la que señaló su buen presente y su magnífico porvenir. Después se refirió a las formas usuales de cultivos allí, haciendas, ranchos y ejidos, realizando un rápido examen del proceso histórico agrario y de la actuación de la Reforma Agraria, implantada por los gobiernos de la revolución, medida de justicia social, cuyo adecuado elogio remarcó.

El señor Vázquez Humasqué terminó su interesante disertación con un llamamiento a los agricultores emigrantes del *Sinaia*, de los que espera un éxito en México, donde han de resolver su problema familiar en condiciones muy favorables y realizar un trabajo de prestigio para todos los españoles republicanos y muy especialmente para las ideas por que combatimos en España y seguiremos defendiendo allá donde nos encontremos.

Ramón Iglesia, se ocupó de la historia de México. En el número 12, 6 de junio, se hacían estos comentarios:

Ayer tarde tuvo lugar la segunda conferencia dedicada a historia de México. Don Ramón Iglesia del Centro de Estudios Históricos y de la Biblioteca Nacional de Madrid, dio una buena charla sobre «Conquista y dominación española».

Señaló, a grandes rasgos, las circunstancias en que se produce el choque de las dos culturas, la mexicana indígena y la española del siglo XVI, que debían llevar forzosamente al triunfo de la segunda, superior en medios y en ciencia militar. Subrayó adecuadamente el valor y la tenacidad de los mexicanos en su resistencia, que llenaron de estupor a los españoles habituados como estaban a encontrar una resistencia débil por parte de los indios de otros lugares.

Se extiende en consideraciones sobre el carácter de los hombres que llevaron a cabo la conquista, que han sido ensalzados o denigrados exageradamente, de acuerdo con la tendencia política de los historiadores. Procura situarlos con imparcialidad, indicando sus virtudes y defectos. Dejando de ver que el español de entonces, por su mentalidad feudal, guerrera, católico-imperialista, no percibía en el indio sino a un inferior poseído por el demonio, el cual, a cambio de que le hiciera la merced de salvar su alma, enseñándole la doctrina cristiana, había de prestarse a los trabajos más duros sin ser apenas mantenido.

Insisto en que la lucha de clases, que en México se entremezclaba con la de masas, se plantea allí en idénticos términos que en España contra el gran terrateniente y su fiel aliada y protectora, la Iglesia. Afirma que no existe, como tantas veces se ha aseverado, una incompatibilidad ni una divergencia entre mexicanos y españoles, sino una lucha de los pueblos de

ambos países contra una —la misma— casta dominante y reaccionaria; lucha, en suma, que permitirá que nos comprendamos, que sigamos labo-
rando juntos hasta el triunfo común de nuestros ideales progresivos.

Don Antonio Zozaya habló de las relaciones entre México y España. En el número 14, 8 de junio, se hacía este resumen de las conclusiones a las que había llegado el conferenciante:

Afirma que la futura España republicana adoptará tres resoluciones que hace tiempo propuso públicamente:

- 1.^a Los mexicanos gozarán de todos los derechos inherentes a la ciudadanía española, al pisar el territorio de la República.
- 2.^a México tendrá la potestad de designar un representante en el Parlamento español.
- 3.^a Los productos mexicanos no pagarán, al entrar en España, impuesto ni gravamen alguno.

Dedica una parte de las más interesantes de su conferencia a subrayar un vibrante canto a México, la nación hermana que nos abre las puertas en momentos culminantes de la vida de nuestra nación y de la lucha por sus libertades y exhorta a los españoles que se encaminen a la noble nación que dirige el presidente Cárdenas, para que siempre tengan en cuenta el apoyo que debemos a los trabajadores mexicanos.

Terminó recomendando que la norma de conducta firme, el trabajo austero y el cumplimiento del deber de antifascistas, es primordial.

El ciclo de conferencias lo cerró Eduardo Ontañón, quien, según se indica en el número 18, 12 de junio, había disertado sobre el tema «Vida artística y literaria de México».

Se fueron formando grupos según las profesiones y, periódicamente, había reuniones para informar y debatir cuestiones de común interés. En el número 5, 30 de mayo, se anunciaba a los agricultores:

Constituido el grupo de elementos profesionales de la Agricultura, al objeto de establecer el debido contacto entre todos los agricultores que figuran en la expedición y en vista de la futura labor a desarrollar en México, se acordó convocar a unas reuniones preliminares, según la siguiente distribución:

Día 1, jueves, a las 2 1/2: Grupo A. Castellanos y manchegos; Grupo B. Norteños (gallegos, asturianos, montañeses y vascos). A las 3 y cuarto: Grupo C. Andaluces y Extremeños; Grupo D. Catalanes.

Día 2, viernes, a las tres y cuarto: Grupo E. Levantinos y aragoneses. Las reuniones tendrán lugar en el comedor de 3.^a clase.

Por ser de interés primordial para todos los agricultores, se ruega que acudan puntualmente a dichas reuniones, según la clasificación que antecede.

Y a continuación se añadía la siguiente nota, cuyo título, «Muy importante para el pasaje», era lo suficientemente elocuente:

A los profesionales de la enseñanza.— Quedan convocados para hoy a las 3 y cuarto en el comedor de 3.^a los profesionales de la Enseñanza en todos sus grados, para tratar de asuntos de gran interés relacionados con su futura actividad en México.

Profesionales liberales.— Esta tarde a las 4 se celebrará en la redacción del *Sinaia* una reunión a la que se convoca a todos los escritores, periodistas, artistas, médicos, abogados y demás personas que ejerzan profesiones liberales no comprendidas en los demás grupos profesionales ya constituidos.

En el número 7, 1 de junio, se recordaba que el día anterior se habían reunido los profesionales de la enseñanza. Pretendían éstos hacer lo posible para colaborar eficazmente «a la obra de educación del pueblo mexicano...».

No podían faltar en las páginas del *Sinaia* elegíacas expresiones de dolor por la pérdida de España. Acentuaba este sentimiento la incertidumbre de lo que les esperaba en la tierra, lejana y desconocida, adonde se trasladaban. Benjamín Jarnés se propuso levantar los ánimos de sus compatriotas en un artículo, «Contra la nostalgia», aparecido en el número 3, 28 de mayo:

Circulan unas píldoras contra el mareo, también debieran circular píldoras contra la nostalgia, para extirparla radicalmente, porque no es éste el momento de entregarnos al tiempo perdido, sino de hincar nuestra voluntad en el futuro. Ni las contradicciones sufridas deben de ser ya motivo para continuarlas imaginativamente, sufriendo, ni todo aquello que hubimos de abandonar debe amontonarse —lacrimoso— ante nosotros para entorpecer nuestra marcha.

Fatigas y goces pasados deben convertirse en estímulo, o dejemos libre el paso. Estamos recorriendo un paréntesis vacío entre dos vidas. Hay que recorrerlo cantando. Con el menor equipaje posible de recuerdos.

De la vida anterior sólo debemos conservar lo que verdaderamente sea germen, levadura en la segunda vida. No, no es tiempo de brumosas nostalgias, sino de claros propósitos. No de desfallecimientos sino de ímpetus. Lo perdido en bienes materiales, de otra índole, de seguro lo hemos ganado en experiencia, en madurez, en hombría. En grandeza de alma. Y ésta la debemos reflejar en el tono general —exterior e interior— de nuestra vida, que ya no podrá ser frívola, puesto que por ella ha pasado la más honda tragedia de la historia española. (Y si tan honda tragedia no consiguió hacernos más grandes, es que nosotros venimos siendo muy pequeños.)

El mundo debe conocer nuestra sencilla grandeza: hay que elevar, pues, el tono de nuestra vida a bordo, como la de nuestra vida en tierra firme, puesto que estamos sirviendo de espectáculo. Estamos representando a España.

Debemos salir airosos de la prueba. Nuestro papel es difícil: es el papel de España. No el del emigrante que sobra en un pueblo, sino el del ciudadano que lleva consigo a un pueblo. Los que sobran son los otros.

Aquéllos son los traídos y llevados, los nostálgicos de España, de una España que han perdido sin haber salido de ella. No somos un lastre, solución. Por eso no debemos reclinar la cabeza sobre el cojín de los recuerdos sino alzarla gallardamente para salir al encuentro del pueblo fraternal que nos aguarda.

Los pasajeros albergaban temores sobre su suerte, como lo atestiguan algunas notas que se insertaron en el diario. Así, por ejemplo, ésta del número 3, 28 de mayo, que reproducía unas palabras de la señora Gamboa: «En México ustedes no necesitan presentación. Mi pueblo conoce bien a la España que tan dignamente representan».

En el número 7, 1 de junio, la señora Gamboa en una carta abierta, «México no olvida vuestros familiares de España», tranquilizaba a Augusto Vidal y a otros compañeros de viaje, que desesperaban por la suerte de los familiares que se habían quedado al otro lado del Atlántico y de los que tal vez se habían separado definitivamente:

Comprendo la natural angustia que llena su carta. Pero usted sabrá soportar estos duros momentos, este duro trance que supone tener que marchar muy lejos de su Patria dejando en ella sus seres más queridos. Tres años de lucha heroica contra los enemigos del pueblo español, han templado con firmeza vuestro ánimo. Como Vd. centenares de españoles que hoy marchan en el *Sinaia* han quedado separados de su familia, pero esta separación no será muy duradera.

Mi país que les coge en su seno, facilitándoles medios de reconstruir su vida, les ofrece también la posibilidad de unirse a sus familiares en México. El hecho de que nuestro Gobierno no haya reconocido a Franco nos impide hacer —directamente— gestión alguna en este sentido.

Pero una vez que la salida de sus familiares sea resuelta desde Francia, con la cooperación de otros países, a través de una organización especial creada al efecto, sus familiares podrán marchar a México e instalarse allí, con el apoyo decidido de nuestro Gobierno.

Para la dirección inmediata de sus cartas, mi consejo personal es que dé usted la de la representación del SERE en México.

Cordialmente le saluda. Susana Gamboa.

En el diario se expusieron en varias ocasiones los motivos que justificaban la decisión de los emigrantes de trasladarse a México. En el número 15, 9 de junio, se daban estas razones:

Vamos en el *Sinaia*, obreros, campesinos e intelectuales. Una genuina representación de la España honrada y laboriosa, de la España que sabe

luchar y morir con denuedo y heroísmo por sus libertades y su independencia patria.

Vamos a un país hermano, al que nos ligan fuertes lazos de sentimientos e intereses comunes. Hemos contraído una deuda de honor con él. Por su ayuda decidida en nuestra lucha contra el fascismo invasor y por su generosa hospitalidad fraternal, deuda que a fuer de buenos españoles (no «gachupines», que éstos son otra cosa y muy distinta) debemos pagar como aquel pueblo se merece, volcando todo nuestro esfuerzo, nuestra voluntad y nuestros conocimientos en apoyo de las legítimas aspiraciones de progreso y de cultura que sienten México y su gobierno.

Junto a esto, no podemos olvidar, ni por un solo momento siquiera, que nuestra lucha por la liberación de la Patria no ha terminado, ni mucho menos. En el proceso de la revolución española, hay que comprender claramente que no hemos hecho otra cosa que entrar en una nueva fase de la misma lucha.

Desde que el fascismo triunfa y sojuzga a un pueblo con sus métodos de terror, éste empieza ya a trabajar de nuevo para crear las condiciones internas que necesariamente tienen que llevarle otra vez a la lucha armada por su liberación definitiva. Aquel de nosotros que olvidara esto un solo instante y no prestara, desde donde quiera que se hallase, todo su apoyo y sus mejores desvelos para reconquistar España, sería su peor enemigo. Fuertemente unidos por este sentimiento y esta voluntad y por encima de toda clase de intereses mezquinos y sectarios, trabajemos y luchemos para barrer en un futuro próximo al fascismo de la tierra que nos vio nacer.

¡Ayudar a México y a su gobierno es ayudarnos a nosotros mismos y a nuestra Patria! Trabajar con denuedo y poniendo a contribución toda nuestra voluntad, todos nuestros conocimientos para que México ocupe el lugar que merece en el concierto de los países progresivos, es ayudar a crear las condiciones externas de nuestra liberación nacional y cerrar el paso al fascismo, que es atraso, incultura y esclavitud.

No podemos ni debemos tomarnos ningún descanso en la lucha ni olvidar la gran tragedia que hoy vive nuestro pueblo bajo el régimen feroz del fascismo. Tenemos que procurar la más rápida incorporación a nuestra lucha de los miles y miles de compatriotas que han quedado en los campos de concentración y tener siempre presente que el aplastamiento del fascismo ha de ser necesariamente un hecho de fuerza al que debemos llegar con firme voluntad, mejor preparados que nunca y como un solo hombre.

En el número 14, 8 de junio, se declaraban «estrechamente unidos a los trabajadores», pues sí, por un lado, anticipaban que iban a encontrar alguna oposición, por otro, tenían la certeza de que podían contar con la solidaridad de los trabajadores mexicanos y de su principal valedor, el presidente Cárdenas:

Los trabajadores mexicanos esperan con los brazos abiertos a sus compañeros españoles. «En México no necesitan ustedes presentación» —se nos

ha dicho—. Pero nosotros no hablamos nunca de ellos, nadie se acuerda de que nuestros problemas se han de resolver de perfecta conformidad con el proletariado mexicano. Son los obreros todos del país donde se nos espera los que han de proponer nuestra admisión al trabajo.

Ofrecerse a entidades, a empresas o al Estado, sería dar la espalda a los trabajadores de allí. No olvidemos ni por un momento que nosotros vamos como trabajadores de todas clases: los unos del campo, los otros del taller o la fábrica; otros intelectuales... Traicionar a ellos es traicionarnos nosotros mismos. Debemos estar siempre dispuestos a colaborar con el pueblo que es nuestro amigo, a apoyar la política revolucionaria del presidente Lázaro Cárdenas, a estrechar, a fortalecer nuestros lazos de unión, ya que en ella encontraremos el mejor camino de esa colaboración y el más rápido para volver a nuestra España, que hemos de contribuir a reconquistar.

En México tenemos enemigos que querrán aprovechar cualquier ocasión para sembrar la enemistad entre aquel pueblo y nosotros. En todo momento despreciemos las provocaciones y cultivemos afectos en vez de antipatías siguiendo cada día más unidos, porque cada día lo necesitaremos más.

De los tres años que hemos vivido debemos deducir provechosas enseñanzas y quizá la principal es la de que, de nuestra obra, no sólo depende la suerte de los miles de antifascistas que esperan el momento de su liberación, sino también la de los familiares de los que formamos parte de esta expedición y, en definitiva, la de nuestra propia nación.

Repitémoslo. El mejor camino será apoyar en todo y por todo la política del presidente Cárdenas y su gobierno, permaneciendo estrechamente unidos en fuerte abrazo a todos los trabajadores mexicanos. Ayudémosles, seamos sus mejores colaboradores; de esta manera todo un pueblo recordará con cariño el presidente querido que autorizó la entrada en su tierra de los republicanos españoles y debilitaremos la obra del fascismo, ya que sus propagandas no encontrarán eco en la conducta recta que vamos a seguir.

Se tenía conciencia en esta expedición de que en México había —por motivos históricos— un sentimiento antiespañol, pero en el número 15, 9 de junio, se hacían estas puntualizaciones:

Nuestra guerra consiguió borrar en el ánimo del pueblo mexicano el odio engendrado por los explotadores de la conquista y que abarcaba, como regla general, a los españoles residentes después en aquellas tierras, en buena parte de los casos aventureros desaprensivos, sedientos de plata ensangrentada.

Desde julio de 1936, México nos otorga de lleno su solidaridad política, su comprensión nacional, su amistad generosa —la fraterna acogida de ahora es una nueva muestra—, por haber luchado contra el fascismo, contra las mismas castas que significaron su servidumbre, su miseria y su atraso.

Son los campesinos, los obreros, los demócratas de México quienes nos ayudan hoy. Para facilitarnos la reconquista de la Patria, porque saben que

no seremos traidores —ni por acción ni por omisión— a sus conquistas revolucionarias.

Confianza a la que debemos corresponder con nuestra férrea unidad de republicanos españoles, con nuestro trabajo inseparable de los anhelos progresivos de México.

Por todo ello, el exilio republicano tenía, como se explicaba en el número 16, 10 de junio, «Una misión fundamental»:

Aparte de la tremenda opresión que el fascismo supone para nuestro pueblo, el hecho mismo de su predominio plantea ante la emigración republicana una tarea trascendental e inexcusable: ensanchar y profundizar la cultura hispánica, velar por su merecido prestigio.

En España, la cultura no tiene hoy posibilidad alguna para desenvolverse. Le faltan sus mejores cerebros y sensibilidades. Se persiguen sus manifestaciones, libres en tanto que creadoras y auténticas, se ciega su savia y su objetivo: las masas.

Corresponde, pues, a los intelectuales y artistas, a los trabajadores en general, separados físicamente de la Patria —que está reducida al escarnio sangriento—, coger con fervor en sus manos este sagrado depósito, contribuir así a la reconquista de la tierra madre.

No es ocioso recordarlo como línea fundamental de acción colectiva y de conducta individual. Estamos seguros de que nadie, en tal emplazamiento, será desleal o tibio hacia su recia categoría de antifascista y de español.

Y la primera expedición republicana tenía, según se declaraba en una nota del número 7, 1 de junio, una especial responsabilidad:

El formar parte de la primera expedición de republicanos españoles a México, nos asigna categóricas obligaciones.

No se trata sólo de la suerte, colectiva o individual, de los centenares de antifascistas que nos hallamos en el *Sinaia*. De nuestra conducta depende notablemente que se acelere la liberación de miles de compañeros de lucha que desde los campos de concentración anhelan seguir la misma ruta.

Pensando en ellos, en que los enemigos jurados de España en el mundo entero, la reacción fascista, tienen un interés extremado en provocarnos y desprestigiarnos, sabremos mantener una firme actitud de disciplina, de entusiasmo sereno, de abnegación de unidad, tanto en el curso del viaje como en la República hermana que nos acoge.

Debemos hacerlo. En cualquier momento, con cualquier motivo, sin vacilación alguna.

Tienen especial interés las diversas entrevistas y declaraciones de expedicionarios. Porque quienes opinaban en el diario eran, en su mayoría, cam-

pesinos y obreros. Había, por otra parte, un deseo de trabajar en lo que fuera, en lo que más necesitado estuviera el país que les recibía. Los refugiados sabían que en México estaban interesados en crear colonias agrícolas y, ya en Francia, cuando se inscribieron en las listas del SERE, algunos declararon que eran campesinos para convencer a los responsables mexicanos de que podían ser útiles. Con todo, había una tal necesidad de trabajar que esa disposición a convertirse incluso en campesinos era expresión de una alternativa asumida, al menos en un primer momento. Una muestra de ello la ofrece la nota-entrevista que apareció en el número 2, 27 de mayo, «¿Cómo es la tierra de México? ¡A mí que me den un azadón!»:

En la proa, silenciosos y reconcentrados, con la mirada perdida en la tierra granadina, hay dos hombres, campesinos de siempre. Un deber más fuerte que todos los afectos convirtió a estos dos labradores en soldados de la República: uno fue capitán de ametralladoras, otro simple soldado; pero uno y otro llevan en lo más hondo de su conciencia la certeza de haber luchado por una causa mil veces justa.

En medio del mar, rumbo a México, vuelven el recuerdo a su mundo de siempre, a su trabajo de siempre: LA TIERRA. El periodista los mira y escucha, oyendo de sus labios veraces escenas fulgurantes de nuestra lucha; escenas inéditas que nunca serán historiadas... Pronto entablamos conversación.

—Ahí, a menos de 25 kilómetros, está mi casa —dice el ex capitán—. Ahí quedan mi madre y mi hermana, y la huerta... (Al nombrar la huerta, «su huerta», hay unción de caricia en su palabra).

—Mi casa la pasamos ayer —dice el soldado raso—. Allá, junto a Cabo Palos, se queda sola. Yo hace casi tres años que salí de ella; después, cayeron en la lucha mis dos hermanos. Hace poco murió mi madre; murió de pena... ¡Ya no tengo nada en España...! Al cabo de un rato de silencio doloroso, y como puestos de acuerdo, me preguntan:

—¿Tú sabes cómo es la tierra de México?

Les aclaro, lo mejor que puedo, lo que es la gran nación hermana. Les hago ver que allí hay tierras de muchas clases y los más diversos cultivos. Quiero hacerles ver que allá tenemos una enorme tarea.

—Y que hay que «zumar», que hay que demostrar que somos unos tíos buenos, a pesar de cuanto digan —subraya uno de ellos.

—Un azadón es lo que yo necesito —dice el que fue capitán—. A mí que me den un azadón y tierra por delante. Lo demás queda de mi cuenta.

Y se añadía a continuación una coletilla, en la que se insistía en la firme voluntad de volcar todas las energías en el trabajo que primero les saliera. No les importaba el tipo de trabajo porque, fuere el que fuere, auguraban que iba a ser «redentor»:

Los hombres que el *Sinaia* lleva a México son así. Ellos comprenden el compromiso de honor que tienen contraído con sus compatriotas, con los que les llevan a tierra hermana y consigo mismos. Y allá, lejos de la lucha cruel y obligatoria, sabrán hacer honor a este compromiso. Y trabajar con fe, con energía, volcando en el esfuerzo diario toda el ansia redentora del español digno de su Patria.

La emigración a México no estaba compuesta exclusivamente por profesionales e intelectuales. Había también —como ya hemos señalado en otro apartado¹⁹— una nutrida representación de campesinos, obreros y artesanos. No es de extrañar, por tanto, que el *Sinaia*, en su sección «Nuestros expedicionarios», pusiera énfasis en que el expedicionario medio —no sólo los profesionales e intelectuales— contara su historia y expresara, a la vez, lo que significaba para él la emigración a tierras americanas. Al estar éstos en mayoría —aunque todos pudieron expresar sus ideas—, era justo que se les dedicara un espacio más amplio en el diario. Era natural, por tanto, que el *Sinaia* abriera sus páginas a los auténticos representantes de esas profesiones. En el número 6, 31 de mayo, después de ser presentado Enrique Rayo Esteban, son reproducidas unas palabras suyas:

Antes de la guerra era campesino, natural de Sigüenza.

Desde que estalla la sublevación fascista, voluntario. En las filas del Batallón «Fermín Galán», primero. Después, dentro ya del V Regimiento, con las fuerzas que desde la Sierra defienden Madrid.

Una historia sencilla, pero ejemplar, de soldado valiente hasta la batalla del Ebro.

Durante la primera contraofensiva enemiga, después del cruce del río, es herido gravemente.

Con esta acción heroica termina la limpia biografía del combatiente Rayo Esteban, sargento de la 3.^a División. Hoy, es un mutilado de guerra.

Camino de México, piensa ser fiel a su pasado, pasado digno y glorioso de tantos españoles honrados, trabajando con fe, con ardor, en el país amigo que nos ha abierto los brazos.

«Trabajaré —nos ha dicho—, con el mismo entusiasmo que he luchado en el frente, sin olvidar jamás que un día hemos de volver a España para reconquistarla».

En el número 7, 1 de junio, se hacía el retrato del expedicionario medio, cuyas virtudes ejemplificaba el emigrado republicano de extracción popular:

Una vez más, este muchacho anónimo, popular cien por cien, posee puntuada en los meses de la guerra, una simple biografía extraordinaria. Alto, con la piel tostada, Antonio Alcobas Jiménez, cartagenero de naci-

19 Cfr. Introducción, nota 7.

miento, marino de oficio, se enroló como voluntario desde los días de julio de 1936.

Actuó de guerrillero en el frente de Granada y evoca decenas de anécdotas heroicas, de riesgo y de gloria que nadie sabe ni aplaude concretamente. Destacamos una, ocurrida en Atarfe. Se dirigió allí con un camarada que intentaba salvar a su familia de las guerras fascistas. Fueron descubiertos y, naturalmente, los llevaron al cementerio para fusilarlos. Cuando marcharon los asesinos, caliente aún el cuerpo de su amigo, se notó ileso y huyó. «¡El enterrador se volvió loco contando!».

Nos habla de sus proyectos de trabajo en México: «La señora Gamboa me puso de pescador, y yo, contento. En los ratos libres enseñaré a leer y escribir. Además, procuraré aficionar a la gente a la vida en los Sindicatos».

Pero se siente responsable de los destinos de la Patria y piensa reconquistarla con el grano de arena de su conducta en el exilio.

«No se me olvidan los asuntos de España. ¡No se me olvidarán! Y volveré algún día, con la cabeza alta».

En el número 9, 3 de junio, era entrevistado el minero Tomás Priego Serrano:

En el barco viaja también el minero representativo. Tomás Priego Serrano lo es. Nos relata a grandes rasgos su vida, sus proyectos.

—Yo trabajaba, como lavador del plomo, en la mina de «Arrayanes», en Linares. Me incorporé voluntario al Ejército de la República. Durante unos meses actué de camillero, y, después, pasé a volar puentes.

—¿Qué aspiraciones llevas a México?

—Trabajar en la mina. La mina es mi taller, mi casa, mi vida... Y, allí, laboraré con fervor, con disciplina; como buen minero, como andaluz de veras.

—¿Qué concepto tienes de México?

—México es una nación hermana, en período de transformación progresiva, que nos acoge con cariño en tiempos difíciles para nosotros. Y, sobre todo, que tiene minas para cobijarnos. La mina es riqueza siempre. Si todos le arrancaran algo a la tierra, el mundo no carecería de nada...

Obreros como éste son los que representan a la España verdadera, siempre fuerte y con alteza de mira.

En el número 10, 4 de junio, le tocó el turno al expedicionario Raimundo Álvarez Llánez:

Su corpachón le retrata psicológicamente. Raimundo Álvarez Llánez, amigo de las actitudes categóricas, sinceras, sin recovecos. Distintivos que explican su intensa actuación política y sindical. Un apunte humano de la contienda en Asturias. Arrancando de soldado raso, gana su grado de comandante. Retiene con orgullo que mandó por primera vez una batería en el ataque sobre Oviedo —4 de octubre de 1936—, lo que le valió la categoría de alférez. Le enviaron a Santander con la misión de fortificar la

costa. En fin, la campaña íntegra de aquellas tierras. Por su valor en la batalla del Ebro, es ascendido a Comandante.

Hoy, ni una arruga de cansancio, de renuncia ideológica.

Trabajaré en mi oficio de minero. «Los republicanos españoles, unidos, organizados, debemos apoyar con entusiasmo la política progresiva del presidente Cárdenas».

¡Pero no olvidemos a España! ¡Tengamos presentes a los millares de hermanos que sufren, en cárceles y campos de concentración, la tiranía vergonzosa de los invasores!

En el número 12, 6 de junio, eran entrevistados Antonio Aguilar, un joven soldado, y Enrique Aragón Corral, zapatero de Ayerbe:

Nuestra guerra ha descubierto notables valores del pueblo. En heroísmo, en abnegación, en firmeza. La juventud que supo luchar ardientemente por la independencia, no falta en la expedición.

Por ejemplo, este chaval malagueño, Antonio Aguilar, que ahora cuenta tan sólo veinte años.

Ya en agosto de 1936, después de quemar pólvora en los frentes de su tierra, se dirigió a Madrid, donde ingresó en el «Batallón de Voluntarios Andaluces». Desde el comienzo en ametralladoras, Carabanchel, el Jarama —casi una copla suelta de la epopeya—. Allí conoció a los internacionales. «Yo andaba siempre alrededor de ellos». Con ellos fue sargento en la Casa de Campo, «donde va una máquina, no va na», dice.

También en Guadalajara se entrenó en disparar de cerca, a los 200 metros, contra los tanques italianos. En los olivares de Caspe, aguantando las acometidas. Los hechos le gradúan de teniente y la batalla del Ebro le vale el ascenso a capitán: por fuego de barrera hizo retroceder los «orugas». Finalmente siega con su sección la caballería de Franco. El presidente Negrín premia su actuación con un reloj de oro: «Me tendió la mano diciéndome: “Si todos los combatientes fueran como tú, otra sería la situación...” ¿Ambiciones inmediatas? En México fabricaré panes, lo de costumbre».

Un prodigio de temple, sencillo y generoso, sin afeites, Enrique Aragón Corral, baja estatura, el zapatero de Ayerbe, cuenta con un formidable historial de luchador.

La cárcel lo acoge por primera vez con motivo de unas proclamas por el desastre de Annual, que no había escrito.

1930, comprometido en la rebelión republicana... Fracasa el movimiento y nuevas rejas hasta que el 14 de abril abre los cerrojos. Un episodio de traza sarcástica. El proceso por el asesinato de Galán... Su declaración impresiona. En el bienio negro.

La sublevación facciosa le ve actuar también con eficacia al frente de la alcaldía de Ayerbe. La última etapa le encuadra en el grado de comisario de fortificaciones.

¿Propósito? «Zapatero a tus zapatos. Tenemos una gran responsabilidad, debemos ser en México ejemplo de conducta, representantes eficaces

del antifascismo. Si no procedemos de esta manera será más difícil que se nos agreguen millares y millares de camaradas que aguardan en Francia».

«Un solo objetivo: reconquistar la patria, apoyando la política del presidente Cárdenas, según aconsejan las circunstancias. Ayudando —con medios económicos, mediante la introducción de propaganda— a los españoles que aspiran a no ser esclavos bajo el yugo de los invasores. ¡A cualquier precio!»

La mirada tranquila del zapatero de Ayerbe indica la firmeza de un carácter que combatió siempre contra la opresión, en defensa del pueblo.

En el número 16, 10 de junio, eran entrevistados Francisco Serrato Herrero, zapatero madrileño y mutilado de guerra, y José Triviño, joven maestro extremeño:

Este hombre menudo, de infancia madrileña, adaptado durante 25 años a la vida francesa, «lo dejó todo»: su tienda zapateril de obrero emancipado, sus costumbres, cuando la sublevación facciosa vendía ya, a las claras, a nuestro país a sus codiciadores alemanes e italianos.

Se alistó en el Batallón «Commune» y entró en fuego en septiembre de 1936. Frente de Extremadura. Madrid. En la Casa de Campo un mortero siega a sus seis compañeros. Él conserva la piel, pero agujereada: una pierna maltrecha.

El mutilado de guerra —con todos los honores, con toda la dignidad sobria— no se cruza de brazos. A despecho de su cojera reingresa en el Batallón «Henri Barbusse» y permanece bajo las armas hasta julio de 1937, en un sector segoviano. Más tarde, y no sin refunfuños, desempeña cargos militares de retaguardia. Y el final: el 26 de enero abandona, estirando los minutos, la Comandancia de Barcelona.

Vigor en las respuestas:

«Nuestra lucha no ha terminado ni terminará mientras estén en pie los enemigos de España. ¡No se fije en la pierna: estoy dispuesto a empuñar cien veces más el fusil por la misma causa!».

«Aspiro, en México, a trabajar en el oficio. Sencillamente».

«Hemos de apoyar la política del presidente Cárdenas, con un sentido de unidad antifascista, sin divisiones. La experiencia de un mutilado es ésta: ¡Unámonos!».

«Fui voluntario en la Sierra. Miliciano de la Cultura a todo lo largo de la defensa de Madrid. Después estuve en Aragón. En el sector de Calaceite —era el 1 de abril de 1938—, me capturaron los fascistas. De cabeza al campo de concentración de Plasencia, donde soporté un régimen inicuo de opresión, el espectáculo diario de los apaleamientos y de las formaciones, la mala comida. Hasta que me enrolaron en el Ejército de Franco porque pude ocultar mi personalidad. Al par de horas de mirar a nuestras líneas, en Villalba de los Arcos, no resistí la tentación y me evadí. Con suerte, pues incluso la herida que me colocaron fue por rebote de una bala, que tocó

ligeramente el hombro. Luego, seguí realizando mi labor de antifascista en el 15 Cuerpo».

Nos habla escuetamente, sin visos de presunción, un claro extremeño de 23 años, José Triviño. Sensibilidad de muchacho, cabeza de pelo etiópico aferrado con los cinco entendimientos a su fe republicana.

«Quiero ejercer mi profesión de maestro en México. Como en España: modestamente, procurando predicar con el ejemplo, sin desmoralizarme nunca. Seríamos despreciables si no ayudáramos al régimen democrático de la República hermana. Para ello hagamos férrea, irrompible, nuestra unidad. No vamos a explotar, como otros españoles repugnantes, a los nativos, sino a sostener las conquistas revolucionarias del pueblo mexicano. ¡Así contribuiremos a la reconquista de España y a su prestigio en América!».

En el número 15, 9 de junio, se rompe un poco el modelo de las anteriores entrevistas, tal vez por la arrolladora personalidad del expedicionario entrevistado, el poeta Pedro Garfías:

En la noche ceñida a bordo, sobre el Mar Caribe. Se reúne un grupo amistoso, como de costumbre.

Y uno del corro, de cabeza aguileña, tono de andaluz seco —cordobés—, recita sus romances, hincando su génesis en la guerra de independencia, en la pasión del pueblo, en el gusto del valor limpio, en la emoción de serranía, en la reciedumbre ideológica. No es lirismo de señorito almiarado, sino natural expansión poética de luchador temperamental, testimonio acendrado de españolismo.

Exhorta a la retaguardia valenciana a sacudir su atonía. Recuerda los combates —heroicos, jaretes pintorescos— de Pozoblanco. Canta la dura gloria lozana de Madrid. Testifica el nervio ejemplar de su comandante: palabras de Comisario y artista. Dice, ahogando cada terminación, sin aquellos puntos suspensivos, éstos y otros comentarios entrañables de la contienda. Gran parte de ellos no están escritos ni publicados, los registra sólo la memoria. El autor elude publicarlos, ambiciona que se decanten en el coplero anónimo de las gentes del Sur, mañana. No les falta una adecuada explicación —mitad anécdota, porción de juicio crítico, remembranza de paisaje—, que aporta los marginales aspectos expresivos del ambiente ante el auditorio íntimo, con un valor actual que resalta la trascendencia, la fecundidad del esfuerzo antifascista.

¿Para qué una entrevista al uso con Pedro Garfías? Basta deducirlo de una de estas inopinadas manifestaciones fervorosas, que se regalan como el vino solariego o la fruta fresca o el imborrable apretón de manos.

Y es innecesario también preguntarle qué proyectos piensa realizar en México o si opina que debemos apoyar la trayectoria democrática del presidente Cárdenas. ¡Como es ridículo plantearle si le ha muerto en el pecho el amor señero de la Patria!

Sus romances, que son reflejo riguroso y concreto de su vida, responden. ¿No habéis escuchado en alguna ocasión de la travesía la poderosa sugestión de su voz al estallar, al sajar los trémolos?

Con insistencia se volvía una y otra vez, en el diario de a bordo del *Sinaia*, al tema de los motivos por los que se dirigían a México, al tema de qué sentido debía tener el exilio. En el número 6, 31 de mayo, se invocaba la «Fidelidad a los principios democráticos»:

Vamos a México. El Atlántico, progresivamente, va quedando atrás. Dentro de breves días, tierras para nosotros desconocidas se abrirán ante nuestros ojos y nos brindarán su asilo, su fraternidad.

No vamos como turistas; somos, simplemente, refugiados políticos acogidos a una generosa hospitalidad.

Por ello, deseáramos que cada uno, particularmente, se trazase una conducta a seguir, basada en el principio de mutua convivencia y de simpatía hacia el pueblo que nos acoge. Pero también, queridos compañeros, debemos tener siempre en cuenta, hasta en los detalles más nimios e insignificantes, que nuestra Causa sigue en pie y que en todo momento aportaremos el grado de colaboración a esa idea, según el comportamiento cívico que desarrollemos a los ojos del Nuevo Mundo.

Tened presente que hemos sido constantemente atacados por nuestros enemigos con una propaganda sin escrúpulos, donde nuestra personalidad ha quedado menoscabada y en entredicho.

Por eso, nosotros, con nuestra ejemplaridad, con nuestras honradas y nobles actividades, haremos por la causa de la República en estos pueblos de alma española mucho más, infinitamente más, que todos los discursos y artículos periodísticos encauzados a este justo fin.

La señora de Gamboa, en su primera conferencia, nos ha dado detalles de la vida política, económica y social del pueblo mexicano. Nos ha dicho que allí encontraremos trabajo en nuestras respectivas profesiones. Y teniendo ya esa seguridad de labios tan autorizados, debemos pensar desde hoy que, resuelto nuestro problema material de existencia, nos queda la difícil tarea de ir, día a día, y cada uno en sus medios, prestigiando la bandera que nos ha llevado a la lucha y por la que hemos derramado tanta sangre.

No olvidemos esta consigna básica: moralidad, honradez, fidelidad a esos principios democráticos, y, sobre todo, no olvidarse de que un día retornaremos a nuestra Patria, y que esas conductas de hoy serán páginas imborrables en los anales de la República.

Basauri y Garriz

Y, a continuación, se añadía esta apostilla:

¡Que los españoles que van a México no olviden nunca que en España quedan centenas de millares de hermanos en las cárceles, millones de españoles oprimidos y una patria entera que reconquistar!

En ese mismo número 6, 31 de mayo, se recogían nuevas respuestas a la pregunta: «¿A qué vamos los republicanos españoles a México?»:

Conteste la voz del deber, el amor a la tierra madre, la devoción desinteresada a lo ajeno, el íntimo estremecimiento de nuestras entrañas.

Vamos a buscar a nuestros hermanos, a estrechar con ellos los más sólidos vínculos, a aprender de sus sabios y a administrar a los ignorantes y a los fanatizados el Santo Sacramento de la Palabra.

Vamos a mantener encendido el consagrado fuego de la Democracia, como las vírgenes antiguas, las hogueras y los rescoldos del templo de Juno, a hacer que arda ese fuego en los pechos humanos y prenda en los hostiles al Progreso el instinto de fraternidad.

Vamos, sobre todo, a rehabilitar a la calumniada Patria española con nuestro ejemplo de labor y de austeridad, a golpear el eterno yunque de Tubalcain para forjar una España nueva redenta con el sudor de nuestra frente y el esfuerzo incansable de nuestros brazos.

Somos los heraldos de un porvenir glorioso, en que serán de veras bienaventurados los tristes, los pobres de cuerpo y de espíritu, los que han hambre y sed de justicia y misericordia.

Vamos a coadyuvar con los mexicanos en la labor humana de hermandad entre la Nación de entrañas de plata y la tierra genitora de subsuelo de cinabrio, de plomo y de hierro.

Seremos una ligadura, una sutura, un aglutinante entre los espíritus hendidos y apartados por la tiránica barbarie; tenderemos un puente de fervoroso amor sobre las tranquilas o turbulentas aguas del Atlántico.

¡Bien hallados sean los que nos protegen, coronadas las frentes de laureles y mirtos! ¡Bien acogidos seamos nosotros, los de los pies sangrantes y las sienas taladradas por punzantes espinas, los que ansiamos crear nuevas riquezas en la Patria de Marcón y Sor Juana, de Amado Nervo, de Riba Palacio, de Juan de Dios Pera y de Díaz Mirón!

Porque vamos a trabajar por la futura y redenta Nacionalidad Española y a pedir paz en la tierra y gloria en las excelsitudes del espíritu, para todos los hombres de buena voluntad.

Los catalanes, como colectivo diferenciado, dieron, en «Cataluña en el exilio», número 16, 10 de junio, una respuesta a esa misma pregunta, «¿A qué vamos los republicanos españoles a México?»:

Mil ochocientos antifascistas españoles atraviesan el mar, camino de México. No podían convivir con los asesinos que abrieron tantas heridas en la carne de la Patria; con los energúmenos que, llevados de la mano por

aquéllos, vinieron de fuera a «civilizarnos»; con los enemigos seculares del hombre. Y atraviesan el mar al encuentro de esa nueva patria generosa que les tiende la mano. Para esos mil ochocientos españoles, abandonar España no era sólo una cuestión de seguridad personal; era también, y más que nada, una cuestión de sensibilidad. A México van ahora a rehacer su vida, a proseguir, con otras armas y en otras trincheras, la lucha gloriosa de España.

Muchos de los que vamos a las tierras hermanas de México, somos catalanes. Llevamos todavía en las cuencas de los ojos la visión reciente de nuestras ciudades deshechas, de nuestras doloridas mujeres, de nuestros pálidos niños hambrientos. Y dentro, en lo más hondo de nosotros, nos muerde, aún, el agudo dolor de aquellos días de enero, cuando, buscando el refugio de Francia, atravesábamos Cataluña sumergidos en la más amarga y más prolongada de las despedidas.

No se nos oculta la magnitud de lo que transitoriamente hemos perdido. En manos de los usurpadores de España han quedado nuestras mejores cosas, aquellas que constituían la fuerte personalidad de Cataluña. Nuestro idioma, nuestra literatura, nuestros tesoros artísticos, nuestras instituciones culturales que ya no eran coto cerrado de unos cuantos, sino anchas plazas abiertas al pueblo, serán pisoteados, mutilados, destrozados por los bárbaros que han extendido por todo el suelo ibérico, la lepra del fascismo. Tantas y tan vitales cosas hemos perdido que ya no habría modo de justificar nuestra vida futura sino la dedicásemos por entero a la lucha contra quienes nos las arrebataron; y ¿qué otra cosa son ellos sino los enemigos jurados de todos los pueblos libres y progresivos del mundo?

Nuestro deber de antifascistas no ha terminado con la guerra de España. Al contrario: nos espera en México una vasta labor. Allí será útil nuestra experiencia; precisa nuestra fraternal ayuda. Y es al lado del pueblo mexicano, sintiendo sus problemas, que son los nuestros, como lucharemos mejor por Cataluña y por España en esta difícil etapa del exilio.

Pero ¡cuidado! nos acecha a todos un peligro. En México hallaremos muchos individuos a los que en modo alguno debemos considerar como compatriotas. Son los «gachupines», los insaciables explotadores de trabajadores indígenas, los que mejor representan en el país la tiranía fascista que hoy domina en nuestra tierra. Esos hombres serán, desde el momento mismo de nuestra llegada, unos enemigos peligrosos y tenaces. Conviene prevenirse ya contra ellos. El pueblo laborioso de México, que los odia, sabe que no existe la menor afinidad entre nosotros y esos miserables que hace ya muchos años perdieron su nacionalidad. Pero no basta: hay que demostrárselo prácticamente a México con nuestra conducta. Y es lo que haremos sin duda. Los catalanes que van en el *Sinaia* se sienten ahora más ligados que nunca a sus hermanos de los otros pueblos de España. ¡A nuestra costa, no le prestarán los «gachupines» ningún servicio a Franco! Matalonga.

En el mar, junio 1939

En el número 8, 2 de junio, se había incluido la nota «Nueva etapa de lucha», en la que ya se exponían las metas que se debían perseguir en el exilio:

Amigos y enemigos nos miran con ansiedad: para los primeros somos bandera y esperanza, para los segundos, testimonio y acusación viva de su infame subasta del solar patrio, de sus crueldades infrahumanas.

Somos bandera de todos los refugiados españoles y heraldos de una razón por la que han muerto millares de héroes sencillos, hombres oscuros, de conciencia insobornable, que supieron dar su vida por una España más nuestra y más justa.

Somos esperanza de los que viven semienterrados en los campos de concentración; pero lo somos mucho más de aquellos hermanos que no pudieron huir, al convertirse España en una inmensa cárcel y sobre cuyas cabezas pesa, a todas horas, la sentencia de muerte.

Porque México ha de ser la demostración, en el frente del trabajo, de cuanto supimos mantener con honor en los frentes de combate. En la tierra hermana que nos abre sus puertas será nuestro trabajo una nueva etapa de la lucha entre fascismo y cultura, entre progreso y reacción, entre opresión y libertad.

México es nuestra próxima trinchera: el trabajo bajo nuestra arma del momento.

A los diarios de las tres primeras expediciones les obsesionó por igual la necesidad de superar las diferencias políticas y conseguir la unidad en el exilio. Al tema se le dedicaron, en los diarios del *Sinaia*, del *Ipanema* y del *Mexique*, numerosas páginas. De manera machacona —aunque por desgracia poco efectiva, tal como el tiempo se encargó de demostrar—, se insistía en que se trataba de un requisito indispensable para la anhelada «reconquista de la Patria»²⁰. En el número 8, 2 de junio, se anunciaba una encuesta para recabar opiniones sobre cuál sería la mejor manera de conseguir la unidad de los republicanos exiliados. La proyectada encuesta se anunciaba en estos términos:

Solamente si los republicanos españoles permanecemos unidos en el anhelo común de reconquistar la Patria invadida, podremos, en un día no lejano, vivir de nuevo en una España libre, independiente, dueña de sus destinos. Unidad que hizo posible nuestra resistencia al fascismo cerca de tres años y que debe continuar, incrementándose hoy, por encima de todos los matices ideológicos, con una sola directriz: España.

A los lectores de *Sinaia*, cualquiera que sea su profesión, su filiación política o sindical, planteamos unas preguntas inspiradas en este concepto.

20 La unión de los republicanos no se consiguió en el exilio como tampoco fue posible durante la guerra civil.

Sus respuestas deben servir —contribuirán indudablemente— para fortalecer, en el barco primero, en México después, el sagrado sentimiento de unidad que ha de alentar a todos los españoles.

1.º ¿Cómo reforzar la unidad de los españoles en la emigración, especialmente a bordo? 2.º ¿Cómo mantenerla en México? 3.º ¿Cómo ayudar a defender la política popular del amigo de la causa de nuestro pueblo, presidente Cárdenas? Y 4.º ¿Cómo reafirmar en la emigración nuestro carácter de españoles, contribuyendo desde fuera a la reconquista de nuestra patria?

En el número 9, 3 de junio, se publicó la primera respuesta:

El señor Carrasco Formiguera, expresamente invitado por nosotros, contesta a nuestra encuesta.

- 1.º Me limitaré a dos aspectos parciales. A) Que todos los que realizamos alguna función a bordo recordemos en todo momento que de la buena voluntad que pongamos en el cometido de nuestras misiones respectivas y de la cordialidad que imprimamos a nuestras relaciones con los compañeros de viaje a quienes tengamos ocasión de prestar un servicio, depende en gran parte el posible bienestar material y espiritual de todos y que éste influya en gran manera sobre la conciencia de nuestra unidad. B) No hay posible unidad española sin la cordial aceptación, por parte de todos, de la variedad española. Por mi parte, como manifestación de este hecho de la variedad me complazco en proclamar mi satisfacción por el espíritu que reina a bordo.
- 2.º Creo que el SERE ha de jugar el principal papel, quizá en colaboración o con las asociaciones de españoles que supongo existentes en México y aprovechando las iniciativas que, sin duda, apuntarán otros compañeros a través de esta encuesta.
- 3.º Si, como supongo, existen ya en México asociaciones de españoles, simpatizantes con la política del presidente Cárdenas, debemos encuadrarnos en ellas y actuar políticamente bajo el control de las mismas.
- 4.º En nuestra vida privada y en nuestra actuación profesional, hemos de demostrar que, entre todos los grupos humanos, el español es tan bueno como el mejor, y que los mejores españoles son, precisamente, aquellos que, mientras subsista el fascismo, no pueden vivir en España. Para esto, poco ruido, pocas palabras, pero que cada uno de nosotros informe todos los actos de su vida en el sentido de la responsabilidad que nos impone nuestra noble condición de españoles incompatibles con el fascismo.

En el número 10, 4 de junio, se incluyeron las respuestas que firmaban Pascual [apellido ilegible] y B. Álvarez:

- 1.º Haciendo que en el ánimo de todos los españoles no haya otro denominador común que el antifascismo ni más bandera que la de la unidad.

- 2.º Anteponiendo al interés partidista, el interés colectivo. La obra aislada, obstaculizará siempre el trabajo que nos permita recuperar nuestra España republicana de las garras de los invasores y de sus criados.
- 3.º Siguiendo, propagando y defendiendo las directrices de la política popular de Cárdenas, síntesis de libertad, trabajo y progreso.
- 4.º Demostrando con nuestra honradez, con nuestro trabajo, con nuestra cultura, con nuestros deseos de superación. Estando siempre dispuestos a defender la democracia de los pueblos allí donde sea preciso, habremos puesto los más firmes puntales que nos permitirán la reconquista de nuestro país.
- 1.º Podemos reforzar nuestra unidad a bordo, con sólo pensar en nuestra condición de refugiados antifascistas, que representamos la auténtica España; que vamos a colaborar unidos, sin reparar en nuevos sacrificios, hasta conseguir la liberación del país que nos vio nacer.
- 2.º En México debemos crear un organismo central o Centro Español Antifascista, cuya misión sería aunar las voluntades tendiendo a liberar nuestra Patria y a todos los españoles víctimas del fascismo. Este centro debería orientar, por medio de publicaciones, la conducta a seguir, manteniendo la más estrecha cohesión en bien de nuestra noble causa.
- 3.º La política del presidente Cárdenas se defiende, acoplándonos disciplinadamente al trabajo en las respectivas profesiones, ingresando en las instituciones o sindicatos afines al Gobierno, observando una conducta digna de hombres libres y absteniéndonos de toda política partidista.
- 4.º Reafirmemos nuestra unidad en México, manteniendo latente en nuestro espíritu la idea de liberar a España con el concurso decidido de todos los españoles. Dando ejemplo de abnegación sin límites en cuanto se relacione con la defensa de la democracia y de la libertad. Observando una conducta digna de la raza hispana que tenemos el honor de representar.

En el número 11, 5 de junio, se recogían dos respuestas más, cuya firma resulta en ambos casos ilegible:

- 1.º Considerándonos como hermanos, amigos y compañeros, sin diferenciación alguna, bajo todos los aspectos. No olvidando que abandonamos España por la misma causa; que estamos unidos por un ideal y un sentimiento comunes.
- 2.º Con la penetración de intelectuales, obreros y campesinos; con la fusión perfecta del cerebro y el músculo; con el más firme propósito de elevar, en el mundo, el concepto que el proletariado y los demócratas han formado de nosotros, por nuestra lucha en defensa de la justicia y del progreso.
- 3.º Defendiendo los principios en que apoya la evolución colectiva, ascendente, perfecta, de su pueblo.
- 4.º Trabajando, creando, superándonos constantemente. Ayudando así a forjar el ambiente que aniquile en el mundo los regímenes totalitarios.

- 1.º No perdiendo de vista los pasajeros, en ningún caso, el sentido eminentemente político, característico de esta expedición, y lo que en su conjunto representa.
- 2.º A través de un comité de unidad nacional con representación de las diversas tendencias políticas que durante el transcurso de la guerra de independencia permanecieron siempre fieles a la causa de España. Influenciando los Centros españoles y regionales de México, en pro de una corriente de armonía constante entre los patriotas.
- 3.º Ingresando, si se nos autoriza, en los partidos políticos hermanos existentes en el país o en los de mayor afinidad, con una condición precisa: apoyar la política revolucionaria y progresiva del presidente Cárdenas en todos sus aspectos.
- 4.º Prestigiando nuestra actuación profesional. Manteniendo, a todo trance, una alta unidad que en un día no lejano muestre al mundo, de manera categórica, el verdadero y único significado posible del por qué los hijos honrados de España vertieron tanta sangre preciosa en su lucha heroica contra el invasor. Creando un organismo de socorro que con la colaboración de todos, preste ayuda, oportunamente, por los medios que sean, a nuestros hermanos que en las cárceles y campos de concentración de Franco sufren por el delito de haber defendido una causa justa.

En el número 12, 6 de junio, contestaba a la encuesta un estudiante de medicina. Su firma, una vez más, es ilegible:

- 1.º El exilio ofrece, políticamente, varios riesgos capitales: dispersión, falta de unidad, de tareas concretas, de finalidades comunes. La convivencia en el *Sinaia* brinda posibilidades de transformar estos peligros en factores positivos. En la manera justa y medida, discretísima, de evocar el pasado inmediato, la guerra, que sólo debe interesarnos como motivo de compenetración y de trabajo. (Resulta criminal, so pretexto crítico, abrir grietas entre los antifascistas españoles). Proseguir, incorporando a los pocos que todavía se mantienen al margen, el programa cultural que esbozó la señora [Susana] Gamboa y que está realizándose con acierto. El viaje es, además, una cura psicológica que debe borrar los recuerdos hirientes, la irritabilidad heredada de la contienda, el régimen de concentración, de la obsesión del porvenir incierto, en otros casos de la aguda nostalgia familiar. Únicamente ayudando con tacto a los que se encuentran en tales condiciones, habremos forjando las premisas morales de la conducta próxima en México.
- 2.º En México es decisivo que no perdamos contacto. En el seno de la sociedad que nos acoge, creemos elemental que se establezca el nexo ideológico en torno al Frente Popular, cuya misión adquiere mayor trascendencia que nunca. Comunidad política, tensa solidaridad, obligación histórica de conservar y profundizar nuestras peculiaridades.

- 3.º Diferenciándonos siempre del «gachupín», del indiano en ciernes, del que sólo sueña con su plata intransferible. Adaptándonos enérgicamente a las costumbres mexicanas, identificándonos con las realizaciones y las ansias de progreso de aquel pueblo laborioso. Ligados a los problemas vivos de la liberación de España.
- 4.º La manera adecuada de reafirmar en la emigración nuestro carácter nacional republicano consiste, aparte de nuestro agrupamiento, en participar activamente en la batalla mundial entablada contra el fascismo, y no con declaraciones platónicas, en el terreno mismo donde nos hallamos. Facilitar medios —orientación, recursos—, para que los españoles que padecen el yugo de Franco y de los invasores puedan articular prácticamente su rebeldía.

En el número 9, 3 de junio, don Antonio Zozaya, que acababa de cumplir ochenta años, había hecho unas manifestaciones que terminaban con estas palabras en las que hacía hincapié en el tema de la unidad:

Debemos unirnos todos al margen de partidismos, con un fin común realizable en la emigración, que nos atraiga la simpatía del mundo y permita que se acelere en nuestra amada Patria el proceso de la emancipación de los extranjeros y opresores tradicionales.

En el número 12, 6 de junio, debajo del dibujo de una bandera republicana que llevaba grabada la palabra «Unidad», se reiteraba la responsabilidad que incumbía a todos de convertir en realidad ese lema:

Nos acercamos a México. No olvidemos, en ninguna circunstancia, que el pueblo hermano nos brinda su solidaridad porque se siente identificado con nuestra lucha, admira la resistencia que opusimos a los invasores fascistas, considera la unidad como nuestro ejemplo fundamental.

Llevamos, pues, una alta embajada de unidad, de tesón en el combate contra los regímenes totalitarios. Nuestra conducta —individual y colectiva— debe inspirarse en este principio ineludible.

Finalmente, en el número 15, 9 de junio, se comentaba, en estos términos que eran un modo de conclusión, las ideas expresadas en torno a los temas planteados en la encuesta:

Al correr de los días se ha expuesto reiteradamente, en las páginas de *Sinaia*, lo que está en la conciencia de todos: hemos de llevar a México unidad antifascista, apoyo a la política del presidente Cárdenas, voluntad de trabajo.

Pero también es preciso expresar lo que no debemos introducir en la República hermana que nos acoge.

No podemos de ninguna manera llevar a México nuestras antiguas luchas políticas o sindicales. Lo que haya quedado sin aclarar lo esclareceremos en España en el momento oportuno. En la República hermana, no. Allí todos somos de una sola condición: antifascistas.

No olvidemos nunca que se nos abren los brazos precisamente porque hemos dado cuanto teníamos por ideales progresivos.

Unámonos estrechamente al conjunto democrático y obrerista mexicano, prestémosle una intensa colaboración entusiasta.

Nada más, pero nada menos.

En el número 17, 11 de junio, a punto de arribar al puerto de Veracruz, se reprodujo la comunicación que el 12 de abril había enviado el presidente Lázaro Cárdenas a los 23 Estados que componen la federación de Estados Mexicanos. El documento era inequívoca expresión del «espíritu de franca cordialidad, de cariño fraternal, con que México nos recibe»:

Existe un problema en la distribución de los obreros republicanos de España, cuya elección y albergue deberán ser hechos con cuidado, a fin de que ellos puedan unir su esfuerzo al nuestro, con todas las posibilidades que dan su agradecimiento hacia México y su afinidad de lengua y de sangre con los mexicanos.

Es cierto que nuestro pueblo comprenderá la generosidad de México y la necesidad de dar cumplimiento a este acto, con el objeto de que los que se han visto obligados a abandonar su Patria y vienen a vivir entre nosotros, tengan la posibilidad de crear un hogar y de vivir honestamente.

Los españoles son una de las razas que, por su mezcla con la de nuestro país, han constituido lo esencial de nuestra nacionalidad. Su incorporación a la familia mexicana es muy factible por la similitud de lenguaje, de sangre, de pensamientos y de costumbres. Por ello, su adaptación en México será más fácil y más definitiva que la de los ciudadanos de otros países, cuyo proceso de asimilación es más lento y a veces incompleto. De tal manera que el país puede aprovechar la oportunidad para llenar los vacíos de población que se dejan sentir en ciertos sectores y para desarrollar la riqueza y la potencialidad de muchos medios de producción con la ayuda de estos inmigrantes.

El Gobierno de la República ha adoptado todas las disposiciones necesarias para conocer siempre el número de personas que componen cada grupo de inmigrantes, su especialidad en materia de trabajo y sus posibilidades de utilización en general para que su presencia en México sirva para crear nuevos cauces de producción.

Por estas razones, os ruego señaleis las zonas más apropiadas para el establecimiento de algunos elementos, los cuales serán, sin duda, un factor de cooperación económica y dará muy buenos resultados para toda la clase trabajadora del país que, en todo caso, está defendida en materia de trabajo por el Código Federal que establece de una manera clara la prioridad de derechos para los mexicanos.

Con mi mayor consideración. Palacio Nacional 12 de abril de 1939. El presidente de la República.

Lázaro Cárdenas

En este mismo número 18, 12 de junio, publicaba el *Sinaia* sus «Últimas palabras de a bordo»:

Es éste el último número de *Sinaia*, periódico de a bordo, inspirado en el sentimiento firme de la unidad antifascista, en la voluntad indomable de reconquistar la Patria escarnecida en el designio tenaz de apoyar y defender la construcción revolucionaria de México, el país hermano.

Como publicación dejamos de ser en este preciso momento. El espíritu que nos informara se manifestará en otros moldes, en un ambiente nuevo. Inexorable y ascensionalmente.

Es posible —seguro casi— que no hayamos estado a la altura de la noble misión que se nos encomendó. Disculpad la impericia, la pobreza, en atención a lo honrado del propósito fervoroso.

Despidámonos con sobriedad. Sin el comodín del sainete castizo. Haciendo —todos y cada uno— la íntima promesa de proseguir sin desmayos la lucha contra el fascismo, de representar con decoro y eficacia a la España inmortal que derramó su sangre y exprimió su sensibilidad en una guerra sagrada por la independencia y por el progreso, patriótica y universal a la par²¹.

En el número 18, finalmente, se incluían unas «Instrucciones para desembarcar» junto a un dibujo en el que aparecía un hombre, bien vestido, con pajarita, la maleta en una mano y el puño de la otra en alto. En un recuadro, el grito «¡SALUD!». Era este dibujo bastante emblemático de los componentes de la emigración, una amalgama ideológica en la que la burguesía liberal y la izquierda revolucionaria se encontró inmersa en la misma aventura, primero, durante la guerra y, después, durante el exilio²². El traje, la pajarita y el puño en alto ponían en evidencia contradicciones e incompati-

21 El *Sinaia*, en este último número, dedicó un homenaje a Susana Gamboa: «El homenaje de esta noche se ofrecía a la representación del Gobierno mexicano en el *Sinaia*, desempeñada con tacto y entusiasmo de difícil superación por la señora Gamboa, que fue objeto de vivas demostraciones en la cubierta A. Comenzó el acto con unas palabras muy en su punto, del señor Vázquez Humasqué. A continuación, Pedro Garfias nos deleitó diciendo con su elocuente energía varias composiciones poéticas acogidas con vivos aplausos por los asistentes. Diversos artistas cantaron hermosas piezas musicales. La Agrupación Musical Española dio un concierto que puso nuevamente de relieve el merecido cariño que todo el pasaje le dispensa.

Finalmente, jóvenes y viejos bailaron, poniendo una nota de alegría en el conjunto de la velada. Nadie, entre nosotros, olvidará la fiesta de esta noche por la persona a quien iba dedicada y en víspera de la llegada a Veracruz».

22 José Luis Abellán, en *El exilio español de 1939*, vol. 3, *op. cit.*, pág. 15, señalaba que «dos grandes corrientes tipificaron la diáspora: una de ellas fue de raíz, esencial aunque no absolutamente, pequeño-burguesa e intelectual, y condujo hacia América (a México, sobre todo); la otra, de base más popular y sindical, encontraría acomodo en varios países europeos, básicamente en Francia».

bilidades que pronto afloraron en el exilio, haciendo fracasar todos los intentos de la tan cacareada necesaria unidad. He aquí la nota «Instrucciones para desembarcar»:

Hasta el momento de la salida de este boletín, desconocemos la organización que se habrá preparado para nuestro desembarco. Sin embargo, podemos adelantar unas instrucciones de carácter puramente interno:

—El desembarque se hará por grupos familiares. Por tanto, desde el momento de la llegada del *Sinaia* a Veracruz, las familias estarán reunidas para evitar pérdidas de tiempo en el momento en que se las nombre.

—Cada pasajero deberá tener a mano su pasaporte y ficha sanitaria.

—Se suplica la disciplina más absoluta en el momento del desembarco. Indudablemente nos esperarán millares de amigos, pero entre ellos es posible que se mezclen, también, enemigos con enorme interés por frustrar el normal desarrollo de la expedición, perjudicando así la salida de millares de compañeros que se encuentran aún en Francia.

—Para la buena organización y facilitar el trabajo deberán atenderse todas las indicaciones de los compañeros encargados de este servicio.

Dorronsoro ha escrito sobre aquellas últimas horas de convivencia en el barco, en las que,

antes de dispersarnos, los pasajeros del *Sinaia* los aprovechamos para rendir un merecido homenaje a la señora Gamboa, bella e inteligente mujer que hizo el viaje representando al Gobierno de México y que fue para todos nosotros amiga, consejera e informadora paciente que contestaba cuantas preguntas le hacíamos sobre su patria, a la que amaba entrañablemente y de la que hora tras hora nos hablaba con entusiasmo indefinido.

El acto resultó emocionante y brillantísimo. El capitán, por primera vez, accedió a prestarnos la instalación eléctrica y los gallardetes de que el barco dispone para su empavesamiento y con una y otros adornamos la cubierta de popa que brillaba como la consabida ascua de oro en la serena noche tropical; la Banda Madrid nos hizo oír lo mejor y más castizo de su repertorio. Amparito Aliaga, la conocida y excelente tiple de la voz de plata, cantó bellas canciones españolas; el recitador Iniesta nos deleitó con las más hermosas poesías de Machado y García Lorca y allí escuchamos por primera vez el canto que compuso Garfias en aquella ocasión, aquel que había de hacerse famoso en todo México y que comienza así:

Qué hilo tan fino, qué delgado junco

—de acero fiel—

nos une y nos separa con España

presente en el recuerdo con México

presente en la Esperanza, pueblo libre

de México.

Como en otro tiempo por la mar
salada te va un río español de sangre
roja, de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas
y para siempre, ¡oh vieja y Nueva España!

Ya muy tarde, apenas un par de horas antes del amanecer, nos retiramos a los camarotes con objeto de descansar un poco para estar temprano listos y dispuestos a desembarcar, pero, si he de juzgar por mí, poco se durmió aquella noche a bordo y las primeras luces del alba nos sorprendieron cavi-lando sobre la nueva etapa de nuestra existencia que iba a comenzar, tan pronto, para todos nosotros²³.

El *Sinaia* publicó, poco antes de anclar en el puerto de Veracruz, un número especial titulado «Homenaje a México». En una nota se indicaba que «se comenzó y acabó este álbum de homenaje a México el día doce de junio de mil novecientos treinta y nueve, a bordo de *Sinaia* en la primera expedición de republicanos españoles, con la natural escasez de medios de una larga travesía». La dirección literaria correspondió a Juan Rejano. Ilustraron el número José Bardasano, Germán Horacio y Ramón Peinador. Y se encargaron de la confección artística Juan Varea y un «animoso grupo de maestros de Primera Enseñanza y de obreros de diversas profesiones». En la presentación del número-homenaje se decía:

Estas páginas las ha compuesto sobre el mar, lejos de España, un núcleo de escritores y artistas que compartieron con su pueblo los días de pólvora y sangre de la lucha y que ahora van con él al destierro forzoso. Por eso, son la expresión emocionada de la españolidad misma, volcada hacia la nación que supo robustecerla en las duras horas heroicas y comprenderla y abrirla los brazos después.

Que México las acoja, igual que nos acoge a nosotros, como el exacto, sensible homenaje de quienes, con los latidos de la sangre y con la sangre misma, han lanzado lejos su mensaje de lucha contra las sombras que angustian al mundo.

Entre la España republicana y México, este nuevo puente de impenetrables muros.

Lázaro Somoza Silva volvía a insistir en este número de homenaje a México sobre el tema «La unidad española en México».

No somos el clásico emigrante que atraviesa la ruta de los mares con la pesadumbre de un fracaso inicial, sino un pueblo unido en los mismos

23 Cfr. *Palabras del exilio*, 2, *op. cit.*, págs. 119-120. Del poema de Pedro Garfías sólo se reproducen aquí unos fragmentos.

afanes, que camina hacia los mismos horizontes y que no se disgrega con la triste convicción de una renuncia. Hoy, más que en ningún momento estelar de la Historia, debemos sentir el orgullo de ser españoles, vinculados por propia estimación a los postulados fundamentales de la República.

En México no sólo cuidaremos con exquisita escrupulosidad de conservar las esencias del sentimiento español, sino de acentuarlas en todas las nuevas actividades de nuestra vida. No somos, no debemos ser, unos miles de españoles repartidos por el mundo, sino la unidad española cobijada, amparada, con fraternas cordialidades, por una democracia a cuyo frente se halla una clara inteligencia que comprende y ama los eternos valores humanos.

México es un hogar, en donde después de un breve descanso para recobrar el equilibrio interior, los españoles se entregarán, con plenitud creadora a la bella tarea de acabar con la leyenda bárbara, que tejieron la astucia y la falacia de los dictadores fascistas. Hemos de ser una selección. No vamos a enriquecernos con avaricias que hicieron odiosa la tradición de los aventureros que, al atravesar los mares, perdieron el íntimo concepto de la patria, para adorar el vellocino de oro. Unidos en un mismo propósito, nuestra aspiración ha de ser el retorno, nuestra conducta y nuestro deseo, dejar una huella en el país hermano, tan honda, que al partir nos llevemos la alegría de una amistad imperecedera.

La unidad española es necesaria por instinto de conservación. Porque si nos disgregáramos, cometeríamos un error político e histórico. Significaría que habían sido inútiles los heroísmos, los sacrificios y la sublime epopeya que nos han dado rango universal, perdería las posibilidades fecundas de la siembra que germina en frutos, al llegar su hora de renacimiento. Los españoles, por medio de organismos adecuados y eficientes, no deben perder el contacto, y deben saber siempre cómo, dónde y situación en que se encuentran.

Nosotros no aceptamos la invasión extranjera, ni renunciaremos a nuestra condición de hombres libres. Aspiramos a ser un instrumento de lucha para la reconquista de España en el México libre y revolucionario.

Y todos los días, cuando salga el sol, digamos con unción religiosa y expresión civil, las bellas palabras del viejo gruñón y escéptico que fue Anatole France: «Por una idea se es feliz o desgraciado, se vive o se muere». Los que cayeron en la lucha nos exigen a los que vivimos, que entreguemos nuestra alma al futuro luminoso de la victoria republicana.

Pero, en este número de homenaje, los protagonistas fueron México y su presidente Lázaro Cárdenas, a quienes se dedicó la mayor parte de las colaboraciones. Así, por ejemplo, Adolfo Sánchez Vázquez escribió sobre el presidente Lázaro Cárdenas, a quien calificó de «Político del pueblo»:

En la línea sinuosa, que sigue la revolución mexicana en los años posteriores al derrocamiento de la dictadura porfirista, en el turbio oleaje de caudillos y desertores de la revolución, un hombre perfila su figura: Cárdenas.

De origen humilde, en lucha precoz con la vida dura, Cárdenas nace del pueblo y esta raíz, esta sangre de su vida, no se perderá jamás.

Arrojado en plena juventud en el río impetuoso de la revolución, tras una actuación heroica, leal, sin desmayos, Cárdenas llega a ser General de División. Cuando los generales más famosos salían de esta lucha, volvían las espaldas al pueblo. Cuando los políticos, enriquecidos, corrompidos, desertaron, Cárdenas, al lado de sus soldados, permaneció seguro y firme, amado de todos ellos. Después, como Ministro del Interior, crece aún más en estima dentro del corazón del pueblo, y así, rodeado de esperanzas, sobre todo de la esperanza de los obreros y campesinos, llega a la Presidencia de la República.

Desde el primer día, se ve que la obra de Cárdenas se sale del marco de la revolución política, para entrar con empuje, con fuerza, en el dominio económico, social.

El pasado queda muy lejos. En seis años la historia de México avanza más que en los veinte años de revolución que la han precedido.

Es, sobre todo, en la solución de la cuestión agraria donde la obra de Cárdenas cala más hondo. Pero con ser profunda la transformación, no le va a la zaga en el problema indígena, incorporando al indio a la vida nacional; en la tarea de crear una fuerte industria nacional, expropiando las compañías petroleras extranjeras; en la cuestión financiera, fortaleciendo la posición del Banco de México; en la política exterior, manteniendo una estrecha solidaridad con los países de la América latina, al mismo tiempo que tomaba —como se vio en la guerra de España— una posición clara y rotunda contra los agresores fascistas; en la educación pública, dándole un contenido socialista, haciendo de la escuela un arma en la lucha por el engrandecimiento de su pueblo, etcétera.

Esta obra progresiva de Cárdenas no ha sido fácil. Contra ella se han desatado los enemigos de dentro y de fuera, con saña feroz.

Pero Cárdenas, lejos de hacer concesiones, se ha mantenido firme, apoyándose siempre en las manos campesinas, en el proletariado. Y así cuando, a raíz de la expropiación de las compañías petrolíferas, el capitalismo extranjero trata de sumir al país en el caos, hemos visto a todo el pueblo mexicano unido como un muro en torno a su presidente y, en cabeza, el proletariado de México, con sus banderas rojas, dispuestos a los más duros sacrificios.

Una obra como ésta, que busca tales cimientos, no puede debilitarse. Y para fortalecerla aún más, desde el mismo día en que desembarquemos en Veracruz, contará con nuestro apoyo, apoyo firme y decidido que, andando el tiempo, engrandecerá a México y contribuirá a su vez a libertar y a engrandecer España.

Jesús Izcaray, que recordó la solidaridad de México y de los mexicanos durante la guerra civil, expresó el compromiso contraído por los republicanos con el pueblo mexicano:

Aquella tarde de la despedida a los internacionales desfilaron, bajo los balcones de Barcelona, hombres de todos los países. Habían disparado sus armas por última vez a las orillas del Ebro; llevaban en los brazos montones de flores. Con ellos iban sus banderas. Con los checos, con los húngaros, con los alemanes, con los garibaldinos, junto a los españoles desfilaron los mexicanos. Iban sonriendo y llorando.

España gritaba su ¡Viva a México! Eran pocos los mexicanos con flores; fueron muchos más los mexicanos con armas. Yo los recordaba de aquellos frentes de Madrid donde ellos con su corazón inalterable se batieron en los primeros sitios. Así, con sacrificios y con muertos, defendían ellos, hijos fieles de su patria libertada, la independencia y la libertad de España.

Ahora son los españoles quienes van a México que antes nos dio su sangre y ahora nos abre su hogar. Vamos allí unidos, dispuestos a continuar la lucha para reconquistar nuestra patria. No vamos a enriquecernos, ni a olvidar nuestro país, ni a tendernos a la sombra de la libertad que otros lograron. Ellos nos quieren así, nosotros no podemos presentarnos de otra manera.

Vamos, sí, llenos de respeto para toda la Nación mexicana.

Pero el pueblo mexicano y su presidente Cárdenas saben bien porque aprendieron a conocernos totalmente en la guerra, que siempre, siempre estaremos a su lado como Cárdenas y su pueblo estuvieron al nuestro en Madrid, en el Ebro, en toda la lucha. Sus enemigos son los nuestros; los de España, los enemigos de los españoles del *Sinaia* y de todos los que crucen el mar y sobre esto deben meditar los soñadores de a bordo si es que a estas alturas existe alguno capaz de mecerse en nirvanas de imposibles posturas de comodidad personal.

Con el pueblo de México. Con su Presidente. En ningún rincón de la tierra existe tierra de nadie. La libertad de México es una promesa de la futura libertad de España. Si el pueblo de México nos necesita algún día para defenderla nosotros la defenderemos con él. Exactamente igual que los mexicanos defendieron Madrid.

Juan Rejano presentó un resumen de la revolución mexicana, desde Porfirio Díaz a Lázaro Cárdenas²⁴.

Ramón Gaya contribuyó a este número de homenaje con un interesante y poco conocido artículo sobre la pintura mexicana:

«Es quizá el movimiento pictórico más interesante de nuestros días», me dijo la otra mañana un gran pintor español, aquí mismo sobre la cubierta de este barco que nos lleva, mientras hojeábamos juntos unos cuadernos

24 Muy probablemente Juan Rejano y algunos de los colaboradores de este número tuvieron en sus artículos como punto de referencia el libro de Antolín Peña Soria, *Cárdenas, socialista*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1935.

repletos de reproducciones de la pintura mexicana. Y es cierto, yo tampoco dudé un instante en asentir, pero me quedé pensando en lo que es un movimiento, qué cosas, un movimiento en arte. La lección del pasado —y no hay otro modo de vivir si no es partiendo de la historia, bien sea para condenarla o para amarla—, la lección del recuerdo nos enseña que ningún movimiento artístico queda en pie; todos desaparecen, pero no porque mueran, sino porque se diluyen. De tal o cual tendencia, teoría o propósito ¿qué nos queda? Aquello que con tanta fuerza era defendido y ejercido por un grupo de artistas, hoy pasado algún tiempo, no es apenas nada. ¿Es que acaso en Arte todo movimiento es una mentira? No, precisamente todos son verdad, todos pueden ser verdad, o por lo menos son infinitos los que pueden ser verdad. Lo que sucede es que los artistas se reúnen, se juntan sólo para combatir, pero no para crear propiamente. Todo lo que en arte es lucha puede tener, en un momento dado, una gran importancia, pero no es ésa su finalidad verdadera. Ni siquiera el movimiento más completo que posiblemente existió —me refiero al Romanticismo— es nada en sí. Musset, Víctor Hugo, Heine, Chopin, Bécquer, aunque pareciera que un idéntico propósito les guiaba, cada uno de ellos no iba sino hacia sí mismo. Un movimiento colectivo en arte sólo sirve para eso, para impulsar individualidades.

Estamos, en efecto, ante el movimiento pictórico actual más interesante. El movimiento está todavía en un período de lucha. Esas personas que ven las cosas de un modo superficial y exterior, pueden creer que lo importante es que el movimiento triunfe en su significación, sin comprender que no es el movimiento mismo lo que ha de quedar perennemente, sino tal o cual cultivador suyo; y es entonces, sólo entonces cuando el movimiento habrá cumplido con su deber, y por lo tanto, triunfado a su modo. En el caso concreto de la pintura mexicana, puesto que está en lucha todavía, no puede decirse que ha creado todo lo que puede crear. Viendo estas reproducciones de los más importantes frescos ya realizados en varios edificios públicos, se recibe la impresión de un gran volcán. Una gran fuerza primaria parece impulsar estas pinturas. Todo en ellas es guerra todavía, acción, fuego, furia maravillosa, que en otro plano más desconocido, una fuerza así de virgen —y aquí sí que vale decir primaria— debió necesitarse para la formación de la propia tierra; por eso me parece volcánica toda esta obra ya inmensa de los pintores murales mexicanos.

Quizá no debe hacerse crítica de unas pinturas que no se han visto directamente, pero ante estas representaciones me gusta aventurar una preferencia: José Clemente Orozco. Para alguien que viene del viejo mundo es el más comprensible. Es posiblemente quien tiene una mayor y más refinada sensibilidad. Es también el más claro y hasta el más sencillo, pero por madurez, algo así como si fuese un resumen de los otros. Y su dramatismo, siendo menos brutal, no es menos vigoroso que el de cualquiera.

Ningún país, quizá puede entregar una lista de artistas plásticos principales como ésta: Diego Rivera, Javier Guerrero, José Clemente Orozco, Pablo O'Higgins, Fernando Gamboa, David Alfaro Siqueiro, Máximo Pacheco, Antonio Pujol, Guerrero Galván, Leopoldo Méndez, Alfredo

Zalce, José Chávez Morado, Rufino Tamayo, Julio Castellanos, María Izquierda, Luis Arenal, Aguirre, Mérida.

En este barco de españoles verdaderos viajan varios pintores; todos llevamos la curiosidad y el deseo de contemplar esas pinturas un poco arcaicas, casi primitivas, pero como ya he dicho en otra parte y ocasión, no de primitivismo fingido, sino real. Ante algunas cosas de Orozco y de Rivera, se piensa fatalmente en los cuatrocentistas italianos, pero como digo, no porque sean una imitación externa, sino porque estas pinturas mexicanas son un poco como contemporáneas de aquellas otras.

En una nota se informaba acerca de la vida política y sindical de México:

En México existen los siguientes partidos políticos:

El antiguo Partido Nacional Revolucionario, que Cárdenas ha reformado y depurado dándole el nombre de Partido de la Revolución Mexicana, que juntamente con el Partido Comunista forman los partidos de izquierda del país.

El Partido Sinarquista, el Frente Democrático y algunos más, todos de tendencia fascista. Carecen totalmente de apoyo popular y representan los intereses extranjeros y de los grandes terratenientes.

Y Sindicales:

La CIM, con un millón de obreros afiliados.

La CROM, con la cuarta parte aproximadamente. La CGT, una de las más antiguas.

Y algunas otras.

Y se hacía la siguiente relación de la prensa mexicana:

La prensa mexicana puede enumerarse así:

—De izquierda: *El Nacional*, *El Popular*, *La Voz de México*.

—De derecha: *Excelsior*, *Noticias de Excelsior*, *Últimas Noticias*, *Universal*, *Universal Gráfico*, *Hoy*, *México al Día*, *Mujeres y Deportes*.

Los periódicos de izquierda son pobres. En cambio, los de derecha cuentan con bastante dinero, y, por ello, están bien hechos y tienen una gran tirada.

Rómulo García Salcedo rememoraba la llegada a Veracruz como

una de las cosas más emotivas y apoteósicas que se pudiera concebir; toda la explanada de lo que hoy es el malecón estaba llena de un gentío enorme de los distintos sindicatos y gentes que nos esperaban. Debía haber, pues yo creo que más de 50.000 gentes con pancartas, saludos, gritos. Inmediatamente se organizó una manifestación de agradecimientos y bajó la gente del *Sinaia*, los hombres, las mujeres y desfílamos hasta el zócalo²⁵...

25 Ramón García Salcedo, *Palabras del exilio*, 2, op. cit., pág. 120.

Pedro Armillas ha contado este gracioso equívoco que tuvo lugar en aquella memorable ocasión:

Uno de los grupos era de mujeres, pero un montón de mujeres, con una pancarta: «El Sindicato de Tortilleras de Veracruz saluda a los heroicos defensores de la República española» y eso nos puso a rascarnos la cabeza, ¡hasta dónde llegaba la sindicalización en México!; después descubrimos que se trataba de las que hacían tortillas de maíz²⁶.

El 14 de junio 1939, *El Dictamen* de Veracruz describía así el ambiente que rodeó el día de la llegada del *Sinaia* a tierras veracruzanas:

La gente desde los malecones contemplaba el barco francés *Sinaia*, anclado a corta distancia con grandes banderas de la República española y los centenares de hombres, mujeres y niños en cubierta y hasta en las barcas de salvamento; también se veía la banda de música hispana con sus relucientes instrumentos, la cual estuvo tocando el Himno Mexicano y la Internacional, además de varias piezas netamente españolas y otras mexicanas, entre ellas «La cucaracha».

«Negrín tenía razón», era el letrero que con mayores características estaba cubriendo el lado de uno de los puentes. En otro se leía: «Mexicanos, venimos a trabajar con ustedes por la Revolución Mexicana y por la reconquista de España», y otro más decía: «La juventud española saluda a México».

Las leyendas que llevaban los manifestantes mexicanos decían: «Víctimas del fascismo, el pueblo mexicano os saluda», «Bienvenidos seáis, españoles», «Trabajadores españoles y mexicanos unidos ante los traidores franquistas CTM».

En una lancha que partió del malecón del paseo y cerca de las diez de la mañana se dirigieron al *Sinaia* el secretario de Gobernación, licenciado García Téllez; el alcalde del puerto, licenciado Eduardo Sánchez Torres, don Juan Negrín y otras personas más que fueron recibidas con aclamaciones. Poco después el barco empezó su movimiento de atraque para colocarse al borde del muelle de la terminal, descendieron sus dos escaleras, por las cuales, poco a poco empezaron a bajar los españoles republicanos, tostados por el sol, viéndose al fin libres del apeñuscamiento en que hicieron su largo viaje²⁷.

En *El Nacional*, el 14 de junio de 1939, se relataba, con toda suerte de detalles, la llegada del *Sinaia* al puerto de Veracruz.

26 Pedro Armillas, *Palabras del exilio*, 2, op. cit., pág. 120.

27 Cfr. *Palabras del exilio*, 2, op. cit., pág. 141.

Apoteósica fue la recepción que el proletariado de México, por conducto de los trabajadores veracruzanos, prodigó a los mil seiscientos refugiados iberos que arribaron hoy a tierras mexicanas a bordo del vapor *Sinaia*.

El acto de recepción fue magnífico. Veinte mil obreros, pletóricos de un gran entusiasmo, formaron una masa humana compacta que se agitaba frente a los muelles, alzando los brazos lanzando vítores a los refugiados, que emocionados contemplaban desde la cubierta del *Sinaia* la grandiosa y elocuente manifestación.

En punto de las cinco horas (hora de Veracruz) hizo su entrada a la bahía el vapor francés *Sinaia*, luciendo en sus mástiles las banderas de todos los países democráticos.

En la cubierta se veían grandes carteles en los que los refugiados transmitían el saludo del pueblo español al de México.

El muelle ofrecía un espectáculo inusitado, pues desde temprana hora los trabajadores se congregaron allí, apiñándose hasta la orilla del mar para saludar desde lejos, con los puños en alto, a los refugiados españoles. Esto acontecía antes aun de que hubiese amanecido por completo.

Al despuntar el día, innúmeros lanchas llevando a bordo comisiones de trabajadores y oficiales, se acercaron hasta el barco para saludar a los emigrados.

La cubierta del *Sinaia* se cubrió de refugiados —hombres, mujeres, niños— que emocionados contemplaban aquel recibimiento magnífico del proletariado mexicano. Millares de gargantas dejaron escapar jubilosas aclamaciones y vítores al pueblo de México, al general Cárdenas, a la CTM.

A las nueve horas subió a bordo del *Sinaia* el ex presidente del Consejo de Ministros de la República española, doctor Juan Negrín, quien fue saludado por la banda de música del Quinto Regimiento, la Banda «Líster», que viene con los refugiados. Después de los efusivos saludos y de los vítores, el señor Negrín permaneció tres horas a bordo conociendo las necesidades y los problemas específicos de todos los refugiados.

Una hora después, a las diez de la mañana, subió a bordo el licenciado Vicente Lombardo Toledano, secretario general de la CTM, acompañado del Gobernador del Estado, licenciado Fernando Casas Alemán; del secretario de Gobernación, licenciado Ignacio García Téllez; el licenciado Alejandro Carrillo, subdirector de *El Popular*, el compañero Rodolfo Piña Soria y otros más.

En cuanto el licenciado Lombardo apareció en la cubierta del barco, la multitud que se apiñaba en el muelle irrumpió de nuevo en aclamaciones, oyéndose ¡vivas! a España y a México, al general Cárdenas y a la Revolución, mientras la Banda del Quinto Regimiento tocaba el Himno Nacional mexicano y el Himno de Riego.

Pasados los primeros momentos de emoción y de esparcimiento, el licenciado Lombardo departió largamente con los refugiados, que rodeaban al líder del proletariado mexicano.

De los mil seiscientos refugiados que venían a bordo del *Sinaia*, se logró que desembarcaran hoy 800, después de pasar los exámenes de rigor y de haber llenado los requisitos de Sanidad, etcétera, que la ley exige.

En los rostros de todos los exiliados se reflejaba un profundo y sincero agradecimiento. No se esperaban —decían emocionados— que el pueblo de México les tributara una recepción como aquélla. En sus caras, donde perduran aún las huellas de los terribles sufrimientos de los campos de concentración, aparecían sonrisas de paz, tranquilidad, gratitud.

A las once horas atracó en el muelle el vapor *Sinaia*. El júbilo era indescriptible. Veinte mil hombres se apiñaban a lo largo del malecón, en el muelle, hasta el mar; gritando, vivando, levantando los puños, en tanto que las bandas de guerra de los trabajadores inundaban el aire de marchas bélicas.

Al desembarcar los refugiados se colocaron a la cabeza de la grandiosa manifestación, que recorrió luego las calles de Veracruz, con dirección hacia el Palacio del Ayuntamiento.

Veracruz, presentaba un aspecto de día de fiesta. Los balcones engalanados, las calles rebosantes de gentes, las sonrisas en todos los semblantes, denotaban el regocijo con que el pueblo mexicano se aprestaba a recibir a los exiliados españoles.

La manifestación partió del malecón, y a medida que se internaba en la ciudad, el pueblo le salía al encuentro, formando vallas a lo largo de las banquetas, mientras desde los balcones de las casas y las puertas, la gente lanzaba vítores y entusiastas aclamaciones. Fue un espectáculo grandioso, elocuente, que vino a patentizar cuál es el verdadero sentir del pueblo de México.

La manifestación se dirigió hasta el Palacio del Ayuntamiento, donde se celebró a continuación un gran mitin.

Hablaron el licenciado Ignacio García Téllez, secretario de Gobernación, que trae la representación oficial del señor presidente de la República; el licenciado Alejandro Gómez Mangada, representante personal del general Cárdenas; el señor Juan Negrín, por los republicanos españoles y el licenciado Vicente Lombardo Toledano, cuyo discurso reproducimos en otro lugar de esta información, en nombre del proletariado de México.

Por los refugiados que llegaron a bordo del *Sinaia* habló el periodista Puente, jefe de brigada que hizo hoy su ingreso a nuestro país²⁸.

En el acto hablaron Alejandro Gómez Mangada, en representación del presidente Lázaro Cárdenas y de Lombardo Toledano. Este último, ante los micrófonos instalados en los balcones del Palacio Municipal, entre vítores y aplausos, dijo:

28 Cfr. *México y la República española*, op. cit., págs. 57-58.

Si no fuera porque la sola existencia del traidor Francisco Franco es un baldón no sólo para la causa de la clase obrera del mundo entero, sino también para los principios más elementales de la vida de los pueblos libres de la tierra, nuestras primeras palabras al recibir a los refugiados españoles en nombre del proletariado de México, sería para agradecer la circunstancia feliz de que México reciba hoy a estos trabajadores manuales e intelectuales, a estos artistas, a estos magníficos operarios, a estos periodistas, a estos hombres y mujeres que constituyen la flor y nata del pueblo español.

Más tarde, añadió: «Si el destino histórico nos los entrega, tenemos el deber de recibirlos, entusiastamente...», y, emocionado, exclamó: «¡Viva España Inmortal!» «¡Viva la Libertad de España!», agregando: «Los recibimos porque vienen a sumarse con un solo ejemplo a la lucha que el pueblo de México sostiene en contra de sus enemigos domésticos y externos».

Declaró posteriormente que la sola presencia de la flor y nata del pueblo español bastará para estimular nuestro empeño, el empeño del pueblo mexicano, para alcanzar nuestra independencia económica y política.

«El pueblo y el proletariado —expresó— los recibe también porque sabemos que éste es un tesoro en favor de la causa de España, en favor de la causa de México, en favor de la causa de todos los pueblos libres de la tierra, porque la causa de España no se ha perdido».

«Al recibir así el proletariado y el pueblo de nuestro país a los militantes españoles, éstos son el mejor depósito, porque ellos seguirán luchando incansablemente por reconquistar España y hacer de ella una nación fuerte y libre que pueda regir sus propios destinos, donde vayan a vivir los refugiados. En todas partes, en cualquier sitio en que se encuentren lucharán incansablemente por reconquistar la patria española y arrancarla de manos de los traidores y del fascismo invasor. La lucha, ahora, es definitiva. La división se ha marcado con profundos perfiles. O triunfa el fascismo y la libertad es destrozada, o la causa de la Democracia aplastará en definitiva al fascismo sangriento. La guerra es a muerte».

En nombre del proletariado, ofreció solemnemente el licenciado Lombardo Toledano trabajar con más empeño por la causa de España, que es la causa nuestra y de la Humanidad entera.

«Prometemos —exclamó—, en nombre de un millón de hombres y mujeres que se agrupan en torno de las filas de la CTM que ningún español republicano será extraño en nuestro país», y añadió: «Ustedes, españoles, forman la vértebra de nuestra raza», concluyendo por afirmar que «la conjunción de sangre ha hecho de México un pueblo victorioso. Por ello, México está satisfecho, ya que ahora recibe una nueva inyección de sangre y de espíritu».

Dirigiéndose a la masa de manifestantes, el dirigente de la CTM exclamó: «Trabajadores mexicanos, es preciso demostrar que los españoles suman su fuerza a la producción material, que traen una gran aportación ideológica y cultural; es preciso combatir el fascismo criollo y exterior».

Declaró después que el pueblo está preparado para hacer posible el triunfo de su causa, después de más de un cuarto de siglo de luchas gigantescas y constantes. La batalla que presentará la reacción requiere la unidad del pueblo, entusiasmo y vigor en la lucha.

Después dijo: «Aquí en Veracruz, hay gachupines, no españoles. Son enemigos de España, traidores de ella. Esos son más extraños a México que estos hombres que ahora llegan a nuestro país, porque estos últimos luchan junto con nosotros por la causa de la libertad y de la democracia».

«Camaradas: a propagar por todos los ámbitos de México la buena nueva, que la flor y nata de España ha llegado a nuestro país».

«¡Viva México independiente! ¡Viva España independiente! ¡Viva la Democracia! ¡Muera el fascismo!».

Un vítor entusiasta estalló, mientras que miles de manos se agitaban para aprobar las palabras de la clase obrera²⁹.

DIARIO DEL IPANEMA

El *Ipanema* fue el segundo barco fletado por el SERE. Salió de la costa oeste francesa el 12 de junio de 1939. El primer número del diario de a bordo apareció dos días después, el 14 de junio. Encabezó el primer número un mensaje de Pablo de Azacárate, titulado «El adiós del SERE a los emigrantes del *Ipanema*». En él hay toda una serie de *topoi* del exilio. La España que tuvo que abandonar el suelo patrio y en aquellos momentos se trasladaba a tierras americanas representaba «moral y simbólicamente» unos valores ejemplares: la independencia, la libertad, la justicia social..., que habían sido derrotados durante la contienda civil. El exilio se convertía, así, en un «frente espiritual e ideológico». El pueblo mexicano y su presidente, el general Lázaro Cárdenas, iban a ser receptores de ese caudal de valores.

Había asimismo en el mensaje de Pablo de Azcárate referencias a la anhelada unidad de los exiliados, tema al que se hacía continua alusión en todas las publicaciones de los primeros años del exilio. Pero tan repetida alusión a ese tema ponía en evidencia que seguían siendo incapaces los republicanos, incluso después de la derrota, de superar las viejas y funestas confrontaciones ideológicas y personales. He aquí el texto completo del mensaje de Pablo de Azcárate:

¡Compatriotas, camaradas!

En nombre del SERE y, seguramente, también en nombre de todos los emigrados españoles políticos, he venido, en este momento grave y solemne de vuestra salida para Méjico, a dirigiros un saludo lleno de emoción y de cordialidad.

29 *Ibíd.*, págs. 57-60.

Vais a Méjico con el propósito de rehacer allí vuestra vida. Pero no tenéis que olvidar que lleváis a Méjico una especie de representación moral y simbólica de nuestra España. De una España independiente, libre, progresiva y abierta a todas las exigencias de una estricta y rigurosa justicia social. Esa representación obliga, ante todo, a una cosa: a conservar y mantener la unión firme e indestructible entre todos. Defended esa unión contra todo intento de discordia. Con el mismo heroísmo que habéis defendido otros frentes defended ahora la unidad de nuestro frente espiritual e ideológico. Así seguiréis sirviendo la causa por la que habéis sabido luchar muchos de vosotros con un heroísmo que ha admirado al mundo entero, y correspondéis dignamente al gesto, noble entre todos, del gran pueblo mejicano, y de la gran figura del presidente Cárdenas que hoy le dirige y le simboliza, ante el mundo, tendiendo al caído una mano amiga, en este caso podemos decir sin eufemismos, una mano hermana.

Yo hubiera querido deciros todo esto de palabra al terminar vuestro embarque. Hubiera querido, además, ser portavoz, en este momento solemne, de los sentimientos de honda y sincera gratitud del pueblo español, del auténtico pueblo español, hacia el pueblo mejicano y su presidente. Y hubiera querido hacerlo con tanto mayor motivo por la presencia entre nosotros, esta noche, del ministro de Méjico en Francia señor Bassols; ese gran amigo de la España Republicana y liberal, que ha puesto al servicio de la iniciativa generosa de su presidente, sin regateos ni reservas, el caudal magnífico de su talento, de su firme voluntad, de su entusiasmo y de su amor al pueblo español. Y con él sería injusto no mencionar a sus colaboradores, entre los que destaca Fernando Gamboa, cuya figura, por su ilimitada abnegación, su espíritu de ponderación y su serena ecuanimidad quedaba vinculada a esta magna empresa de la evacuación a Méjico de los republicanos españoles.

La hora y circunstancias de vuestro embarque hacen imposible que pueda deciros todo esto de palabra, como hubiera sido mi deseo. Por ello tengo que resignarme a dejaros este mensaje escrito. Pero estad seguros que escritas o no, mis palabras son expresión de sentimientos que latén sinceramente en el corazón de todos los españoles dignos de ese nombre. Y como no me resignaré nunca a aceptar que vuestra marcha y nuestra separación física nos aleje espiritualmente, no me despido de vosotros y termino con nuestro glorioso ¡Salud! y dos vivas que han de ser las guías de esta nueva etapa de vuestra vida:

¡Viva Méjico!¹

¡Viva España!

En «Compromiso de honor», número 2, 15 junio, se volvía a insistir en que los exiliados representaban el lado espiritual de España, lo que propi-

1 Es interesante notar que en el *Ipanema* unas veces se escribía México con jota y otras con equis. Cfr. más abajo la nota 2.

ciaba un discurso no falto de una cierta arrogancia y de una subyacente, pero no por ello menos dramática, impotencia. En este artículo, se venía a decir —otro *topos* del exilio— que ellos, los exiliados, eran la verdadera España. El discurso giraba en torno a abstracciones como lo «impalpable», lo «vital», lo «trascendente», lo «inmortal», un «tesoro infinito» que definía la calidad espiritual de la España echada de su tierra que los viajeros del *Ipanema*, como antes los del *Sinaia*, tenían la obligación de representar y perpetuar, porque había que evitar a toda costa —insistían— que se rompieran las «ligaduras espirituales» con España:

No es cierto que España se haya quedado atrás: aquellos contornos desdibujados que veíamos perderse ayer mañana entre brumas piadosas que querían ahorrarnos la despedida empapada de melancolía, aquellos acantilados lejanos, no eran la representación material de todo un país. Paralela a la geografía física, hay una geografía espiritual que va dentro de nosotros: en el estuche de oro de nuestros propios corazones. Podríamos escribir con arrogancia que España se va con nosotros: con los que nos precedieron en el *Sinaia*, con los que estamos a bordo del *Ipanema*, con los que nos seguirán mañana. Y, he aquí nuestra gran responsabilidad: nuestro enorme compromiso ante el mundo y ante la Historia.

Esa España impalpable, llena de vitalidad, trascendente, inmortal, es un tesoro infinito que no podemos malbaratar. Nuestros hermanos que quedaron en el área hispana nos exigirían estrecha y severa rendición de cuentas. Las democracias universales y, al frente de ellas, ese pueblo mexicano que nos abre sus brazos, tendrían para nosotros un gesto de desdén o de repulsa.

No cabe ir a México simplemente para romper la ligadura espiritual que queda detrás de este caminar angustioso sobre el Océano: nuestra razón de existencia, nuestra ley imperiosa es todo lo contrario.

España agonizante, la sangre vertida de los hermanos, el dolor sin remitir aún, constituyen el verdadero compromiso de los españoles que van arrogantes al exilio.

Nada, pues, de alegre inconsciencia, al alejarse de Europa. Más dolor aún; más ímpetu todavía; máximos impulsos para el futuro.

Nos van a prestar, generosamente, un medio: no vamos a cumplir un fin egoísta.

No vamos a nublar con olvido el panorama trágico de nuestra derrota. España tiene que volver a vivir. A nosotros nos corresponde esa misma misión honrosa.

En «Correo interior. Carta a los pasajeros del *Ipanema*», número 3, 16 junio, se reflexionaba sobre el sentido del exilio. Se recordaba una vez más que era imperativo dejar de lado los antiguos rencores, las viejas querellas, y, día a día, con un heroísmo cotidiano, crear un clima de unidad y solida-

ridad, sin el que se verían abocados irremediablemente a sufrir una segunda y definitiva derrota:

Amigos, ¿a qué vamos a México? Vamos, sobre todo, a esto: a trabajar. El título que le da categoría a la vida, cobra, en este caso, valor excepcional. Lo cobra porque somos peregrinos que buscan rehacer una vida rota y esa vida sólo podrá enderezarse mediante la virtud del trabajo. En la patria que vamos abandonando a nuestra espalda —¡ay la vieja España, en la cual deja raíces frescas nuestro corazón!— se nos niegan el pan y la sal; la libertad y el derecho a vivir. A medida que el *Ipanema* hace singladuras nos acercamos, en cambio, a una patria nueva que nos brinda, cuando tantas puertas se nos cierran —debiendo estar abiertas—, el calor cordial que nos falta en la tierra donde nacimos y a la cual habremos de volver algún día. ¿Con qué pie, repetimos, hemos de entrar en México? Sólo con uno podremos abrirnos paso: el pie de los que siguen un camino recto y seguro.

Lo de recto y seguro tiene, desde luego, un punto inmutable de referencia: la calidad moral de nuestra conducta. A México vamos a trabajar. Y a trabajar honestamente, con pasión creadora, de suerte que nunca podamos parecer forasteros que llenan con desgana sus obligaciones de tránsito ni se olvide el respeto que merece nuestra condición de emigrados políticos autorizados a pasear por el mundo la bandera de su derrota. No es tarea fácil, amigos, ganar respeto cuando se está vencido. Tan difícil es, que sólo en moneda de obras, no de palabras, puede comprarse. Y es inútil que pregonemos a grandes voces nuestro heroísmo si ese heroísmo no se demuestra en las acciones humildes de cada día. Ese tránsito de comprobación resultará obligado en todas partes. En México también. Por nuestras obras, no por nuestros pregones se nos conocerá. Y estimará. Es lo menos que Méjico, nuestra patria adoptiva, puede exigirnos, y es lo menos que a México le debe nuestra gratitud.

Estamos a tiempo de echar por la borda —nunca mejor que ahora— menudos rencores, antiguas querellas, pequeñas ambiciones que no cuentan nada...

Estamos a tiempo y el tiempo, según el viejo refrán, viene a ser oro. He aquí, pues, una obligación ineludible; no perderlo en empresas inanes. El drama de nuestro exilio es lo bastante hondo para que nadie se consienta frivolidades a costa suya.

El dolor que nos acompaña hacia Méjico —tierra de esperanzas— ha de ser un dolor que se traduzca en nobles estímulos y generosos esfuerzos de solidaridad. Estímulos y esfuerzos que lograrían en grandeza lo que tengan de humildes y callados. Las vanidades y las petulancias nos están prohibidas a todos, allí y aquí².

2 Aquí se deletrea México, alternativamente, con jota y con equis.

En «Política de fe y de voluntad. El milagro azteca-español», número 6, 19 junio, se renunciaba, de un lado, a hacer en México política de partidos y a —menos aún— intervenir en la política mexicana porque, entre otros motivos, existía una prohibición expresa en tal sentido³. Pero, de otro lado, se decía que no por ello debían dejar de actuar políticamente. Había una afinidad ideológica y racial entre mexicanos y exiliados. A éstos les correspondía ser un instrumento más para desarrollar y potenciar los logros y aspiraciones políticos, sociales y culturales de México y su presidente Lázaro Cárdenas. Europa, presa de un fascismo que ponía en peligro su pervivencia, estaba condenada a depender del continente americano. Llegada esa inminente hora, los exiliados —«lo mejor de España»— y los mexicanos —ejemplo de fraternidad americana— colaborarían juntos en esa inevitable reconstrucción de una Europa asolada por el totalitarismo fascista. Los ideales republicanos, reducidos, en «Política de fe y de voluntad. El milagro azteca-español», a unos inconcretos «sentimientos liberales», volverían, después de la reconstrucción europea, a su medio geográfico, a España, vencedores⁴. La emigración, de esta suerte, habría tenido una función histórica trascendente.

Hay latente, en éste como en otros muchos artículos, una muy evidente autosuficiencia de parte de los republicanos. México, más que receptor, aparece como instrumento de la proclamada «política de fe y de voluntad». Si

3 El artículo 33 de la Constitución mexicana prohíbe a los extranjeros inmiscuirse en la política interna de México. Cfr. las instrucciones a los emigrantes republicanos cuando embarcaban hacia México en Víctor Alfonso Maldonado, «Vías políticas y diplomáticas del exilio», art. cit., págs. 51-53.

4 En «Impresiones de un día», *Ipanema*, núm. 1, escribía un tal Mayral: «Tengo el propósito de no marearos mucho. No quiero usurparle derechos a nadie y menos a los dioses cuando vamos bajo su jurisdicción y flotando sobre sus dominios ondulantes. Dése por aludido nuestro común amigo Neptuno. Pero sí es preciso que nos pongamos un poquito serios. Se trata de que charlemos de propósitos para el porvenir. Vamos a México con el ánimo mejor dispuesto para ser útiles al pueblo generoso y fraterno que nos recoge y, claro es, a nosotros mismos. Vamos a intentar volver a vivir y lo conseguiremos; pero eso no quiere decir que renunciemos a nuestra vida anterior. Nosotros volveremos a una España más esplendorosa, más grande y más liberal que nunca. Por eso nuestra misión es trabajar en México con mayores fervores aún que si fuéramos a quedarnos allí para siempre. Seamos los españoles, una vez más, modelo de generosidad y liberalidad. Y cuando volvamos es preciso que nuestra labor haya sido tan honda y tan intensa que el continuarla sea cosa fácil. El pabellón de España republicana quedará, así, clavado en México, más firme y más estimado. La impronta de los españoles será más visible y la huella de nuestro arado sobre la tierra del águila y la serpiente creará la siembra a cuya recolección el nombre de los emigrados políticos españoles será pronunciado con amor y respeto. Yo no sé si os habré mareado mucho con este sermón, pero ahora que el barco empieza a balancearse con exceso, comienzo a marearme. Hasta mañana, camaradas».

se habla, al principio, del milagro «*azteca-español*», al final se habla de una política «*hispano-mexicana*». El espíritu fraterno va adquiriendo un tinte paternalista. La impotencia ante la realidad de la derrota y la certeza moral de que representaban una legitimidad ética y política que habría de salir finalmente vencedora, explica, desde sus comienzos, el discurso político —de ahí la importancia de estos diarios de a bordo— del exilio. Ese artículo, que reproduzco a continuación, está también en la línea de la visión que de América luego se tuvo en *España Peregrina*⁵:

Hemos dicho política, y no rectificamos. Nuestra política allí —política de solidaridad y de gratitud— debe tener un fino carácter complementario. México necesitaba savia de España y nosotros necesitamos orearnos, abriendo nuestras ventanas a la libertad auténtica y a la democracia irreprochable.

Política no es trato de Partidos solamente. También es aportación de actividades y regalo de disciplinas útiles. Los españoles no debemos hacer política en México, pero sí ofrecer una sana política de trabajo y de imaginación.

Dejaríamos de ser españoles si nos presentáramos como un instrumento nada más. Las mentalidades y brazos españoles en México han de convertirse allí en política germinativa. Política de fraternidad racial y de afinidad de sentimientos liberales. Es imposible encontrar dos pueblos que coincidan tanto en sus afanes y en sus disposiciones como México y España. Por eso se han juntado en la hora del drama de uno de ellos. Existe ya una política hispano-mexicana que habrán de tener en cuenta las Cancillerías. Existe, y llamará la atención del mundo.

¿Cómo será esa política? ¿Cómo es, mejor dicho? Veamos. Europa ha perdido definitivamente el equilibrio. Va a la guerra, sin remedio. A una guerra de exterminación del fascismo que acarreará un cúmulo de sacrificios y de disgustos a las democracias tardías. Quizá dure poco la guerra, pero el vencedor tardará mucho tiempo en reponerse.

De todos modos Europa ha de atravesar una era de desmoronamiento y de ruina en la que los grandes principios de justicia y humanidad quebrarán ostensiblemente. Se vivirá mal en el viejo mundo. Y sólo el esfuerzo de los pueblos jóvenes de América, podrá reponer a Europa de sus pérdidas enormes. Con dinero y con política. Con política también. Y de la gran creación federal de México saldrá una de las partes más importantes de esa recomposición de Europa. Algo insospechado. La sorpresa del siglo. El milagro azteca-español.

La España aparentemente vencida le ha dicho a México: «Ampárame», y México le ha contestado: «En mi tierra tienes un lugar; en mi alma siempre lo has tenido». Y en instantes se ha formado el plasma de la bue-

5 Cfr. el capítulo 4.

naventura liberadora. Jirones heroicos de España ondean ya en México como banderas de futuras victorias. No se ha perdido, no, aquella España con la que tantas veces soñábamos en las noches estrelladas. Nosotros no hemos llegado a conocerla, pero México la está barruntando ahora al compás de su obra generosa. Porque México sabe bien que las grandes posibilidades españolas están inéditas todavía y de ahí que las invite a una fertilidad nueva.

El hecho norteamericano, profundo y extenso, será la llave del renacimiento europeo. Pero el prodigio, la nota joven, la consolidación de la libertad, del derecho a ser libre, nacerá en México y se adornará con nombres españoles y con resabios de legitimidades del siglo XIX, ese siglo que, por creador y liberal, ha pretendido matar un ministro de Franco en un discurso majadero.

Tenemos tal fe en México, que no nos importa hablar abiertamente de una política hispano-mexicana que recoja lo mejor de España en la concha reluciente del pueblo hermano.

¡Qué importa, pues, navegar con trepidaciones!

Se incidía nuevamente sobre estos extremos en «Reciprocidad», número 8, 21 junio, artículo que estaba dividido en dos partes: «Lo que llevan a México los españoles» y «Lo que los españoles recibirán de México». En las dos partes se ponía énfasis en los valores éticos, en la superioridad moral republicana. Se habla de una tradición liberal, que había tenido como abanderado a Galdós. Esta tradición había creado un «estilo», que es precisamente lo que ahora llevaban los exiliados «a los valles federales». Con tal bagaje difícilmente iban a poder enfrentarse con las realidades de un México que desconocían y mucho menos con el pragmatismo —con el que los republicanos debían de estar familiarizados después de lo sucedido durante la guerra— de la política internacional. Pero, además, había una realidad que atenazaba el futuro del exilio: la división interna. Porque el exilio llevaba también a México «pequeñeces y miserias» de quienes «fingiéndose sus colaboradores» se comportaban como enemigos. No podía ser este editorial más claro. El discurso abstracto-moralizador tenía una doble finalidad. Por un lado, dar un significado trascendental al exilio y, por otro, ocultar o evitar el debate abierto sobre las viejas heridas, todavía sin cicatrizar, de la división.

Es igualmente ilustrativo de este discurso ambigüizante el que se mezclan alusiones a la supuesta «dulzura riente» de los mexicanos con referencias a «la verdad de la revolución mexicana» que, sin duda, respondían más a la necesidad de creer en los mexicanos y su revolución que en un conocimiento real de ambas realidades⁶. Viajaban hacia un país que había

6 Cfr. «Introducción», págs. 24-25.

mostrado una ejemplar solidaridad con la República, querían, sin duda, colaborar con su trabajo en el proyecto social y político del general Cárdenas y, como pensaban que la vuelta a España sería inminente, el exilio —todos estaban convencidos— sería un paréntesis en sus vidas. En ese interregno, recibirían mucho de México, pero ellos también iban a ofrecerle tanto o más. De ahí ese cierto tono de arrogancia, al que los propios emigrados aludían en estos diarios de a bordo⁷. Este tono se explica tanto por el desconocimiento de la realidad mexicana como por la traumática experiencia de la derrota. He aquí el texto completo del editorial «Reciprocidad»:

«Lo que llevan a México los españoles»

Primero, el espíritu de España. De una España que no se ha perdido ni se perderá. La que enalteció Galdós; la España que creó el liberalismo, sin el cual no tendría sentido universalista y dogmático la idea de libertad.

Luego..., el estilo. Los españoles hemos logrado sobrepasar todas las angustias históricas por la virtud del estilo. Con estilo han luchado nuestros grandes revolucionarios y con estilo, con mucho estilo, han sabido morir nuestros mártires en las trincheras, frente al pelotón o en el destierro. México sabe que la España acogida por él lleva un estilo a sus valles federales. Un estilo en la constancia y capacidad de trabajo; un estilo en la inventiva, en el sufrimiento y en la resistencia.

Los españoles llevamos además a México la jerarquía de una dignidad moral que nos da un título en los mismos derroteros del éxodo. Lo que ha sido atropellado en España por los generales sublevados y los invasores que les dieron los materiales necesarios para realizar ese gran crimen político, es la moral de una república que hubiera vivido, y renacerá, aun a pesar de aquellos que fingiéndose sus colaboradores han podido desfigurar con pequeñeces y miserias la austeridad de una organización nacional que conserva intactos a los mejores hombres y ha mantenido limpia de deshonor, no de terror, la enseña tricolor y fama por primera vez, con gesto irreprochable, en 1931.

También la voluntad del esfuerzo y la variedad de disciplinas en un mismo individuo son parte integrante del equipaje de los españoles que se dirigen a México. Los descendientes de quienes hicieron la ruta del Atlántico para descubrir tierras y hombres, agrupan hoy sus energías para tallar en la roca viva de México una solidaridad indestructible que haga de nuestros dos pueblos un solo torrente de producción libertadora.

«Lo que los españoles recibirán de México»

Primero, la independencia del trabajo y la cultura riente de un pueblo que ha de honrarnos con el contacto y con el trato.

Luego... El consuelo de verse en el camino de una redención segura. Las puertas abiertas y las manos tendidas. Las facilidades de una política

7 Cfr. la nota 5.

generosa y el cariño de unos hombres que han sufrido y se han batido por las mismas características con que acaban de batirse y de sufrir los españoles de la República.

Además, verán éstos crecer a sus hijos en un ambiente que no por ser muy mexicano ha de dejar de ser muy español y el aire del crecimiento de los que lleguen o nazcan en tierra mexicana aventará las briznas de descon-suelo que todavía les queden a los españoles y las dejará caer en aquella tierra mullida para que sean, al término de unos años, ejemplo de fecundidad.

Los españoles recibirán de México la verdad de una revolución y la prueba de su consistencia. Y si una y otra penetran a tiempo en su comprensión racial, servirán, sin duda, de provecho para futuras empresas en España; que ya sólo con la fortaleza del hábito y la grandeza del ejemplo se podrá intentar en la España de nuestros afanes una obra de reconstrucción y de perpetuidad.

Las banderas de México y España ondean en aspa frente a esta voluntariosa ruta del Atlántico.

El tema de la juventud fue motivo de un artículo, aparecido en el número 11, 21 de junio, cuyo título era precisamente «Juventud». La de los jóvenes emigrantes era una tragedia con unas características muy particulares. A las incertidumbres que comportaba el exilio para los mayores, se añadía en el caso de los menores el tener que arrastrar tal situación con un doble bagaje de «experiencia y conocimientos». Pero, además, eran desgajados del suelo patrio, en una etapa un tanto indefinida de sus vidas, e iban a ser convertidos en símbolo de un pasado que apenas habían protagonizado. La compleja situación que tuvieron que arrastrar los hijos de los combatientes republicanos —sobre la que volveremos en otro capítulo⁸— es esbozada, en fecha tan temprana, en este artículo del *Ipanema*:

A la mayoría de cuantos españoles emprendemos el camino de la emigración, se nos plantea el problema de empezar nuestra vida. Esperanzas, temores, ilusiones, incertidumbres...

Para unos —los que empiezan otra vez— la perspectiva es incierta, ardua la labor, aunque ésta se verá, sin embargo, esclarecida y ayudada por el sentido de orientación, la experiencia y los conocimientos que proporcionan los años. Para otros, para la juventud —empezar simplemente—, el problema debe tener más clara solución, menos obstáculos. La falta de experiencia y conocimientos tiene su compensación en la alegría e independencia física de que disponemos al emprender el camino.

Pero, ahora bien: esta alegría e independencia física, esta ventaja natural, nos obliga a mucho; nos obliga a tanto, que la alegría y el entusiasmo, la fortaleza y el brío, tenemos que convertirlos en crecimiento sin-

8 Cfr. el capítulo 9.

cero, en promesa personal, de aprovechamiento práctico; convertirlos en la reserva esperanzadora para el mañana cercano, tan prometedor y atractivo como oscuro y triste es el hoy de nuestra sufrida Patria.

Todos pensamos en España, todos sentimos el deseo de sacarla de su trágica y miserable situación, pero, entre todos, nosotros los jóvenes, fuerza de choque de la humanidad, tenemos el deber de pensar más en ella, de sentir más en lo hondo su desgracia, de ser la vanguardia decidida en su liberación. Debemos disponernos, por tanto, a estudiar con provecho, a trabajar con ahínco, y a aprovechar todas las enseñanzas que se nos deparen, todo tan honrada y sinceramente como exige el cumplimiento de nuestra firme promesa, de nuestro ofrecimiento sincero. Este cumplimiento nos será tanto más fácil, nos resultará más agradable, cuanto más sepamos unirnos a la juventud de la buena nación que nos acoge. ¡Magnífica, magnífica juventud de una nación joven! Estaremos en mejor condición de cumplir cuanto más sepamos comprender sus anhelos, sentir sus inquietudes, aprender en sus realidades..

En esto debemos aprovechar las ventajas naturales que poseemos; con este espíritu tenemos que empezar nuestra vida, con el deseo de cumplir nuestras promesas, y si el deseo engendra pensamiento⁹...

En «Trabajar», número 25, 7 julio, los exiliados se distanciaban de los antiguos emigrantes. Los exiliados se consideraban una fuerza de trabajo con capacidad para contribuir eficazmente a llevar a cabo el proyecto cardenista de transformación social, política y económica de México. Tenían conciencia de que su condición de emigrados políticos les diferenciaba de la antigua colonia española que, en su gran mayoría, había defendido la causa franquista y veía con malos ojos que el general Cárdenas hubiera abierto las puertas a compatriotas «rojos». Con el tiempo, hubo un cambio en la actitud de unos y otros. Porque los republicanos no eran tan «rojos» como pensaba la vieja colonia y muchos mexicanos conservadores¹⁰. En «Trabajar», aparecido horas antes de llegar a México, se decía:

Hoy llegaremos a México. Dentro de unas horas, las costas del país que nos acoge se ofrecerán prometedoras a nuestros ojos. Pero ¡qué promesas más distintas para nosotros las que nos brindan las costas americanas de las que ofrecían a los antiguos emigrantes! Antes, los españoles llegaban a América en busca de la fortuna. Para ellos no existían escrúpulos. Sólo el afán de hacer dinero había guiado su ruta a través del Atlántico. Para conseguirlo no reparaban en medios más o menos honestos. Miraban a los naturales del país que los recibía como seres a quienes se podía explotar sin reparos. Sólo había que

9 «Juventud», en *Ipanema*, núm. 11, 21 de junio.

10 Cfr. Philip B. Taylor, «Myth and reality: How red were the Spanish “reds”?», *Michigan Alumnus. The Quarterly Review*, 62 (febrero 1956), págs. 117-125.

buscar la riqueza que les permitiera, al cabo de unos años, regresar a España para vivir sin preocupaciones el resto de sus días.

Los emigrantes del *Ipanema* son emigrados políticos. Tienen una conciencia de lo que significa su emigración. Saben que los naturales del país mexicano son nuestros hermanos, que como tales nos brindan sus brazos acogedores en un momento difícil de nuestra existencia. A México no vamos ninguno a hacer fortuna. Vamos simplemente a trabajar para vivir. Pensar que haya tenido que haber una guerra en España, que haya muerto en los campos españoles lo mejor de nuestra juventud, que nos hayamos visto obligados a la emigración, para que a costa de tantos sacrificios pudiera haber alguien que labrara una fortuna que le colocara inmediatamente en el campo contrario al que nosotros hemos luchado, es algo que repugna a nuestros sentimientos de verdaderos españoles, algo que nos produce tal asco y tal repugnancia que no podemos ni pensar en la posibilidad de un caso semejante.

A México venimos a trabajar. A trabajar, todos, sin excepción, sin distinción, lo mismo aquellos a quienes el azar de la guerra colocó en los puestos de máxima responsabilidad, como aquellos que lucharon humildemente, anónimamente, pero con el mayor heroísmo, en las filas de nuestros ejércitos. Y además hemos de demostrar no sólo que venimos a trabajar sino también que sabemos hacerlo, que ponemos nuestra mayor voluntad, nuestro mayor interés, nuestro esfuerzo en mejorar la calidad de nuestro trabajo. Será el mejor medio, la manera más acertada, de responder al gesto que México ha tenido acogiéndonos y será, también, la forma de servir a nuestros hermanos que han quedado en España sometidos a la más cruel de todas las tiranías¹¹.

Solían aparecer en todos los números del diario de a bordo del *Ipanema* noticias sobre vivencias de la travesía. Como ocurrió en los diarios de los otros dos barcos, el *Sinaia* y el *Mexique*, el amargo trago de vislumbrar por última vez el territorio español fue registrado en una nota, en la que, era inevitable, había una fuerte carga emotiva. En «Frente a Finisterre», número 1, 14 junio, se recordaba así el paso por el cabo gallego:

En la tarde de ayer se celebró en uno de los puentes de este barco, un homenaje y un recuerdo a Galicia por los gallegos que a bordo del mismo marchan hacia el exilio. Al pasar a la altura de Finisterre, cuando ya en el horizonte se perdía el perfil de la hermosa costa gallega, fue leído el mensaje siguiente:

«A vista do Finisterre recibide pobo galego o saudo garimoso dos que n-iste intre dooroso van cara o eixilio.

Non perdades a espranza, mantede o esprito ergueito que non tardara en cair o treidor que perante tres anos encheu de mortos Galiza e de bito os seus fogares.

Viva Galiza ceibe. Viva Repubrica. Abaixo Franco».

11 «Trabajar», en *Ipanema*, núm. 25, 7 de julio.

Terminada su lectura, se encerró en una botella que fue arrojada al mar. Que el inmenso camino que es el Océano la empuje hacia el litoral gallego, donde estamos seguros de que las manos que la recojan se emocionarán como nos ocurrió a los que presenciamos este sencillo homenaje.

A continuación, se cantó por los asistentes el himno gallego y se dieron vivas a Galicia y a la República.

Este acto, por el lugar y el sentido que encerraba, tuvo una emoción que no precisa ensalzarse.

En otra nota de ese mismo número 1, se hablaba de lo que se iba a hacer para romper con la monotonía de la larga travesía:

Los pasajeros del *Ipanema* se lamentaban de las pocas distracciones. Añoraban una orquesta, o al menos una radio, que aliviara la monotonía que produce forzosamente el tener que contemplar durante horas y horas el mismo panorama: mar y cielo.

Pero en la tarde de ayer, se reunieron en la cubierta de proa un buen número de emigrantes atraídos a aquel lugar por la hermosa voz de una compañera de travesía que cantó de un modo inmejorable algunas jotas navarras y otras bellas canciones más o menos exóticas.

También los vascos nos entretuvieron durante un buen rato entonando diversos cantares del folklore de Euzkadi.

Asimismo, en la tarea de ayer ensayaron los coros gallegos, y catalán, de los que esperamos en breve un concierto que anunciaremos con antelación en nuestro periódico.

Con alborozo se registraba, en el número 2, 15 de junio, el caluroso recibimiento de que habían sido objeto los exiliados del *Sinaia*:

EL PUEBLO MEXICANO TRIBUTA UN GRANDIOSO RECIBIMIENTO A LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES QUE RECORREN LAS CALLES ENTRE EL ENTUSIASMO GENERAL.

Nueva York 15. —Comunican de Veracruz la llegada del vapor *Sinaia* a bordo del cual viajaba la primera expedición de refugiados españoles.

Mucho antes de la llegada del buque se habían congregado en el puerto millares de personas que llevaban banderas mejicanas y españolas.

Al atracar el barco la multitud prorrumpió en clamorosas ovaciones y vivas que fueron contestados por los españoles que iban a bordo. En medio de un entusiasmo indescriptible se comenzó el desembarco no cesando las aclamaciones y los vítores. Según iban descendiendo los pasajeros eran objeto de manifestaciones de extraordinario afecto y simpatía.

Seguidamente se organizó una imponente manifestación en la que formaban parte los refugiados españoles, la que recorrió las calles entre nuevas demostraciones de afecto, entusiasmo y alegría. Varias bandas de música interpretaron el Himno Nacional mejicano y el Himno de Riego.

Por todo el trayecto que recorrieron los manifestantes, el numeroso público que en él se hallaba estacionado se unió a las demostraciones de cordial acogida.

Preguntados los recién llegados acerca de las intenciones que les guiaba a su llegada a Méjico respondieron que era su firme propósito trabajar con todo entusiasmo pensando siempre en realizar los máximos esfuerzos hasta lograr la reconstrucción de España, y hacer por que en ella se instaure un régimen de libertad.

El Gobierno de Méjico se ocupa de los trabajos para el acoplamiento de los refugiados creyéndose que éstos serán distribuidos entre los distintos Estados según sus actividades.

De estas notas sobre la vida a bordo destaca, por su lirismo, la dedicada a retratar la nostalgia del suelo patrio, una idea que acompañó a todos los emigrantes por igual durante el largo exilio. Esa nota, «Unos ojos mirando al horizonte», apareció en el número 8, 21 junio:

No es guapa ni vistosa. Tiene una cara al parecer vulgar. Todos la habéis visto, lo mismo que yo, apoyada en la barandilla de popa, día a día, mirando el horizonte. Sus ojos se elevan allá a lo lejos, en toda una sinfonía de recuerdos. Y en el fondo de sus ojos vulgares yo he visto las más hermosas imágenes de toda la travesía. Siempre está sola, al parecer, porque nadie la acompaña. Pero yo que la he venido observando hora tras hora he descubierto, también en el fondo de sus ojos vulgares, la compañía más emocionante de todas las compañías.

¿Qué mira allá, en el horizonte día tras día, la viajera solitaria del *Ipanema*? Mira a España. Allá en aquella línea se perdieron por última vez las brumas de las tierras gallegas. Detrás de aquellas montañas queda latente uno de los dramas más hondos que registra la historia de la humanidad: españoles sometidos a la más horrenda de las tiranías, persecuciones, cárceles, fusilamientos a millares.

La viajera de popa del *Ipanema* siente en su propia carne los dolores de España. En el fondo de sus ojos vulgares yo he visto el brillo de una lágrima que no acertaba a salir, porque, avara de su dolor, las guardaba para ella sola, sin alharacas, sin ruido, con emoción solitaria, que es la verdadera emoción del que la quiere toda para sí mismo.

Cuando después de contemplar a la viajera solitaria del *Ipanema* se mira hacia el interior del barco, ve uno de qué manera tan diferente se puede sentir dolor de España. En el *Ipanema* hay quien lo siente con ruido y muchos hasta con bulla. Y hay quien se mueve y se agita de un lado para otro, y toma disposiciones, y se adoptan acuerdos, ni más ni menos que si se pudieran llevar a efecto lo mismo que en la Diagonal o en la calle de Alcalá. Hay una resistencia instintiva a perder lo que se ha perdido: la pequeña situación, el hábito de mando que se impone, el deseo de administrar. Resistencia a perder lo que se ha perdido, lo que será difícil recobrar, que no es España precisamente, porque España está ahí, viva y rebelde a la

dominación extranjera, detrás de esa línea del horizonte que mira la viajera del *Ipanema*.

Hay muchas maneras de sentir el dolor de España. Para mí todas son igual de respetables. Pero confieso que en la viajera que mira a España sin verla, desde la popa del *Ipanema*, he visto tal emoción, tan sincero pesar, tanta melancolía contenida, que yo también he tenido necesidad, al contemplarla, de reprimir las lágrimas, mientras que a veces, al ver las otras maneras de sentir el dolor de España no ha sido ciertamente un sentimiento igual el experimentado.

En otra nota, en el número 21, 3 julio, los representantes de México a bordo del *Ipanema* tuvieron que tranquilizar a los emigrantes, presa de unos inquietantes rumores sobre la suerte que les esperaba en la tierra que les había ofrecido albergue:

Con respecto a nuestra próxima llegada a México y a nuestro desembarque en Veracruz, han circulado, entre los pasajeros del *Ipanema*, una serie de rumores, absurdos en su mayor parte, que me obligan a salir al paso de los mismos, para desmentir rotundamente a los propaladores de tales noticias desconcertantes y para poner en su sitio justo la verdad.

México, al acoger a los emigrados políticos españoles, lo hace con todas las garantías para ellos de que su vida, en la nación mexicana, ha de ser completamente independiente y ninguna traba ha de ponerse para su trabajo honrado. Naturalmente, y a nadie puede extrañar tal conducta, México exige que todos los emigrados, tanto españoles en este caso, como cuantos arriban a sus tierras, se sometan a las leyes del país, entre las cuales existen unos requisitos policíacos y aduaneros, a los que habrán de prestarse los viajeros del *Ipanema*. Requisitos existentes en todos los puertos del mundo con distintas características, y a los que no podemos escapar ni aun por nuestra condición de emigrados políticos.

México tiene un perfecto derecho a impedir que entre los que arriben acogidos por su generosidad, pudieran filtrarse gentes que, lo mismo que quizá consiguieron hacerlo al control de los partidos políticos y organizaciones españoles, que con toda lealtad propusieron su viaje a México, intentasen hacerlo ahora con la policía mexicana; gentes indeseables moralmente, que no tienen cabida entre los luchadores españoles y a los cuales, de existir, estos serían los primeros en repudiar.

Estos requisitos no quieren decir, ni mucho menos, que haya de ponerse paro al desembarque de los españoles a su llegada a Veracruz. Cumplidos estos mínimos requisitos, no se les pondrá impedimento alguno a su vida en el país. En cuanto a resolver su situación en los primeros tiempos de su estancia en el mismo, no es asunto que competa al gobierno mexicano.

Por lo que se refiere a las noticias que han circulado con respecto a la suerte de los emigrados políticos del *Sinaia*, puedo afirmar que carecen de toda garantía, entre otras razones, porque nadie, a bordo del *Ipanema*, puede tener noticias de este asunto. Esta Delegación sólo posee aquellas

que fueron publicadas en este diario el día de la llegada a Veracruz del mencionado barco, y ciertamente que no pueden ser desalentadoras sino todo lo contrario. El pueblo que en estos momentos me honro en representar, les acogió con un entusiasmo admirable y únicamente agasajos y facilidades encontraron a su llegada al puerto mexicano.

No podían faltar comentarios sobre la inminente guerra en Europa, así como una interpretación, muy generalizada en esos años, de lo que significaría esa guerra: el fin del franquismo y el restablecimiento de la República. En «Habrà guerra y el primero que la perderà será Franco», en el número 18, 30 de junio, se decía:

Habrà guerra. Es inevitable. Habrà guerra, porque Europa está enferma y no se puede curar más que con una fuerte intervención quirúrgica.

Los más tenaces enemigos de la guerra la consideran como un mal menor. El fascismo está dispuesto a hacernos la guerra como sea, y si no estallase el previsto conflicto internacional, las democracias serían diariamente pisoteadas.

Habrà guerra. No la deseamos. Nos abrumba pensar en ella. Pero precisamente porque Hitler y Mussolini creen que sus fechorías no lograrán nunca enardecer a las democracias, es lógico suponer que éstas acepten todos los riesgos en su propia defensa.

Habrà guerra. Y el primero que la perderà será Franco. Está escrito. Su «Imperio» se desmoronará a las dos horas de sentir una presión contundente en los Pirineos. La guerra tiene para Franco el dramático inconveniente de que se producirá para hundir a las autarquías y lo que él rige es una parodia de autarquía a remolque de Italia y Alemania. Le habrá durado poco la estúpida ilusión de los tres gritos simbólicos.

Habrà guerra y, como consecuencia de sus primeros efectos, habrá también regreso solemne de exiliados a España. Los acontecimientos se desenvuelven con una precipitación sintomática. No imaginábamos nosotros que antes de llegar a México tuviésemos suficientes elementos del juicio para concebir la urgencia del conflicto internacional. Habrà guerra y Franco será aplastado en las primeras escaramuzas del Mediterráneo.

Entre tanto, lance por su radio todas las fantasías que se le ocurran sobre la suerte de nuestro exilio. Le quedan meses o quizá días nada más para seguir inventando. Nosotros sobreviviremos a todas las angustias. Él lleva un trágico final en sus mismas bravatas criminales. Nosotros embarrancamos para navegar con mayores bríos hacia una segura reconquista. Él zozobrarà sin remedio y los restos de su nave ridícula serán pulverizados por las olas.

Habrà guerra.

Y la perderà Franco antes que nadie.

Nosotros llegaremos a México, pero él no llegará jamás a dominar España. Nuestras gentes volverán a España, y él no encontrará un México que le acoja.

Con escollos o sin escollos, somos más fáciles nosotros.

El diario del *Ipanema*, en el número 26, 8 de julio, daba, terminada la travesía, las gracias a México:

Las palabras con que, a nuestra llegada, queremos saludaros, no son, amigos de México, la expresión de una simple cortesía. Ponemos en ellas algo más. Quisiéramos que llevaran a vuestros oídos el acento entrañable con que están pensadas y escritas. Son mensaje de saludo en el que habla, más que la pluma, el corazón. ¿Podríamos, acaso, dialogar con vosotros en distinto lenguaje? Traemos al ánimo herido por muchas injusticias, cansado por muchas frialdades, y cuando se nos tienden unas manos calentadas por la emoción, y afanosas de rendirnos justicia, como las vuestras, toda nuestra riqueza cordial, que es mucha, se vuelca en una sola frase: gracias, amigos mexicanos.

Para encontrar esa correspondencia entrañable con que nos brindáis hospitalidad, hemos necesitado abrir un largo surco sobre el mar. Es amargo, camaradas de México, el camino de la emigración. Es amargo, sobre todo, cuando se lleva auestas, por todo equipaje, un caudal de razón incomprendida —se rebota en los muros que el egoísmo levantó frente a nosotros—. Algún día, de eso estamos seguros, los que hoy nos niegan el pan y la sal se arrepentirán de sí mismos. Justamente por eso gana en grandeza vuestro gesto, que reivindica para México las más nobles y limpias tradiciones. No os pese, amigos mexicanos. Andando el tiempo, alguna vez podréis envaneceros de haber sabido ser generosos cuando casi nadie lo era. Y los pueblos se hacen grandes, ante la Historia, más que por sus escuadras y sus capitanes, por la calidad moral que preside su vida. A formar parte de esa vida moral venimos nosotros, hombres que dejamos a la espalda el dolor de nuestra vida rota y llevamos por delante, orgullosamente, la ilusión de rehacerla, ninguna otra nos acompaña. Ninguna otra nos servirá de estímulo mientras estemos en México. Sabemos bien, por propio dictamen, hasta qué punto nos está prohibido mezclarnos en la vida política de vuestro país. A una sola cosa no podemos renunciar: a la de ser, dondequiera que estemos, defensores de la libertad. Como soldados de ella venimos a vuestro lado.

En este mensaje de saludo no todo han de ser palabras de gratitud; también de exigencia. Por ser nosotros quienes somos, y por ser vosotros quienes sois, podemos escribirlas. En España quedan —si quedan ya— nuestros cuadros mejores de militantes. En los campos de Francia han quedado millares de luchadores que se jugaron la vida a cuerpo limpio en defensa que la democracia sin que la democracia oficial parezca enterada del suceso. Vosotros, que sois excepción, trabajad por ellos. Es una buena obra a la cual os llamamos con voz emocionada, cuando llegamos a vuestra tierra.

Amigos mexicanos: gracias por lo que habéis hecho ya. Gracias, sobre todo, por lo que hagáis en favor de los luchadores españoles que esperan la hora de reunirse con nosotros.

Puerto de Veracruz, 7 de julio de 1939
Frente Popular Antifascista Español

Y, a continuación, en este mismo número 26, los redactores y colaboradores del diario se despedían, con esta nota a sus lectores:

Sólo los periodistas sabemos el afán y el cariño que se lleva esa hoja diaria que, día a día también, va devorando lo mejor de nosotros mismos, mientras lleva al lector afanes, ambiciones y hasta deseos de influir en la vida, para que ésta se haga mejor y más justa. Nadie tampoco como nosotros sabe, como contrapartida, lo que tiene de compensadora y bella hasta cuando se hace en miniatura y sin trascendencia como en el *Ipanema*. Grandes e impresas estas hojas diarias, cuando las lanza la rotativa, o pequeñas y mecanografiadas cuando las lanza como ahora la cicloestil, a la vez que el refugio que cobija nuestras amarguras son el lazo paternal que nos une a nuestros lectores; y más fraternal ahora que nunca por unirnos en el mismo ideal de lucha y en la misma desdicha de exilados que la misma patria añoran y el mismo deseo alientan.

Por eso al morir como los elegidos de los dioses en plena juventud, queremos hacerlo con un adiós a la vida que deseáramos fuera un canto de esperanza a la nueva, que emprendemos en el suelo acogedor, para nosotros y para nuestros lectores a quienes por última vez nos dirigimos.

DIARIO DEL *MEXIQUE*

El *Mexique*, tercer y último barco de cuyo diario hay noticia, reprodujo en su primer número, 17 julio de 1939, los acostumbrados comunicados de los responsables de la emigración republicana. Susana Gamboa y A. Castro, delegados del gobierno mexicano, escribieron estas palabras que encabezaron el primer número:

Sentimos una gran satisfacción al ver aparecer el primer número del diario de la tercera expedición de españoles republicanos que van a nuestra Patria. Indiscutiblemente es la manifestación vibrante del eco que puede encontrar siempre, en el Español, toda empresa de cultura y de trabajo para el bien común. El *Mexique* será el conducto que podréis utilizar para expresar vuestras ideas y anhelos; es periódico que os pertenece en la medida en que le prestéis vuestro interés y estímulo.

El *Mexique* es la primera labor cultural que se emprende en esta travesía tan llena de significado histórico para nosotros, españoles y mexicanos, luchadores de un mismo ideal. Se ha organizado un ciclo de conferencias que os dará la orientación necesaria sobre los problemas y adelantos de nuestro país, para que podáis vivir en México con una mayor comprensión de las luchas del pueblo mexicano y en más estrecha armonía con los compañeros mexicanos que ven en vosotros los defensores de la libertad mundial.

Nuestros mayores esfuerzos están encaminados a mostraros todos los aspectos fundamentales de la vida mexicana y próximamente podréis estu-

diar en una exposición gráfica las estadísticas más recientes de la actividad económica y social del país.

Huelga deciros, compañeros españoles, con cuánto cariño estamos dispuestos a contestar a vuestras preguntas sobre el país que os ofrece la hospitalidad de aquel que abre las puertas de su casa a un hermano que lucha: el ibérico, que ha sido tocado por circunstancias tan adversas y que, en medio de su dolor e impotencia momentánea, con coraje busca un apoyo para saltar a la reconquista de su España heroica.

Hermanos españoles, os damos la mano. Salud.

El diario de a bordo del *Mexique* fue, de los tres, el más politizado. Su lenguaje, por tanto, es más directo y combativo que el de los dos diarios anteriores. Una primera muestra de ello es el artículo «El *Mexique* se hacía a la mar», número 1, 17 de julio, cuyo texto, que reproduzco a continuación, iba, además, acompañado de un dibujo en que se alzaban, solidarios y desafiantes, ocho puños cerrados:

Cuando el altavoz anunció las palabras de despedida que iba a dirigirnos SE el ministro de los EEUU, Mexicanos en París, el Lic. Narciso Bassols, el *Mexique* osciló hacia su lado izquierdo. La vida del buque se concentró en ese costado, envuelta en un solemne silencio de emocionantes anhelos.

«Españoles, patriotas españoles que marcháis hacia mi Patria, vengo a despediros en nombre del Gobierno mexicano...».

La voz del ministro taladraba las suaves sombras que envolvían el muelle y se nos aparecía con frases de aliento jubiloso, que cantaban gestas gloriosas de nuestra guerra de independencia y fustigaban implacables las turbias conductas de los que ni aun después de haber tolerado el hundimiento de nuestra República, querían incorporar a sus tareas nacionales a los refugiados españoles.

Después, con el mismo cariñoso afecto, explicó el alto sentido que el gran pueblo amigo daba a la iniciativa del presidente Cárdenas, aceptando a todos los españoles que tuvieron que abandonar su tierra para escapar del trato brutal del invasor.

«Españoles antifascistas, México os considera extranjeros amigos y os ofrece un hogar y la libertad».

Cuando el ministro acabó su breve y magnífica oración, los aplausos estallaron en una convulsión de brazos temblorosos. El muelle desapareció, envuelto en una nube de entusiasmo, que desde tierra hasta el buque ahogaba los vivas enronquecidos de algunos compañeros. El silencio desapareció por algunos minutos, ahuyentado por la desbordante explosión de voces clamorosas...

Después habló don Pablo de Azcárate, representando en el acto a las autoridades de la República española. Con su peculiar amor a todas nuestras cosas nos señaló unos principios a observar en la vida de América. Nos exigió, eso sí, una perfecta unidad, unidad espiritual de todos los españoles republicanos que debían estrechar los lazos de alta solidaridad con que debe

desenvolverse nuestra existencia. Y dedicó un cálido elogio al hombre que, interpretando el sentir de su pueblo, ofreció al Gobierno de la República el noble acogimiento a todos los hijos de España. Otra vez se quebró el silencio y los vítores al presidente Cárdenas impidieron escuchar sus últimas palabras.

También los marineros del *Winnipeg* se sumaron espontáneamente a nuestra despedida, con su presencia, en grupo y entonando himnos revolucionarios.

Como nota destacada pudo observarse a toda una familia, matrimonio y tres hijos pequeños, que, no habiendo podido subir al barco por haber llegado tarde, se sumaban gozosamente a la despedida y manifestaban su sincera alegría ante la salida de aquellos compañeros de causa a los que saludaron los cinco puños en alto, durante toda la ejecución del Himno de Riego.

Por fin, ya a punto de retirar la escala, cuando la emoción de todos los corazones se agolpaba en las gargantas y cortaba el aliento, nuestro queridísimo amigo Gamboa, brazo organizador de las expediciones de españoles a México, nos dirigió las últimas palabras de despedida.

Palabras llenas de un amor grande hacia nuestra causa y nuestras personas. Verbo fervoroso, de encendidos afanes hacia nuestro futuro. Gamboa, espíritu ardiente y joven, conocedor de nuestras tragedias de la guerra y de la emigración, nos expresaba el cariño inconmensurable del pueblo generoso y noble que comprendió nuestra lucha porque formaba parte de la suya, porque como nosotros sentía la responsabilidad histórica de la hora actual y aceptaba como alto honor el formar parte de la vanguardia.

¡Cuántas lágrimas se vertieron cuando Gamboa se despidió! ¡Qué de alientos palpitaron con sus frases encendidas! Voces roncadas de emoción y tristeza arrancaron recuerdos viejos y renovaron juramentos jóvenes.

La causa de España se hacía más grande y más alta. España, España nos hacía llorar cuando la cantaba un mexicano. Himnos de guerra y de lucha, himnos de fuego y de sangre, sacudieron los sollozos de nuestras mujeres y viejos, desbordando río abajo hacia la ruta de la tierra que nos acogía.

Salud, hermanos, que os quedáis. Salud, hermanos, que estáis en los campos de concentración. Salud, hermano Gamboa. Y los brazos se estrujaban entre un bosque de puños, mientras el *Mexique* se alejaba del muelle, donde se divisaba, ya débil por la distancia, un acogedor telegrama enviado desde México.

En parecido tono está escrita la «Despedida de Europa», en ese mismo número 1, ilustrada con el dibujo de un miliciano que, rodeado de alambreadas, alzaba un puño y llevaba en el otro una granada:

Ha terminado el último himno. El *Mexique* sacude, como un pañuelo de tristezas, su penacho de humo, que se pierde hacia Europa.

En las entrañas del barco, un pedazo de pueblo llora sus amarguras de hoy y sueña sus glorias de mañana.

Recuerda: Italia, Alemania, Hungría, Austria... Avanzaban los caballos de Atila y no se quebraban lanzas sobre las cotas de los bárbaros.

Pero un pueblo dijo: ¡no! Un pecho desnudo de antitanquista se irguió ante un monstruo de acero, a quien la dinamita de octubre abrió las entrañas.

Fue lucha de hombres contra la ira de Dios. Se volcaron las tormentarias de guerra sobre un pueblo, abandonado, asimismo, por la cobardía europea. La tierra de España fue removida por colosales arados de fuego; pero tuvo aún la traición de coronar la obra que no pudieron terminar los invasores. Después, la epopeya de las edades modernas conoce un éxodo bíblico. Es todo un pueblo quien huye de la regresión a la edad del hacha y de las mazmorras selladas. Es todo un pueblo quien conoce el cordón sanitario hecho de alambradas y de incomprensiones y de caridades de Shylock.

Hoy, este pueblo marcha sobre el azul generoso del Atlántico, sobre las rutas históricas, hacia otra Patria temporal, grande y humana, libre y fraterna que le abre, en esta hora de dolor supremo, las puertas mismas del corazón.

¡Adiós, Europa! Achacosa y vieja, has dejado que los gusanos royeran el pecho de tus mejores pueblos: el ardor humano de Garibaldi; la justicia de Weimar; el afán constructivo de Austria... Se ha hundido el sueño liberal de Massaryk y la tormenta de azufre se posa sobre el gigante polaco.

Pero no temas. La cadena se ha de romper por un eslabón mal forjado. España no ha muerto ni está vencida. En el dolor de sus noches, en los ecos de sombríos fusilamientos, en el terror y las lágrimas de las mujeres de la patria sojuzgada, en la sangre vertida de sus mejores hijos palpita una fuerza. Los que marchamos; los que quedan en los campos de concentración y los que quedaron con vida en la España extranjera somos un pueblo que tiene sus nervios y sus músculos tensos. A él nos une la estela del *Mexique*, la estela del *Sinaia* como un gran nervio de la historia, tendido de costas al Atlántico.

Cielos de fe nos cubren. Horizontes de esperanza se suceden en la ruta. Nuestro éxodo, nuestro dolor, el martirio del gran pueblo español será fecundo. ¡Adiós, Europa! Hasta que España resurja, hasta que nuevos clarines guerreros nos llamen, para la santa guerra de la reconquista de España y de la liberación de ti misma.

A los que quedaban atrás, a los «bravos soldados de España» encerrados en Francia en los campos de concentración, se les recordaba en un romance, que, por su tono y contenido, recuerda los romances escritos durante la guerra civil. Se trata de una muestra más del discurso directo y combativo de este diario:

Es un castillo templario
con sus rastrillos de hierro,
con sus cimientos de piedra
clavados en mar abierto.
Es un castillo templario
verde y negro de tan viejo;
dientes de almenas roídos
mascando copos de cielo.
Es un castillo templario
en que nos metieron dentro:
bravos soldados de España,
antifascistas enteros,
hombres de Guadalajara
y combatientes del Ebro.
Gime la noche tristezas
en los goznes del encierro
y el desmayo de la luna
ciñe de blanco su sueño...
No hay oídos que perciban,
ni hay pupilas de presos;
se encierra al hambre y la rabia
en una tumba de hierro.
Pero botan como piedras,
sobre los cascos de acero,
los orgullos de soldados
de lagrimales bien secos.
Brujas fascistas pasean
por callejones muy quedos,
mientras Franco, altoparlante,
echa gotas de beleño
en las orejas de España
que el castillo tiene dentro.
Un capitán de la guardia
pone galones enteros
de generales sin tacha
y el honor de todo un pueblo,
en colillas elegantes
mordidas por dientes viejos.
Forman, en patios de asombro
trescientos soldados nuestros.
Una inmensa bofetada
cuelga del muro del miedo,
mientras brillan bayonetas
sobre los cielos serenos
como los dientes brillantes
en las bocas de los negros.

Marchan, en filas sin brío,
a trabajar con provecho,
transformados los fusiles
en palas y picos viejos...
Les rastrean los gendarmes
con largas caras de perro
y la risa de ignominia
lame las huellas del suelo.
Es un castillo templario
en que nos metieron dentro:
bravos soldados de España,
hombres de pelos en pecho.
Puertas de bronce y encina
manos fuertes han abierto;
manos de un pueblo muy bravo
hermanos del pueblo nuestro.
Los albatros envidiados
nos despidieron fraternos;
vamos los trece en un barco
vibrando de un mismo anhelo.
Hoy, una estela muy blanca
cruza los mares serenos.
Es un blanco meridiano
que traza el amor de dos pueblos
y une nuestra España eternal
con este México eterno.
Los rastrillos del Castillo
muy pronto serán abiertos.
¡Que los cielos de Collioure
cruzen los pájaros tiernos!
Por el mar de la esperanza
vuelve un barquito ligero,
lleno de palmas y honores
para librarnos de hierros.

El tema de la unidad tenía en este diario, como en los de los dos barcos anteriores —y por los mismos motivos ya reseñados—, un enorme protagonismo. Estaba presente, ya en el número 1, en el escrito «E pluribus unum (De muchos uno solo)», de Moreno Mateo, representante del SERE que acompañaba a los expedicionarios del *Mexique*:

Creo que los españoles están empeñados en un pleito en que se ventilan para los mejores, los antifascistas, sus derechos legítimos en el presente y un mundo mejor para el porvenir. Pero nos hemos encontrado ante un tribunal corroído por la pasión y el interés bastardo (el mundo capitalista y fascista), en cuyo seno sólo dos votos contaban para la honradez, para la

justicia: México y Rusia. Hacemos la defensa del pueblo genuino, auténtico, del pueblo antifascista, atacándonos mutuamente, cargando cómodamente sobre los demás el peso de todas las responsabilidades y culpas en que cada individuo y cada agrupación hayan podido incurrir antes y durante la guerra. El tribunal, representado en la Sociedad de Naciones y Comité de Control de la No Intervención, se ha divertido con nuestro trágico espectáculo haciéndonos perder el pleito con costas.

Cuando navegamos hacia México, patria de promisión que, acogedora y cordial, generosa como el tronco cuya savia recibió, nos brinda hogar y trabajo, preparémonos a corresponder con actitud noble de invitado que por sus actos, por su comportamiento se realza, honra a la familia y al pueblo de que procede. Ya no somos sino españoles dignificados por la persecución y la desgracia, soñando en la reconquista de la perdida patria, mensajeros de ideal y progreso. Demostrémoslo dejando en Europa la emulación política, el proselitismo partidista de ciudadanos actuantes dentro de su Estado. Exiliados, vamos a desenvolvemos en el estadio de otro país libre y soberano con actividad creadora en la industria, la agricultura y el pensamiento.

Conservemos nuestro ideal, hagamos anotaciones en nuestro libro de memorias. Ya reconstruiremos el Estado español y se saldarán cuentas, porque el pleito se ha perdido en primera instancia pero está en apelación.

En México seremos nada más trabajadores de España.

Se insiste en este tema en otros números. Pero, como se observará, haciendo siempre referencias a fechas y acontecimientos históricos concretos, algo que raramente ocurría en los diarios del *Sinaia* y del *Ipanema*¹. En «Por la unidad. A la reconquista de España», número 2, 18 de julio, se decía:

Interesa dejar bien sentado el carácter de nuestra emigración. Que nadie se llame a engaño. Lo que marcha a México no son los despojos de un pueblo vencido, de un pueblo en dispersión. No hemos muerto. No. Bien lo quisiera así nuestro enemigo. No tendrá esa satisfacción, sin embargo. Ahorren, pues, resposos y lamentaciones. Enjuguen sus lágrimas esos españoles —pocos, por fortuna— a quienes la dureza de la lucha en el porvenir, encoge sus enclenques almas de beatas plañideras.

No es un pueblo vencido, repetimos. Es un pueblo que en tierras de América va a cumplir una etapa más en la lucha por la reconquista de su Patria. Con la misma energía, con la misma acerada firmeza con que durante treinta meses, armas en la mano, supo hacer frente al invasor extranjero. Más erguido, más soberbio que nunca. No es sinuosa, es recta la

1 A modo de ejemplo, cfr. en el núm. 3 del *Mexique*, los artículos «19 de julio de 1939»; «19 de julio en México»; «La invasión en España»; «Cataluña y el 19 de julio»; «33 meses de lucha»; «1936-1939 El aniversario de nuestra fuerza y la solidaridad internacional».

columna vertebral española. Y no es, precisamente, la adversidad quien la doblega. Habla nuestra historia. En los más graves y dolorosos momentos, su orgullo, la fe española permanece en pie, recia, inmovible como un soberbio monolito.

Nunca fue infundada su fe. Ni sustentada sobre débiles cimientos. Y es la unidad donde nuestro pueblo tiene su más sólido basamento. No son necesarias teóricas argumentaciones para comprenderlo. Real, vivida, la experiencia de dos años y medio de guerra lo pregonaba con voz neta y clara. El pueblo no lo olvida. La unidad es su caudal máspreciado. Y contra todos los obstáculos sabrá defenderla.

¿Por qué?

Porque recuerda que las jornadas victoriosas en nuestra contienda corresponden siempre a las situaciones en las que la unidad era férrea, auténtica. Porque no olvida que durante las jornadas difíciles de noviembre no había a las puertas de Madrid apenas nada bajo el punto de vista militar, y, sin embargo, Madrid fue salvado por la unidad de su pueblo y de su acción. Porque no olvida que las victorias de Brunete el 6 de julio, Belchite el 3 de septiembre y Teruel el 21 de diciembre, fueron posibles porque Negrín se apoyaba sobre la unidad del pueblo, y que el Ebro tuvo realidad porque el 30 de abril del 38 aparecen los 13 puntos, plataforma de lucha y de unidad.

Y que si Málaga, el norte de Aragón fueron verdaderas catástrofes, sólo en las profundas disensiones, en las enconadas luchas intestinas se puede encontrar el origen del mal.

Por esto para nuestro pueblo el camino es claro: con la unidad que conduce la victoria. Conservar nuestra unidad, cuidarla de enemigos y desertores es decisivo. De nuestra firme unidad depende que el exilio sea menos dilatado, que nuestro país sufra menos la ignominia. Pero, entiéndase bien, unidad, no sólo de los españoles que en estos momentos dejamos Francia, sino unidad, también, de los españoles de América a quienes hemos de conquistar para nuestra independencia patria.

Nuestra unidad y consecuencia política sean el homenaje más alto que podamos ofrecer al noble, magnífico pueblo que nos acoge y la más grande lección que en estos angustiosos y turbulentos días que corren podamos ofrecer a la humanidad.

El editorial «Cara a España», número 10, 26 de julio, es otra muestra más de la importancia que concedían los exiliados al tema de la unidad, sin la que —como era desde un principio evidente— difícilmente cabía esperar que fuera posible conseguir tanto la futura victoria final como remediar la situación de los combatientes que no habían tenido la suerte de abandonar los campos de concentración franceses:

Hemos salido de España porque nuestra vida peligraba, porque nuestra libertad iba a ser guillotizada, por eludir la cárcel, las torturas, el hambre,

la esclavitud. Hemos abandonado nuestros hogares porque no queríamos ser tratados como coloniales por los imperialismos invasores.

Allí quedaron nuestros afectos, muertos, amigos, camaradas o familiares caídos puño en alto en holocausto de una Patria libre e independiente, inflamados los pechos por la fe y la esperanza en los destinos de nuestro pueblo. Héroes que dieron generosamente su sangre por nosotros seguros de que un día sabríamos vengarles.

Frente a las puertas del país amigo que nos acoge, nosotros os prometemos solemnemente, hermanos caídos en la lucha: ¡vuestra sangre no será estéril! ¡Reconquistaremos la tierra profanada que guarda vuestros restos y haremos de cada una de vuestras tumbas un altar, consagrado al heroísmo, a la Patria y a la Libertad!

Allí quedan, en campos de concentración y cárceles españolas, más de 500.000 camaradas, torturados a diario, amenazados de muerte a todas horas. Más de 80.000 han caído ya vilmente asesinados. ¿Puede alguien pensar en dejarlos abandonados? No. ¿Puede alguien pensar sólo en sí mismo, en sus conveniencias personales, olvidando a aquellos camaradas a su suerte? No. El que tal hiciera sería un miserable y un traidor, más merecedor de la muerte que los verdugos de nuestros compatriotas.

Allí queda todo un pueblo que lucha en distintas formas contra los invasores y opresores, que espera de nosotros, que al menos vamos a gozar de libertad, un esfuerzo supremo para ayudarles a redimirse y a redimirnos.

Ellos nos pedirán estrechas cuentas de nuestra conducta algún día. Y tendrán derecho a escupir en la cara al que los haya abandonado, las palabras ¡desertor! ¡traidor!

¡Unidad!

Para ayudar eficazmente a nuestros hermanos oprimidos, para reconquistar España, necesitamos, en primer lugar, cuidar como a las niñas de nuestros ojos el arma más formidable de que disponemos: la unidad.

¡A un lado cuanto nos separa, cuanto nos divide! Desechemos todas las divergencias subalternas que nos pueden dividir y tomemos solamente lo fundamental, lo que nos une. Y lo que nos une ahora a todos es la aspiración común de reconquistar a España. Sobre ese punto podemos trabajar y trabajaremos fuertemente unidos.

Que los recalcitrantes en el ahondamiento de las pequeñas cosas enmudezcan pensando en que Franco persigue por igual a los comunistas y anarquistas, a socialistas y republicanos, a católicos honrados y patriotas sin partido, y que nuestra ayuda ha de ser dada por igual a todos.

Piensen los reacios en que la división aleja tanto nuestras posibilidades de victoria como la unidad de acción las acerca.

Piensen en el espectáculo desolador que ofrecemos al mundo si nos presentamos a él trasluciendo discordias suicidas.

Piensen que nuestra conducta va a determinar la suerte de los centenares de miles de patriotas aprisionados en los campos de concentración de Francia.

Y pensemos todos por encima de nuestros intereses personales, por encima de nuestras rencillas, por encima de nuestros matices ideológicos, por encima de todo y de todos está el interés de nuestra Patria, que hemos de liberar del yugo y de la tiranía nacionales y extranjeros.

A la hora de enjuiciar a Francia, cuya actuación durante la guerra y en los campos de concentración era motivo del artículo «Francia», número 9, 25 de julio, se establecían unas claras diferencias entre las actitudes del Gobierno y del pueblo:

Cómoda, inconscientemente alguien ha planteado el problema haciendo uso de términos ambiguos: Francia... Y no. No es así. Francia no es un todo homogéneo. En Francia hay una clase capitalista y un Gobierno que es su representante. Pero hay también un pueblo democrático y proletario.

Tal es la distinción fundamental, esencialísima, que debe hacerse al juzgar a Francia.

Sobre esa distinción descansan las dos actitudes, diametralmente opuestas, del Gobierno de Francia y del pueblo de Francia.

A todo lo largo de nuestra guerra, de nuestra emigración y hoy mismo el pueblo francés ha librado y sigue librando una verdadera batalla para ayudar al pueblo, al pueblo español. A iniciativa de los Gobiernos capitalistas de Francia e Inglaterra fue creada la pérfida y criminal «No Intervención».

A ella responde el pueblo francés haciendo resonar un clamor fraternal: ¡Cañones y aviones para España!

A la campaña monstruosa de la prensa venal francesa, a costa de mil esfuerzos, responde organizando mítines gigantescos, campañas de su prensa y utilizando todos los recursos en su mano para proclamar y divulgar la verdad de la guerra de España.

Al bloqueo capitalista internacional contra el pueblo español, el pueblo francés responde, arrancando un pedazo de su mermado salario, organizando colectas, caravanas de camiones con artículos alimenticios y sanitarios, montando colonias para recoger los niños y las mujeres de España que la guerra va dejando solos y sin hogar.

A los sangrientos y duros combates que sostiene el pueblo español, el pueblo francés responde enviando miles y miles de sus mejores hijos con André Marty a la cabeza, forjador de las heroicas Brigadas Internacionales.

A la sangre que derrama el pueblo español responden los voluntarios franceses vertiendo la suya, combatiendo y muriendo sobre los campos de España.

El pueblo francés, luchando tenaz, infatigablemente, consigue hacer abrir de par en par las puertas de Francia, salvando así centenares de miles de vidas al pueblo español.

Ha sido a través de la fortísima campaña del pueblo francés por lo que, concedido el derecho de asilo, será posible que miles y miles de españoles queden en Francia.

Con tesón admirable, sin desmayo, luchando contra las dificultades, el pueblo francés moviliza sus Sindicatos, sus Comités de Ayuda, todas sus organizaciones para incrementar y coordinar la ayuda al pueblo español.

Miles y miles de hechos conmovedores, de gestos sublimes de solidaridad se han producido en el seno del pueblo francés.

Del pueblo francés. Lo recalcamos.

Del capitalismo francés, de las «200 familias» y todo su cortejo de sirvientes, sólo puede esperarse el odio. Un odio cerril, un odio de casta, un odio de clase.

Pero contamos con el cariño, con el amor de los mineros de Valenciennes, de los textiles de Lyon, de los trabajadores del Sena, de los portuarios de Marsella, Cherburg, Le Havre, etcétera, de los pescadores de Dunkerque, de todo el pueblo trabajador, noble y solidario de Francia.

Y ellos cuentan con el nuestro, eterna y hondamente sentido.

En el diario de a bordo del *Mexique* se fue dando cumplida cuenta de lo que esperaban de su próxima estancia —que se creía coyuntural, en ningún caso definitiva— en México. Bajo el título «Vamos a México», explicaban en el número 5, 21 julio, que lo hacían:

No como conquistadores, como lo fueron nuestros antepasados.

No como vencidos. Nuestra combatividad no está debilitada por la derrota momentánea que hemos sufrido.

Ni hacer fortuna, como vulgares «indianos».

Ni a vivir cómodamente la libertad que los mexicanos luchando consiguieron.

Vamos a continuar nuestra lucha, robusteciendo nuestra unidad de acero, con los ojos en nuestra España, en nuestros compañeros que en las cárceles y bajo los piquetes de ejecución de Franco sufren la más cruel represión que la historia registra.

Vamos orgullosos de nuestro pasado, prestos a cruzar de nuevo el Atlántico y, con el mismo brío que el primer día, empuñar las armas para arrojar de nuestro suelo al invasor extranjero.

Bien lo sabe el pueblo mexicano. Por eso nos acogen. México no abre sus puertas a una emigración vulgar, sino a un pueblo que busca una Patria temporal para desde ella rehacerse y organizar la reconquista total de la suya, hoy ensangrentada por la invasión.

Y, en el número 8, 24 de julio, decían que iban a México:

A luchar con firmeza y decisión por la Independencia y libertad de nuestra Patria. Las tradiciones pasan; el pueblo queda y este pueblo tan luchador y abnegado que es el nuestro va a decir al mundo que no ha sido vencido, que no lo será jamás, que la lucha no ha terminado, que hay españoles —la inmensa mayoría— que luchan desde España por su Independencia y Libertad, pese al terror bestial desatado contra los patriotas por las pandi-

llas de asesinos fascistas y por los agentes de la Gestapo y la OVRA, y centenares de miles de españoles —los emigrados— que van a dar todo lo que son por la reconquista de su Patria.

Vamos a México a llevar la verdad de nuestra lucha a todo el pueblo mexicano, algunas de cuyas capas han sido engañadas o desorientadas por la prensa reaccionaria y a expandir esa verdad, desde allí, a toda la América Latina y al mundo entero.

Vamos a explicar pacientemente los orígenes de aquella lucha, la traición infame de militares felones, la entrega de nuestra Patria a potencias imperialistas extranjeras. Vamos a desvirtuar con nuestras palabras serenas y emocionadas y con nuestra conducta ejemplar toda la serie de patrañas y emundadas con que la propaganda reaccionaria y fascista ha pretendido cubrirnos de oprobio ante los ojos del mundo. Encontraréis sin duda alguna el calor y el apoyo entusiasta de la masa avanzada del país, la misma que nos ha asistido calurosamente durante la guerra y que nos sostiene en la emigración. Pero nuestra tarea no puede circunscribirse a esas masas, en las capas atrasadas políticamente encontraremos hospitalidad y vasta simpatía por nuestra condición de refugiados políticos. No en balde decíamos ayer que el pueblo mexicano es el pueblo más hospitalario y correcto de la tierra. Seremos oídos, pues. Y cuando hayamos logrado explicar a esas capas de población —hoy hostiles o indiferentes hacia nosotros— la verdad de nuestra lucha, seremos también comprendidos y ayudados por ellas.

El pueblo mexicano desprecia la traición y la falacia y ama entrañablemente la Independencia y la Libertad nacional; rápidamente comprenderá que nuestros sentimientos son los suyos y nada podrá diferenciarnos luego.

En el número 9, 25 de julio, volvían sobre el tema:

Vamos a México a hablar cordialmente con los millares de españoles que allí residen para ganarlos a nuestra causa. La ausencia prolongada de España ha avivado enormemente los sentimientos patrióticos de esos compatriotas. Aman a España sinceramente. Hay que decirles que su Patria no es ya un pueblo libre e independiente; que Franco y los suyos la han reducido a la condición de colonia italiana y alemana; y que los españoles son los extranjeros en su Patria; que nuestras riquezas van a parar a manos de extranjeros. Hay que comprometerlos en nuestra lucha por la reconquista de España.

Vamos a despertar la solidaridad internacional para los compañeros que han quedado en los campos de concentración franceses, pero muy especialmente para los queridos camaradas sometidos hoy al terror franquista, los que se hallan encarcelados, los que están en campos de concentración; los que eluden en la ilegalidad las persecuciones de los esbirros de Franco, Hitler y Mussolini.

Los camaradas que quedan en España son los héroes, los verdaderos héroes. En ellos hemos de pensar a todas horas, en todos los minutos. Ellos constituyen nuestra vanguardia, nuestra fuerza de choque. Ellos luchan hoy

en las más terribles condiciones y mantienen firme la resistencia a todo avance ideológico y material del fascismo. Ellos lucharán mañana, los primeros, para reinstaurar la República con las armas en la mano.

Vamos a México a ganarnos o al menos a desarmar moralmente a aquellos mexicanos que no ven con buenos ojos la inmigración de republicanos españoles. De nuestra conducta depende que las emigraciones a México se incrementen o se paralicen. Si nosotros sabemos conducirnos, habremos ayudado prácticamente a los camaradas que quedan en los campos de concentración de Francia, abriéndole los caminos de la emigración a México y a otros países.

Al final de la nota «Héroes a bordo», número 9, 25 de julio, se aludía también a los objetivos de la emigración. Los tres entrevistados compartían el mismo deseo de ayudar a los que se habían quedado en España y en Francia:

Vamos hacia México, pero nuestro pensamiento queda en España y nuestro corazón con los que en ella sufren bajo el dominio de Franco y con los que en Francia esperan en los campos la hora de su liberación. En México, trabajaremos junto con el pueblo mexicano y bajo el Gobierno del presidente Cárdenas, y ayer como hoy, en defensa de las libertades democráticas. Nuestro deseo es que pronto pudiéramos regresar a nuestra patria para dar la batalla final y reconstruir la España por la que hemos dado nuestra sangre y por la que seguiremos dándola hasta no verla libre.

En el número 5, 21 de julio, se anunció la intención de hacer una encuesta sobre qué se debía hacer en la emigración para reconquistar España². Recogemos aquí algunas respuestas, que proceden, las dos primeras, del número 8, 24 de julio, y las cuatro últimas, del número 9, 25 de julio:

¿Cómo cree usted que podemos laborar desde la emigración por la reconquista de España?

—En el orden económico mediante el desarrollo de una laboriosidad intensiva que, al abrir un cielo de prosperidad mexicana alumbrando nuevas fuentes de riqueza, demuestre al mundo la capacidad creadora de los

2 Bajo el epígrafe «Encuesta» se insertaba, en ese núm. 5, la siguiente nota:
«Queremos que nuestras páginas registren el pensamiento de la tercera expedición de españoles a México, sobre distintos aspectos que la emigración ofrece. A tal efecto formulamos la siguiente pregunta, que a no dudar encontrará inmediatas respuestas:
¿Cómo cree usted que podemos laborar desde la emigración por la reconquista de España?
Las contestaciones deben ir debidamente firmadas e indicando la profesión del firmante».

«rojos», fuente rica, representantes de la vieja cepa que se rejuvenece inagotable.

—En el orden social diluyéndonos en la vida mexicana en pura democracia exenta de prejuicios, pero manteniendo viva la conciencia de nuestra unidad histórica y de nuestros intereses de trabajadores.

—En el orden práctico buscando la fórmula de coincidencia, base de la unidad en el pensamiento y la acción que restaurará el poder político y económico de la clase trabajadora en España.

Mariano Moreno

Representante del SERE a bordo

Y a la misma pregunta contestaba Miguel Ferrer, secretario general de la UGT de Cataluña:

Continuando fieles a la República, sin caer en el error de abandonar la lucha, ni renunciar a la reconquista de los pueblos hispánicos.

No renegando de la propia nacionalidad. Esto significaría hacer traición a los camaradas caídos y a los que sufren bajo la invasión. Fuera de nuestro país debemos trabajar estrechamente unidos y producir con el mayor entusiasmo. Debemos defender en todas partes los objetivos colectivos de nuestra lucha contra el fascismo invasor.

Trabajando cerca de los 50.000 españoles residentes en México, procurando que al regresar no vayamos solamente los que salimos de ella, sino que el número de luchadores sea más amplio que el que con nosotros salió de la Patria forzosamente.

También contestaron el mismo cuestionario un chófer 1); un farmacéutico 2); un perito industrial 3); y un estudiante 4):

- 1) Estando todos firmemente unidos, no tolerando escisiones y sobre todo acatando ciegamente las órdenes que emanan del Gobierno que con su suelo nos da un hogar.

Prestando todo nuestro esfuerzo y colaboración a este gran pueblo que desde el primer momento no ha titubeado en prestarnos su apoyo más entusiasta. Y con nuestro trabajo y disciplina saberle demostrar nuestro espíritu combativo de antifascistas.

- 2) Activando con nuestro trabajo diario, la aportación de la solidaridad internacional en favor de nuestros hermanos de España y de los que quedan en los campos de concentración en Francia.

Fortaleciendo cada día y cada hora el espíritu de unidad, arma fundamental que debe darnos, en nuevos días venturosos, el total aplastamiento de los invasores de nuestra Patria.

Sencillamente, actuando en México como españoles republicanos. Viviendo para defender como nuestra y propia la causa de la libertad y de la independencia del pueblo mexicano.